



**YA NO SOY
AQUELLA
NIÑA**

Argumento:

—A pesar de todo, lo que te hace falta es una lección de amor...

Steve sabía que él había sido el ídolo de una adolescente y también fue testigo de la humillación de la jovencita.

Pasaron cinco años y Morgan se convirtió en una mujer segura de sí y decidida a no ser lastimada una vez más. «Estas huyendo de ti misma», la acusó Steve y ella para probarle que estaba equivocado aceptó trabajar para él.

La proximidad de Steve, pensó Morgan, la inmunizaría contra su gran atractivo. Esta teoría como descubrió Morgan más tarde, funcionó... pero en contra de ella.

Capítulo 1

La muchacha detrás del escritorio jugaba con varios folletos a todo color, admirándolos con cierto aire de envidia. Las fotografías de playas blancas bañadas por agua azul, eran para ojos enfermos ahora que se sentían las primeras heladas del invierno en la parte sur de Queensland.

De hecho, las llamativas escenas habían convencido a una pareja de edad avanzada; acababan de dejar los sillones confortables del otro lado del escritorio, después de pagar varios miles de dólares ahorrados durante toda su vida, para hacer las reservaciones de un viaje a las islas Fidji.

La muchacha sonrió. Sus clientes habían reconocido con franqueza que nunca habían ido más lejos de Toowoomba, a unos cien kilómetros de Brisbane. Ella se preguntó cómo se sentirían en el mundo excitante al que entrarían en poco tiempo, durante las vacaciones anheladas, las únicas «verdaderas» de toda su vida.

«Desde luego hemos ido a la Costa de Oro —había comentado el señor, añadiendo con sinceridad—: pero ¡decidimos ver algo más del mundo antes de morir!»

—Y espero que lo disfruten —murmuró la muchacha para sí y guardó los folletos en una carpeta que cerró con cuidado. Luego, por un instante jugó con el extraño anillo de oro que llevaba en el meñique de la mano izquierda, sumergida en sus pensamientos.

«Vamos a ver», pensó, «¿qué sigue? Tengo que mandar los billetes de avión de los Sanderson, y, prometí al señor Wallace el presupuesto de su complicado viaje por toda Europa; aunque ya sé que va a cambiar de opinión varias veces antes de decidirse a hacer las reservaciones. Habrá discusiones para ver si no existen posibilidades de tarifas más económicas».

Miró el otro escritorio, vacío, luego consultó el reloj. Su compañero de trabajo, Ryan Clarke, parecía tener una vez más una comida extensa. Hizo un gesto.

—Seguro que está cortejando pajaritos —dijo imitando la manera de expresarse de su compañero. Ryan era un joven inteligente, de buen aspecto,

pero gastaba su mejor energía en la persecución de lo que él llamaba «la mujer perfecta». Y tampoco se podía negar que era un optimista incurable—. Pero conmigo no ha podido —continuó diciendo la muchacha—. En cierto modo me agrada, es inevitable, pero no tengo la más ligera intención de ser cortejada como todas las demás. ¿No se habrá dado cuenta?

Recogió la carpeta y fue al archivero para dejar en orden los papeles. Luego permaneció parada un instante reflexionando acerca de lo que haría primero: ¿mandar los billetes de los Sanderson, o intentar el monstruoso presupuesto del señor Wallace?

Con un pequeño suspiro levantó las manos y las pasó por su larga cabellera color castaño, que enmarcaba el óvalo perfecto de su rostro: boca delicada, nariz pequeña y ojos de color café.

Se retiró el pelo de la frente y puso las manos en la cintura. Era una muchacha de estatura mediana, y el uniforme de la agencia de viajes le quedaba perfecto.

Tomó una decisión y abrió un cajón. La cadenita de oro que llevaba en la muñeca derecha, chocó contra el metal y produjo un sonido. Con los dedos encima del billete de avión, titubeó, y de repente, movida por un sexto sentido, dio la vuelta hacia su escritorio. Una exclamación escapó de sus labios. Alguien había entrado sin que ella lo hubiera oído.

—¡Oh! Me espantó. No lo oí... yo... —su amable sonrisa para los clientes desapareció al ver la figura alta, descuidada, que se encontraba entre la puerta y su escritorio.

A tientas buscó el respaldo de la silla y se humedeció los labios. Allí estaba el único hombre al que había esperado no volver a ver jamás. ¡Nunca!

—¡Pero, si es Glamorgan Jones! —exclamó el hombre, con las cejas enarcadas, como burlándose. Dejó caer una mochila maltratada y se acomodó sin formalidad en un sillón. La escudriñó con la mirada—. Te has desarrollado en una forma increíble —sus ojos claros reflejaban aprecio.

Morgan se sentó.

—La vida está llena de sorpresas, ¿verdad? —contestó con dulzura fingida, y un ligero color teñía sus mejillas—. Usted no ha cambiado.

—Gracias —el hombre hizo una mueca y se pasó una mano por el cabello

revuelto—. ¿Físicamente o a qué te refieres? Me parece recordar que en nuestro último encuentro me calificaste como la persona más insoportable del mundo.

—Estoy hablando de su aspecto físico —contestó ella con frialdad—. ¿Cómo podría saber si ha cambiado en otro sentido?

—Es cierto, ¿cómo? —inclinó la cabeza hacia un lado y la miró divertido.

Ella apretó los labios.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Va a viajar al Himalaya o al interior de Papuasia, Nueva Guinea?

Él entrecerró los ojos, ignorando por completo su pregunta.

—¿Te recibiste, Glamorgan?

—No —la chica encajó las uñas en las palmas de las manos, para hablar con firmeza—. Y por favor, no me llame de este modo. Ahora soy simplemente Morgan Jones y prefiero que así se dirija a mí.

Él sonrió.

—¿Simplemente Morgan Jones? Eso está mal. Ya no hay nada llano en ti, señorita Jones, ¡estás magnífica! Y me imagino que no soy el único en decírtelo. Cuéntame —apoyó una mano en el tobillo acomodado sobre la otra pierna—, ¿qué causó esta metamorfosis extraordinaria? Me interesa mucho.

Morgan apretó los labios de nuevo, presa de la ira. No quedaba duda de que estaba interesado, igual que años atrás cuando la llevó a una trampa horrible, aunque tenía que reconocer que fue sin conocimiento de él...

«Pero no volveré a equivocarme de esa manera», pensó turbada. «Y ¡tampoco dejaré que me trate como objeto de estudio interesante!».

—Lo siento, pero estoy ocupada —dijo inflexible y lanzó una mirada, molesta, hacia el escritorio de Ryan que continuaba desocupado. Cuando lo necesitaba, nunca estaba. Tomó la pluma.

—¿Qué puedo hacer por usted? —repitió.

—Oh, nada. No voy a ninguna parte. A decir verdad, acabo de regresar.

—¿Con qué propósito vino, entonces? —la pregunta de Morgan dejó entrever

impaciencia.

—La parada del autobús se encuentra frente a esta agencia de viajes — contestó con cortesía—. Y mientras esperaba el autobús miraba los anuncios, de repente, la muchacha detrás del escritorio me pareció conocida de modo que entré a ver —encogió los hombros—. Tenía razón. ¿No te gustaría ir a almorzar conmigo, Gla... perdón, Morgan?

—No, gracias, temo que hoy tendré que trabajar también a la hora del almuerzo.

—Comprendo.

Cuando Ryan entró de prisa y se dejó caer en la silla de su escritorio, la chica se puso nerviosa. Pero el hombre frente a ella no le lanzó más que una mirada de desinterés. Luego preguntó:

—¿Tienes coche, Morgan?

—Yo... —titubeó—, sí. ¿Por qué? —se dio cuenta de que Ryan puso atención.

—Yo estaré sin coche por un tiempo. Pensé que podrías llevarme a mi casa más tarde, y a cambio te invito a cenar. ¿A qué hora cierran?

Morgan abrió y cerró varias veces la boca, pero no pudo hablar. Al fin, Ryan le informó que a las cinco.

—Bien —el hombre se levantó—. Te esperaré afuera. Nos veremos por la tarde, Morgan. Hasta la vista, señor... Clarke —añadió cuando Ryan quitó los papeles que tapaban la placa con su nombre. Con su mochila en el hombro, salió.

—Espere... espere —gritó Morgan con desesperación y en el intento por alcanzarlo, tropezó con la canasta de la basura. Pero su carrera fue interrumpida por el señor Wallace que entró en ese momento.

—Señorita Jones, ¿ya comenzó a hacer el presupuesto? Hay algunas cosas que me gustaría cambiar —se volvió para ver qué atraía la atención de Morgan, pero no vio más que un hombre alto, subiendo a un autobús—. Señorita Jones —repitió.

—Sí, señor Wallace, es decir, no —Morgan regresó al escritorio, ignorando la señal de Ryan—. No he empezado todavía. ¿Cuántos cambios tiene en mente?

Durante una hora, Ryan estuvo a punto de estallar de curiosidad, hasta que pudo hablar:

—Ahora bien, Morgan, confíesale a tu tío Ryan. ¿Quién era ese hombre? Y no pongas esa cara inocente; me refiero al que te quiere secuestrar para cenar en su casa hoy. El único hombre no relacionado con tu trabajo, con el que te he visto —añadió con crueldad—. ¿Te das cuenta de que esto me destrozará el corazón?

—No, no morirás. ¡Oh, qué tonto eres, Ryan! —rió.

—Estoy esperando. ¿Quién es?

—Es... —suspiró—, bueno, mi profesor en la universidad.

—Es lo que pensé.

—Pero, ¿cómo puedes haber pensado algo así? —preguntó—. Viste un pantalón viejo, zapatos deportivos y una camisa rota. ¿Insinúas que eres vidente?

—Por supuesto que no —contestó Ryan con gentileza—. No lo tomes así —se rindió—, sólo quería decir que era obvio que no se tratara de un hippie ordinario. Este hombre tiene aura, querida, y no me sorprende del todo que sea profesor. Pero, me sigo preguntando por qué estás tan acalorada —añadió con voz suave.

Morgan respiró profundo y contó hasta diez.

—No estoy acalorada —respondió—. Además, siempre creí que los hippies no se ciñen al convencionalismo, por definición.

—Lo cual demuestra que eres anticuada, Morgan —dijo con tono paternal—. Lo sospechaba.

—¿Porque no fui de inmediato a tu cama cuando nos conocimos?

—¿Has estado en su cama... me refiero a la de tu ex profesor? —preguntó Ryan en broma con las cejas enarcadas.

—No —contestó ella sin expresión—. Además, no te concierne. ¿No piensas jamás en otra cosa?

—Créeme, Morgan —la miró de pies a cabeza—, me lo haces muy difícil.

Conviertes mis horas de trabajo en una pesadilla llena de frustración.

Ella cerró los ojos y se volvió a propósito.

—Está bien, está bien. No lo volveré a mencionar, por lo menos hoy. Pero me interesa tu hippie no convencional. ¿Vas a cenar con él? ¿Crees que sea inteligente?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella de inmediato.

—Escucha, hay veces que me preocupas —confesó exasperado—. Desde el primer instante me di cuenta de que ese hombre es atractivo, y el hecho de que se vista con ropa vieja, no lo oculta. A eso, dicho sea de paso, me refería cuando te dije que eres anticuada. Muchas convenciones acerca de cómo vestir, etc., han desaparecido.

Ella lo miró y sonrió.

—Sigue, estoy escuchando.

—Espero que también aprendas, otra cosa acerca de ese hombre —continuó de repente con resentimiento—, sin duda tiene muchachas que lo persiguen. Basta, por lo menos según mi experiencia, esta clase de poder controlado y miradas un poco distantes. Podrías haber encontrado al compañero de tu vida.

Una ligera sensación de culpa la hizo decir con inseguridad:

—Lo siento, Ryan. Ya sé que según tú soy la típica mojigata, pero no es porque me considere mejor que tú o que cualquier otra persona. Es que... bueno, si aparentaba algo así, no fue a propósito.

—Yo sé —expresó Ryan con seriedad poco común en él—, que algo debe haberte sucedido y te lastimó mucho para que te comportes de esta manera. No —negó con la cabeza, cuando la vio turbada—, no voy a preguntar más. Te estimo mucho, Morgan, como amiga, y quiero verte feliz.

El corto silencio que siguió a sus palabras, se prolongó. Morgan fijó la mirada en sus dedos sin verlos, maravillada por un Ryan que desconocía. Él se inclinó hacia ella y tocó su hombro.

—Bueno —dijo impertinente otra vez—, ¡cuánta emoción! Pero para volver a la pregunta inicial...

—¿Si es inteligente ir a cenar con él? —preguntó Morgan—. La cuestión no es ésa. Les romperá el corazón a las demás, pero aquí hay una mujer inmune a su atractivo. Lo que pasa es que no... es decir...

—Entonces, te aconsejo que vayas —enfaticó Ryan—. Si no estás preocupada porque te lleve a cenar, a tomar una copa, a seducirte, ¿por qué no ir? Es lo que necesitas. Salir, conocer gente distinta, renovar viejas relaciones. Estoy seguro de que él no es tonto ni aburrido.

—Ryan —Morgan apretó los labios—, estoy agradecida de que me quieras como amiga, también te estimo mucho, pero yo decido con quién voy a cenar. Muchas gracias.

—Comprendo. A pesar de tus valientes palabras, le tienes miedo, ¿no es así, Morgan?

—Eres imposible, Ryan. Pero recuerda que tienes menos experiencia que yo, Ryan Clarke; te servirá de lección elaborar este presupuesto —le puso una hoja en el escritorio—. Ahora, recuerda lo que te he enseñado sobre todos los trucos posibles.

—¡Morgan! —protestó indignado—, no los laberintos del viejo Wallace.

—Esos mismos —dijo ella a propósito—. Fíjate que saldrá de Brisbane, pero quiere regresar a Perth. El sueño de su vida, al parecer consiste en cruzar Nullabor en tren, por la línea del Indian Pacific, lo cual complica un poco el asunto.

—Un poco —se lamentó Ryan—, no tienes corazón, eres una desagradecida.

Faltando cinco minutos para las cinco, Ryan llamó a Morgan; ella levantó la vista.

—Mejor piensa rápido, tu ex profesor está por cruzar la calle. ¿Ya decidiste cómo decirle que no irás? A propósito, ¿cómo se llama?

—Steve Harrow —contestó ruborizada. Miró a su alrededor, en busca de una forma de escapar. El hombre bajó su mochila al lado de la puerta, haciendo una señal con la mano. Luego se volvió para observar el tránsito, con actitud despreocupada.

—¡Cómo se atreve! —exclamó Morgan. Se volvió hacia Ryan que reía

divertido—. Y tú —explotó—, bien, te voy a demostrar que no les tengo miedo, a ti ni a nadie.

—¿Quieres decir que irás?

—Sí, y es más, estaré en pleno control esta noche.

—¡Oh! —Ryan bajó la cabeza—, quizá debería salir a avisarle; Decirle que debería firmar otro seguro de vida... está, bien, no diré una palabra más.

—Mejor —Morgan agarró la bolsa y su chaqueta, y al fin ordenó el escritorio—. Tendrás el placer de cerrar... después de terminar con este presupuesto. Y no te atrevas a llegar tarde mañana.

—No, señorita —contestó con modestia—. ¿Te gustan las manzanas, señorita? Morgan respiró profundo, y decidida caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

El auto amarillo de Morgan parecía más pequeño. Lo notó al mirar de reojo a su pasajero, quien tuvo ciertos problemas para acomodarse en el coche.

—¿Vive lejos de la ciudad? —preguntó la joven con sequedad.

—No muy lejos —contestó Steve Harrow—, una vez en la carretera a Waterworks, sigues derecho. Cuidado, hay un camión bastante grande casi encima de ti —añadió, volviéndose para mirar por el cristal trasero.

Morgan apretó los dientes, y en cuanto pudo salió a la lateral y paró el coche.

—¿Quieres que conduzca yo? —inquirió Steve.

—No, no es lo que quiero —respondió ella con dulzura—. Deseo recordarle que este coche es mío, y que tengo mi licencia. Si algo le parece censurable, sólo tiene que abrir la puerta y bajar. Me sentiré feliz por no tener que cenar con usted, y por no tener que volver a verlo. E incluso podría darle un consejo: si tiene tanta aversión hacia los coches pequeños con mujeres al volante, cómprese un auto.

Él la miraba divertido cuando Morgan dejó de hablar.

—¡Bravo! —exclamó—, eso me pone en mi lugar. Has cambiado, Morgan, en más de un aspecto. Pero gracias, no me quiero bajar. Prometo no volver a decir nada que pueda interpretarse como crítica.

—Me agrada —respondió ella con cortesía, aunque darle una bofetada le

hubiera agradado más. Puso de nuevo en marcha su coche. «¡Cómo odio a los hombres!» pensó llena de ira, mientras se unía al tránsito. «¡Es increíble que sean tan presumidos y se crean superiores!».

A partir de esta interrupción, la conversación giró en torno a los problemas en Brisbane, a causa de las grandes vías cada día más transitadas. Al fin, Morgan dijo:

—Ya sabía que esta avenida es larga, pero, ¿termina en alguna parte? —se detuvo en uno de los semáforos y se protegió los ojos del sol que comenzaba a ocultarse.

—No falta mucho —dijo Steve.

—Tampoco falta mucho para Mount Glorius o Mount Nebo —se burló, refiriéndose al área de colinas y bosques al extremo poniente de Brisbane.

—Es lo que estoy diciendo.

—¿Allá vive? —respiró iracunda—. ¿Por qué no me dijo antes?

—Porque a lo mejor no irías a mi casa. Como no te podía ofrecer transporte.

—Pensó bien. Pero, si no tiene coche, ¿cómo va y viene?

—Tomo un autobús y luego pido ayuda. Nunca he tenido que caminar todo el camino hasta mi casa.

—Oh. Pero, ¿porqué...?

—¿Por qué no tengo coche? Hice un pacto conmigo mismo; no usaré coche propio durante un año. Será mí... contribución a la llamada «crisis de la gasolina»; además... el autobús que estás rebasando en este instante, es el que me transporta parte del camino y que hubiera tomado si no fuese por ti. Pero, ¿qué estaba diciendo? Ah, sí, cuando uno siente que empieza a depender por completo de algo, como de los coches, pienso que es mejor cortar la relación antes que se convierta en hábito.

—Pero, no renunció por completo. Parece que no le remuerde la conciencia pedir transporte.

—Por supuesto que no —contestó con viveza—. Sería lo mismo que cortarse la nariz para hacer enojar a la cara.

—Muy práctica —comentó ella—, su filosofía, quiero decir.

Él le lanzó una mirada aguda y arqueó una ceja.

—¿Estoy en lo cierto si detecto un ligero tono de sarcasmo?

—Así es.

Él le tocó con gentileza el cabello.

—Eres muy cínica, Glamorgan —su voz era suave—, había esperado que cambiaras.

—¿Cuándo? —la risa de Morgan era fría, y movió la cabeza—. ¿Cuándo pensó usted en mí para esperar algo?

—Te sorprenderías si te dijera que siempre te llevo en mi pensamiento.

Ella entrecerró un instante los ojos.

—¿Quiere decir que... que sabía?

—Era difícil no saber. ¿Cómo está tu padre? No, no me digas nada todavía. No antes de llegar a la casa.

Capítulo 2

A Morgan, la casa de Steve Harrow le recordaba una de estas cabañas construidas en un árbol. La vista era fantástica, incluso ahora, en el crepúsculo. La Bahía de Moreton, las dos islas, Moreton y Stradbroke comenzaban a perderse en la oscuridad.

Ella se encontró afuera en la terraza de madera, saboreando una copa, ya que había sido expulsada de la cocina.

—«Tú condujiste, yo prepararé la cena —había dicho Steve Harrow, decidido—. Además, no me gusta tener espectadores cuando hago de comer. Me pongo nervioso. Toma tu copa y disfruta la vista».

Morgan obedeció, y cuando desapareció el sol se sentía relajada, entonces regresó al interior de la casa.

—¿Puedo conocer la casa? —preguntó.

—Por supuesto —contestó Steve.

La casa era pequeña, construida de manera extraña en una colina, y rodeada por eucaliptos.

Caminó por un corto pasillo y llegó a las últimas dos habitaciones de la casa.

Una era el dormitorio. En realidad no había más que una cama gigantesca; sobre una mesita de noche descansaba una lámpara con pantalla de seda roja como la colcha.

A través de una puerta situada al otro lado del dormitorio, Morgan alcanzó a ver un pequeño vestidor, y en el fondo el baño, con azulejos azules y detalles en oro.

«Para ser alguien que no tiene coche» —pensó con un poco de sarcasmo—, «este hombre no se limita en otra clase de lujos».

La última habitación rompió con la armonía de la casa. Daba también hacia la terraza, con el mismo tipo de puertas plegadizas; pero no tenía alfombra. Una mesa larga, sencilla, con una máquina de escribir rodeada de papeles en desorden, una pared llena de libros, y una silla, era todo lo que había allí.

«Así que eso es lo que lo tiene sitiado aquí, en medio de los bosques» pensó. «Escribe otro libro. ¿Sobre qué será? ¿Otro libro de geografía?».

Se volvió y saltó al ver al dueño de la casa detrás de ella.

—No lo oí.

—Es la segunda vez hoy —comentó Steve—. La cena está servida, señorita —se apartó para cederle el paso.

La «cena» era sencilla: gruesos trozos de carne jugosa, una rica ensalada y un guiso desconocido para ella, que él identificó como un tipo de calabaza con un poco de sal, mezclada con cebolla, tomate, queso y pan molido.

—¿Todo esto lo preparó ahora?

—Con excepción de las calabazas, éstas las preparé desde la mañana. Sólo faltaba dorarlas en el horno.

—Usted tiene talento —Morgan tomó un poco de vino. Lo estudiaba de reojo mientras comían.

Era cierto que no había cambiado mucho en los últimos cinco años. Tenía el mismo cuerpo, hombros anchos, caderas delgadas: un cuerpo elegante que había llevado al caos su corazón de dieciocho años. ¿No habían pasado más que cinco años desde aquel último encuentro? Sentía como si hubiera sido más tiempo.

—Bueno —interrumpió él sus pensamientos—, cuéntame qué ha pasado desde la última vez que nos vimos, Glamorgan —le quitó el plato y llenó de nuevo su copa—. Disculpa, pero no tengo sino fruta para el postre. ¿Quizá un poco más tarde?

—Como guste. La cena estuvo deliciosa —dijo ella con una sonrisa—. Una recompensa muy considerable para mis servicios de chofer.

Él sonrió con una mueca y se reclinó en la silla, sin dejar de mover la copa con vino.

—Continúo escuchando —comentó después de un largo silencio.

—Tengo otra idea mejor —sugirió ella—. ¿Por qué no me cuenta qué ha sido de usted desde la última vez que nos vimos! Estoy segura de que será más

interesante.

Sumergido en pensamientos, él la miraba.

—Comprendo —dijo finalmente Steve—, está bien. Estuve en Oxford, en un programa de intercambio; pasé mi año sabático en el Cercano Oeste, luego regresé a Griffith para construir en mi tiempo libre esta casa. ¿Qué más? Ah, sí, tomé parte en una expedición que duró varios meses; en realidad lo disfrutaba, hasta que nos sorprendió un ciclón y perdimos la canoa. Bueno... y también pasé algún tiempo en la isla de Mornington y en el Golfo de Carpentaria.

—¿Estudiando las formaciones geológicas del lugar? —preguntó.

—De hecho, no... aunque no las olvidaba; pero me dedico ahora a un campo nuevo. Estoy escribiendo una tesis de posgrado en antropología.

—¿Ah, sí? —preguntó ella interesada—. ¿Por qué el cambio? Siempre lo consideré un geógrafo entregado a su trabajo.

—No creo que deje de serlo, la antropología está muy relacionada, de modo que no estoy abandonando la geografía. Me fascina.

—Y en medio de todas esas actividades, ¿tuvo tiempo para alguna mujer?

—De hecho, no —sus ojos azules parecían brillar de diversión—. Pero si tratas de averiguar, con mucha delicadeza, si estoy casado o no, la respuesta es no.

—Me preguntaba... —Morgan levantó los hombros y miró alrededor.

—Oh —rió Steve—, te refieres a la decoración. No, todo es obra mía. ¿Te gusta?

—Sí, me encanta.

—Muy bien. En general, les gusta a las mujeres —comentó sin darle importancia—. Una amiga me dijo incluso que debería de dedicarme a decorar interiores, a nivel profesional.

—¿Eso dijo? —Morgan fingió desinterés—. ¿Era su amante?

—Amante, querida... —levantó los hombros, luego bajó la copa de vino y cruzó los brazos—, llámala como quieras.

Por un momento, contempló su copa, luego miró a la chica.

—¿Por qué tanto interés, Glamorgan? Confieso que estoy sorprendido.

—Por favor, no me llame así. No sé por qué habría de sorprenderse. Estoy segura de que usted me iba a hacer la misma clase de preguntas. La mayoría de los hombres lo hacen, después de una invitación a cenar y las primeras copas.

Él entrecerró los ojos y su expresión se volvió inescrutable.

«Bien», pensó ella con un sentimiento de triunfo. «Quizá se dio cuenta de que no cualquiera me pueda atrapar, y él menos que nadie». Se levantó y recogió la loza.

—¿Me permite preparar el café? —preguntó reiniciando la conversación—. No quiero más, y tendré que irme pronto... —sus palabras fueron interrumpidas por la fuerza con que él la agarró de una muñeca. Morgan trató de retroceder y lo miró furiosa.

—Pero ¿qué se propone? —inquirió entre dientes.

—Esto —la arrastró hasta la sala.

Ella reacciono con furia y trató de encajarle las uñas, de soltarse, pero él tenía demasiada fuerza, y capturó sin mayor esfuerzo la otra muñeca de la joven.

—Y esto —le abrió la blusa que deslizó junto con el sostén por sus hombros, y la piel blanca de sus senos quedó a la vista—. Y esto —repitió, revolviéndole el cabello.

Morgan dejó escapar una súplica desesperada; sin embargo, lo único que logró fue que Steve se apoderara de sus labios sin compasión.

Morgan no pudo hablar, cuando él levantó por fin la cabeza y soltó sus muñecas. Tambaleante se tocó los labios hinchados. No tenía fuerza ni voluntad para resistir cuando él la sentó en uno de los sillones de terciopelo.

—Bueno —la observó con cierta preocupación—, así estabas aquella vez en la universidad, cuando esos dos borrachos y vagos con los que habías salido, huyeron espantados después de casi violarte. ¿Crees que no sé o que no puedo ver, que preferirías echarte bajo las ruedas de un autobús, antes de estar en la misma habitación conmigo? ¿Crees que yo no sé cuánta humillación has de sentir en mi presencia? Pero no permitiré que sigas así, Morgan. Mataremos

todos los recuerdos dolorosos, esta noche, y aquí.

Se volvió y sirvió más vino en una copa.

—Ten, toma eso —siguió hablando con voz impersonal.

Morgan aceptó la copa con la mano temblorosa y, tomó el líquido a sorbitos, sintiendo el alcohol caliente bajar por la garganta. Luego se arregló la blusa, incapaz de levantar la vista.

«Dios mío, lo odio», pensó. «¿Cómo puede haber hecho eso? ¿Cómo?»

Él acercó el otro sillón y tomó el rostro de la joven entre sus manos.

—Mírame, Morgan.

Entonces, ella levantó la vista, sin poder ocultar la ira y el dolor en sus ojos.

—El bisturí del cirujano causa dolor, Morgan, pero es la única manera.

—¿La única? —susurró ella—. Hay, quiero decir, hubo otro cambio. Todo lo que tenía que hacer, era volverse hacia el otro lado, cuando me vio a través de esta ventana. Hubiera sido más efectivo.

—No, no es cierto —dijo él con firmeza—. Una vez te volví la espalda, pensando que era lo mejor, pero me equivoque. No intento equivocarme de nuevo. Mira, yo sabía que te habías enamorado de mí, lo supe durante bastante tiempo. Pero cuando uno trabaja enseñando muchachas jóvenes y fáciles de impresionar, eso sucede con frecuencia. Quien tenga un poco de criterio, de integridad, aprende a vivir con ello.

«¡Dios mío, quisiera morir!», pensó Morgan, desdichada.

—Mi método —prosiguió Steve—, era no hacerte caso. Estarías sorprendida si supieras cuántas veces me ha sucedido. Pero yo no conocía tu ambiente familiar, hasta aquella noche, cuando te llevé a tu casa. Tampoco podía saber que la mezcla entre la naturaleza represiva de tu padre y ciertos comentarios tontos de parte de tus compañeros de estudio, acerca de tú corazón perdido por el profesor de geografía, te llevaría a esa compañía que dejaba mucho que desear.

—No era su problema entonces —Morgan se enjugó una lágrima—, y no lo es hoy.

—Sí, por supuesto que es mi problema —replicó él con ironía—. Cuando te vi hoy por la tarde, pensé que era increíble la transformación. Pensé que habías encontrado a alguien que te había hecho muy feliz; alguien, para ser sincero, que había espantado el trauma. Desafortunadamente, supe un poco más tarde, que no era cierto.

—¿Usted cree que ésta es la solución? —preguntó con un tono extraño—. Lo hace sonar muy sencillo todo. Arrójate a los brazos de un hombre, Glamorgan, y todo resultará bien. ¡Cuentos de hadas! —exclamó con amargura—. Amigo mío, lo siento pero tengo que decirle que me recuperaré rápido de aquel intento de violación. Lo que no he logrado es encontrar a un hombre que no tenga un ego del tamaño de un campo de fútbol y un sentido precario de virilidad al que necesita adular constantemente.

—¡Qué desperdicio, Morgan! —exclamó él después de un momento—. En realidad es un crimen verte detrás de un escritorio, vendiendo billetes. Tienes una gran capacidad intelectual, nunca lo he negado. Pero, me pregunto: ¿no radicará todo en que nunca has conocido a un hombre verdadero?

—¿Se está proponiendo usted? —se burló—. ¿Es una broma? Un hombre verdadero... mi padre lo era. A tal extremo que llevó a mi madre a la tumba; créame, yo sé que ella era tan buena con él como nadie. Se casó con él, pero era tonta y pensaba que el lazo del matrimonio era eterno y que no podía liberarse jamás. Y él se aprovechó sin piedad. Ahí tiene a su hombre verdadero.

—No, ese es un hombre inseguro —habló con gentileza—. Un hombre que debió haber vivido afuera, luchando en una guerra, o talando árboles, en vez de canalizar toda la inseguridad y la energía hacia una vida de moralista, desahogando sus frustraciones contra ti y tu madre. Si me equivoco, corrígeme, pero tengo la impresión de que uno de sus mayores deseos, frustrados, era tener un hijo varón.

—Tiene razón —contestó ella con voz amarga—. Le iba a poner su propio nombre que era a la vez el nombre del lugar donde nació. Cuando aparecí yo, ni siquiera pensó en cambiarlo. ¿Cómo cree que llegué a tener esta locura de nombre?

—¿Locura? —preguntó Steve con suavidad—. Me gusta. Me recuerda paisajes

galos con niebla, ríos de agua fresca y transparente, voces hermosas. Creo que te sienta bien. Pero, ¿cómo está tu padre? ¿Vive?

—Según parece. Por lo menos, hace un mes estaba vivo. Regresó a Gales hace varios años y vive con un hermano suyo. Cada mes me escribe una carta, y últimamente se ha acercado un poco más, incluso ha logrado perdonarme la vergüenza y el deshonor que le causé —cerró los ojos, recordando la horrible escena de cinco años atrás.

Desde siempre, su padre había tenido un carácter irascible, y lo primero en hacer fue volverse contra Steve Harrow, acusándolo de haber atacado a su hija.

«¿Cómo cree que la traería a su casa si la hubiera atacado?» —recordaba cada palabra, igual que el silencio de su padre, de repente aterrador, antes de volverse contra ella. Y su propia incredulidad, su aturdimiento cuando la atacó con una voz más ruda que nunca, diciendo que se merecía todo lo que había recibido.

«Por qué... por qué dices eso, padre?» —había preguntado.

«Porque ninguna mujer es atacada por nada» —le había contestado, enloquecido de ira—. «En vez de concentrarte en tus estudios, ostentabas tus vestidos».

«No es cierto» —ella había insistido en la verdad con voz trémula—. «No hice más que ir a una fiesta. Fue un error aceptar transporte, pero no eran desconocidos, sino compañeros... ¿qué hay de malo en eso?»

«¿Malo?» —la ira de su padre aumentó:—. «Una muchacha joven, sola con dos hombres ebrios, y preguntas, ¿qué hay de malo?»

»Pero, padre —estaba desesperada—, yo no me di cuenta de que estaban ebrios hasta que subí en el coche, y luego, mi única preocupación era que no chocáramos. Ellos jamás se habían fijado en mí durante los dos años que nos conocemos. Ni ellos ni nadie —añadió y lanzó una mirada furiosa a Steve Harrow—. ¿Por qué habrían de fijarse en mí? No soy atractiva, y gracias a ti, ando como flor marchita. Ya sé, sé que me criaste y que me pagas los estudios en la universidad, pero no quiero ser una mojígata. Si tuvieras ideas menos anticuadas...»

Había dejado caer la cabeza entre las manos, para llorar.

La desdeñosa declaración de su padre la hizo saltar.

«Las lágrimas no te ayudarán, Glamorgan —había dicho con voz helada—. Lo que perdiste esta noche, lo que tiraste a la basura, algo tan precioso, tan...»

«¡No perdí mi virginidad! —había gritado la chica—. Sé que no te importa, pero luché con manos y pies, y el único resultado fue que me atacaran más. ¿Por qué me crees una perdida? ¡Oh, te odio! —había sollozado mientras se volvió para subir la escalera, llena de dolor—. Y usted —añadió, destruida por la humillación de que Steve hubiera presenciado esta terrible escena—, usted... el simple hecho de verlo me enferma...»

Con un largo suspiro, volvió al presente y miró hacia la luz dorada de la lámpara. Le sorprendió ver que él había preparado una jarra de café; puso la bandeja en la mesa de mimbre y le sirvió una taza.

—Y nunca regresaste —dijo él cuando se sentó.

—No, o ¿no se dio cuenta?

—Noté que una semana después todavía no habías vuelto. Eso fue más o menos a principios de las vacaciones de verano, acuérdate. Yo estaba ocupado con la evaluación de los exámenes. Me asombré al enterarme de que tu padre ni siquiera había levantado un acta. De modo que fui a buscarte, pero te habías ido, según los vecinos, de vacaciones. Entonces empecé a buscar entre tus compañeros de estudio, pero sin tu identificación, no podía hacer nada. Y al final de aquel semestre, me fui a Oxford.

—Oh —fue lo que logró responder. Luego, tensa, añadió—: Bueno, fue muy amable de su parte preocuparse tanto, pero aunque yo no compartía la opinión de mi padre acerca de lo sucedido, llegué a la misma conclusión final: no podía regresar y soportar las miradas de todos ustedes. Empecé a trabajar en una oficina, hice un curso de turismo y otro en un instituto de estética, donde se aprende cómo vestirse; cómo caminar, cómo cuidarse la piel. Un año después encontré mi trabajo actual.

—¿Le escribes a tu padre?

—Sí —titubeó un instante, y agregó sin gracia—: También una vez al mes. Sé que mi madre me lo hubiera pedido. Además, dejé de depender de él. Y...

alguien me dijo una vez que una persona no se puede considerar madura, si para todos sus problemas culpa a su padre, o a un maestro, o al Primer Ministro... —se interrumpió y sonrió—. Suena chistoso, ¿verdad?

—Sí, suena chistoso —también él sonrió—. Pero parece ser cierto. ¿Es lo que estás tratando de lograr?

Ella asintió con un movimiento de la cabeza, y expresó:

—Iba bien, hasta que usted apareció de nuevo en mí vida.

—¿Será? —murmuró él—. Mira, te quiero decir una cosa. En el momento que logres sentirte relajada y cómoda en mi presencia, sabrás que superaste todo.

Morgan se tornó pensativa.

—No entiendo —dijo al fin con voz ronca—. Estoy segura de que usted no se relaciona con mujeres a un nivel platónico; sólo que tenga que ver con su trabajo... o que se trate de la esposa o la prometida de algún amigo. De otra forma, parecería un ejercicio sin placer.

Steve se mordió el labio inferior.

—¿Qué haces los fines de semana?

—Mucho —la respuesta no podía ser más breve.

—Déjame decirte por qué —siguió sin tomarla en cuenta—. Estoy escribiendo también una novela, los fines de semana. Pienso que me ayuda a no envejecer —se mordió los nudillos, reflexionando. El gesto le recordó a Morgan sus sentimientos de estudiante, y suspiró—. Necesito de un ayudante —siguió—, alguien que ponga un poco de orden en lo que llevo escrito. Todo está revuelto, sin corregir... cercano al caos total. Te pagaría por hora, más viáticos.

—¿Quiere decir, todo el fin de semana? —preguntó incrédula.

—No, sábado o domingo, lo que te convenga más. ¿Aceptas?

—Yo... no... quiero decir, tengo que pensarlo —la respuesta no tenía mucho sentido.

—Bueno, algo es algo —Steve sonrió—. ¿Más vino? Todavía estás pálida.

—No, gracias. Recuerde que debo conducir a mi casa.

—De ninguna manera. No te lo permitiría ni soñando, después de todo esto.

—¿Usted... no me lo permitirá? —se irguió y lo miró abatida por la furia—. ¡No me lo puede impedir, Steve Harrow!

—No estaría tan segura —arrastraba las palabras—. Y, llámame Steve —añadió con una pequeña sonrisa—. Todos mis amigos me llaman así. Pero no tengo la menor intención de permitirte conducir un coche a estas horas de la noche, por una carretera montaña abajo. Y no estoy tomando en consideración tus habilidades de chofer, sino el estado de la carretera, si se le puede llamar así.

Ella abrió y cerró la boca, sin pronunciar palabra. Divertido la miró un instante, luego se rió.

—¿Qué estás tratando de decir? Te aseguro que no te comprometerás de manera alguna. Es más, yo pienso dormir en el canapé —señaló el magnífico mueble de piel—. Aquí paso la noche con frecuencia, sobre todo cuando me quedo a ver la televisión. Es muy cómodo, y la cama es toda tuya —encogió los hombros—. Te puedes encerrar con llave, si es lo que te preocupa —añadió.

—Pero... pero —Morgan respiró profundo para poder dominarse—. Mire —dijo al fin—, agradezco su preocupación. Sin embargo, no es posible. No tengo más ropa que la que traigo puesta, y no acostumbro ir a trabajar con las mismas prendas del día anterior.

—¡Ah! —exclamó y se acarició los labios—, éste es un pequeño problema, de acuerdo, pero tiene solución. ¿Utilizas el mismo uniforme todos los días? Quiero decir, ¿uno igual? —la amabilidad excesiva fingida por él despertó en ella el deseo de abofetearlo—. Dices que no usas ropa del día anterior, pero, ¿un uniforme idéntico?

—Sí —respondió Morgan entre dientes—, ¿puede hacer aparecer uno por arte de magia? —inquirió con dulzura—. ¿O está tratando de sugerir que me vaya mañana antes que amanezca corriendo a mi casa, que se encuentra al otro lado de la ciudad, dicho sea de paso, para cambiarme? No lo haré.

—Nada de eso. Pero soy un hombre hogareño, Morgan. No sólo tengo una lavadora, sino también secadora. Podrías lavar tu ropa interior y tu blusa,

echarlas en la secadora, y no perderías tiempo. ¿También lavas a diario la falda y la chaqueta?

—No —contestó la chica sin querer—, casi siempre las cepillo y plancho... —se interrumpió y cerró los ojos. «Estoy loca», pensó rendida de cansancio, «completamente loca para acceder a una discusión sobre mi ropa. Pero desde luego sabía que él no pertenece a la clase de hombres que se niegan a cumplir con cualquier tipo de tareas femeninas... como mi padre. Siempre lo he sabido, aunque no me imagino cómo. Cómo sé, por ejemplo, ¿que si algún día alguien tiene un hijo suyo, él se interesaría por todos los aspectos del embarazo, y a la hora de dar a luz, estaría del lado de la mujer?» Agitada, saltó. «Estoy loca», se repitió disgustada—. Mire —agregó—, no voy a...

—Sí, Morgan, vas a hacerlo —la interrumpió con suavidad. Retrocedió cuando lo vio acercársele. Él no la siguió.

—Está bien —dijo tensa, y como sintió la silla contra las corvas, se dejó caer agradecida—. No crea —continuó—, que accedería a una lucha de fuerza con usted. Preferiría morir que darle esa clase de satisfacción, amigo. Pero le puedo decir una cosa: voy a pensarlo dos veces antes de poner otra vez un pie en esta casa. Sería buena idea pagar un anuncio para encontrar su secretaria.

—Muy bien. Tomaste la decisión correcta. No hubiera sido bueno conducir hasta tu casa, no en este estado de ánimo. Y yo odiaría la idea de tenerte en mi conciencia por segunda vez. Mira, ¿crees que puedes mostrar un poco de madurez y dejar a un lado todas tus espinas? Prometo no hacerte nada, así que, ¿no podríamos disfrutar el resto del encuentro? Recuerdo que a nivel intelectual, teníamos bastante en común. ¿Por qué no habríamos de intentarlo de nuevo?

Morgan se sintió incómoda y fijó la mirada en sus manos, bien cuidadas, tan diferentes a como estaban en aquel entonces.

—Bueno, ya que no puedo elegir, que así sea.

Levantó la vista.

—Esta es mi muchacha —exclamó él casi sin voz y se volvió.

Capítulo 3

«Que así sea». Sus propias palabras parecían sonar como eco en su mente durante el resto de la noche. «A pesar mío, me siento como Alicia en el País de las Maravillas», pensó cuando Steve le ayudó a poner en marcha la lavadora. Se había bañado en su baño suntuoso, y él le prestó una camiseta y una bata color vino, con mangas cortas que le llegaban hasta los codos.

Lavaron su ropa, luego la loza, tareas bastante rutinarias, pero había surgido un cambio inesperado, cuando Steve la llevó a su estudio para enseñarle parte de su tesis.

Ella no había pensado que ese trabajo la interesaría tanto.

—Yo... siempre me ha gustado la antropología —confesó al fin, cuando no pudo mostrar más que interés ante sus explicaciones. Él la miró con sorpresa.

—Bueno, ¿por qué no la estudiaste, entonces?

—Mi padre —contestó con una mirada rápida—. Él pensaba que no era para damas, usted sabe, ir a explorar pueblos salvajes, estudiar sus costumbres, etc. Él no comprendía...

—No lo digas —advirtió con una sonrisa inesperada—. Me imagino que él te veía, queriendo practicar con los nativos. No puede ser.

—Sí? —rió—. ¡Dios mío, es asombroso ver con cuánta tenacidad cierta gente se apega a sus estimados prejuicios!

—¿Usted... quiero decir, cree que es por falta de educación que la gente se vuelve estricta y...? —Morgan buscó el término correcto, pero no lo encontró.

—No necesariamente. He conocido pastores humildes que jamás habían pisado el interior de una escuela, y sin embargo, tenían una filosofía con respecto a la paz, el prójimo y el medio ambiente, bastante acertada. ¿De dónde la sacaron? Pienso que de alguna forma está relacionado con los genes, el trasfondo familiar, las expectativas de cada quien. Y en cuanto a esto —terminó serio—, estamos en desventaja.

—¿Quiere decir que gente como nosotros, como mi padre, debemos ampliar nuestra visión? Lo que por ejemplo para un pastor no hubiera sido necesario...

—Algo por el estilo. Pero también estoy seguro de que hay pastores que no son capacitados. Es... pienso que es una de las grandes incógnitas, Morgan. Quizá cada época, desde el comienzo de los tiempos, se atormentaba, se preocupaba por los malos ajustes, las satisfacciones baratas de sus creaciones.

—Quizá —dijo ella sonriendo—. ¿Qué derecho tenemos para pensar que somos una excepción? ¿Sabe que la persona más feliz que he conocido en toda mi vida, fue un abejero? Disfrutaba cada minuto de su vida, incluso cuando estaba lejos de su enjambre, porque se alegraba por adelantado de volver a verlo. Escribió un pequeño libro, y pagó la edición con lo que había ganado en horas extras.

—Estás tocando la llaga con el dedo —dijo Steve muy serio—. Esta clase de gente es la más feliz.

—¿Usted pertenece a ese grupo? —preguntó Morgan de manera tentativa.

Él levantó los hombros y respondió pensativo:

—Me temo que no del todo. Debes creerme, también yo trataba de enfrentarme solo al mundo; intentaba luchar, cambiar algunos de los principios, las mentes cerradas. Pero nunca logré nada notable.

—¿Cómo es eso?

—No creo que te lo vaya a contar en este instante, señorita de los ojos brillantes —dijo después de un breve titubeo—. Es harina de otro costal.

—Ah, ¿sí? —contestó ella con mordacidad—. Tendré que perdérmelo, entonces.

—No necesariamente. Eso depende de ti misma —miró el reloj—. ¡Caramba! ¿Sabes qué hora es? Medianoche. Hora para nuestra muchacha trabajadora de ir a dormir su sueño de belleza.

—Muy bien —respondió con el mismo tono—, buenas noches, Steve.

—Buenas noches, Morgan —contestó otra vez sereno—. Que sueñes con los angelitos.

Por la sorpresa, no soñó nada, incluso tardó en conciliar el sueño.

Pensó en su pequeño apartamento en los suburbios de Herston, no muy lejos

del Hospital Infantil. Era pequeño pero moderno, situado con cinco más en medio de las casas antiguas y distinguidas de Queensland, y tenía la ventaja de estar cerca del centro.

Aunque la decoración de su propio apartamento no era lujosa, tampoco le disgustaba, pensó mientras se estiraba bajo las sábanas finas. Miró los detalles inesperados en los que no se había percatado.

Luego se volvió hacia un lado y deslizó un brazo bajo la almohada, para gozar con el contacto del algodón en la piel. Al fin se quedó dormida, con brazos y piernas extendidos, la cabellera esparcida, y con la lámpara sin apagar.

Cuando despuntó el alba el canto de un pájaro la despertó. Empezó a reír, luego se interrumpió como si supiera que era demasiado temprano para tal escándalo. Pero dos minutos después volvió a empezar, luego otros lo acompañaron, y al fin Morgan se sentó.

Salió de la cama, se puso la bata y fue a la terraza.

—Buenos días, Glamorgan —una voz la hizo saltar—. Acerca una silla y acompáñame a ver el nacimiento del sol.

Así lo hizo y encantada vio cuando se disolvió la oscuridad y se podía vislumbrar toda la región del Moreton, desde el pie de Mount Nebo hasta el mar. El espectáculo estuvo acompañado por el canto de una inmensa variedad de aves.

—¡También interviene un gallo! —exclamó risueña—. ¿Cree que haya escapado de algún patio cercano?

—Es Silvestre, mi amigo, y no te atrevas a decirle que suena fuera de lugar. Ya tiene suficientes complejos.

—¿Tiene gallinas?

—Mmm. Limpié un pequeño terreno detrás de la casa; estoy tratando, sin mucho éxito, de sembrar verduras y criar pollos. Compré a Silvestre porque pensaba que podría estimular a mis gallinas, para que fueran más prolíferas. Sin embargo, parece tener el efecto contrario. Lejos de alegrarse, trataron de matarlo. Todavía está en recuperación.

—¿Habla en serio? —preguntó—. Eso me parece un cuento.

—Bueno, quizá estoy exagerando un poco —confesó Steve—. Estas mañanas maravillosas parecen tener ese efecto en mí —respiró profundo.

—Esto es hermoso —contestó la joven y abarcó con una sola mirada todo el panorama—. No alcanzo a imaginar cómo es posible trabajar aquí arriba. Estoy segura de que me distraería.

—En parte te acostumbrarías. Aunque no al amanecer —Steve se levantó y se estiró; bajo la delgada camisa de algodón y el pantalón ajustado, ella podía ver cada músculo de su cuerpo. Sin querer, cerró los ojos, luego los volvió a abrir y fijó la mirada en sus pies desnudos.

—¿Preparo el desayuno? —preguntó ella con amabilidad—. Quiero decir, ¿acostumbra desayunar? Yo sí —y añadió con rapidez—: Me encanta el desayuno, preferiría perderme cualquier otra comida del día —«deja de hablar», Morgan, se ordenó nerviosa. Levantó la vista y se encontró con sus ojos burlones—. ¿Por qué me mira de esta forma? —se desconcertó.

—Porque me encanta —contestó después de un instante—. Es otra de las cosas que tenemos en común: la antropología y el gusto por un desayuno sabroso —le estrechó una mano—. Tú primero, señorita. Podemos escoger entre tocino con huevos y salchichas con huevos. O todo junto, si así lo deseas.

Ella caminó divertida hacia la cocina. «Si antes pensabas que estabas loca, Morgan, ya progresaste». «¿Cuál será el paso siguiente?»

—Con toda sinceridad, no lo sé —musitó en voz alta—; quizá sólo estoy embriagada por el sol y el canto de los pájaros —echó las salchichas en la sartén y fue al comedor para poner la mesa.

Steve no estaba a la vista, pero ella podía oír el agua que caía de la ducha. Miró alrededor y se ruborizó. Extendidos en una de las sillas azules se encontraban, acomodados por manos expertas, su sostén, bragas y medias. Con un movimiento brusco los cogió. Se le había olvidado todo en la secadora, cuando se acostó. Steve parecía tener mejor memoria. La blusa estaba puesta en un gancho y colgada del picaporte, junto a la falda y la chaqueta.

«Se toma demasiadas atribuciones», pensó rebelde, mientras arrojaba la ropa en el dormitorio; cuando cesó el agua de la ducha, se retiró con rapidez.

Parada en medio del comedor, con el ceño fruncido, respiró sofocada. «Oh,

Morgan, qué tonta eres, qué tonta. Otra vez estás al borde del mismo abismo. ¿Cómo pudiste permitir que sucediera eso?»

«No lo permití», se contestó con suavidad. «Parece ser algo como la fiebre que da una y otra vez. Sí, eso es. Pero no, ¡qué comparación tan tonta! Tantas armas que tengo para defenderme. Un trabajo estimulante que me encanta, pese a que él piense que es un desperdicio, dinero en el banco que me permite unas vacaciones interesantes cada año. Un coche, ropa cara. ¿Qué más podría desear?»

Resolló de repente y huyó a la cocina, a cuidar las salchichas.

—¿Cuánto tiempo —conversaba mientras comía pan tostado—, tardaré en llegar al centro de la ciudad ?

—Debido al tránsito, mínimo una hora —Steve alejó su plato y le lanzó una sonrisa, luego comentó—: Muy rico, no eres mala cocinera.

—¿Usted considera que salchichas con huevos son una gran prueba?

—Quizá no. ¿Por qué no me invitas un día a cenar para consolidar tu posición?

—Lo pensare —contestó con ligereza y se levantó—. Con su permiso, iré a prepararme para tomar camino, como se dice. Amenacé a Ryan con matarlo si llegaba tarde, así que no debo dar el mal ejemplo.

—¿Ryan? —preguntó—. ¿Tu compañero de trabajo? ¿El inteligente señor Clarke?

—Ese mismo —contestó ella con tristeza.

—¿Está casado? —preguntó.

—No, ¿por qué?

—Curiosidad. ¿Crees que le gustaría casarse contigo? —siguió preguntando y la escudriñaba con la mirada.

—Ryan se echaría a correr si alguien tratara de atraparlo. No creo que haya madurado más allá de la diversión.

—¿Alguna vez trató de divertirse contigo? —esbozó una sonrisa.

—Con frecuencia —contestó ella en el mismo tono—. Mínimo vez al día. Pero aun así, no es mal muchacho.

Se volvió y caminó al dormitorio.

Cuando estaba en el baño, vestida pero todavía ocupada en los últimos toques, Steve empujó la puerta y se quedó en el umbral, observándola. Sus miradas se encontraron en el espejo, pero ella se movió para concentrarse y terminó lo mejor que pudo con los recursos limitados de cosméticos que encontró en su bolso.

Con fuerza cepilló el cabello y luego lo acomodó con las manos, para terminar arreglándose el cuello de la blusa.

—Ya —dijo y se volvió.

—¿Y eso? —preguntó Steve y le alcanzó el lápiz labial.

—Me lo pondré llegando a la oficina —casi se lo arrancó de la mano y le dio la espalda.

—Oh —dijo él, y de repente ella sintió sus manos en los hombros. Al mirarlo se encontró con el azul profundo de sus ojos.

—Te veo muy hermosa, Morgan. Como una flor de invernadero —notó el rubor de la joven—. ¿Has pensado sobre mi proposición? ¿Si quieres trabajar para mí o no?

«Dile que no, Morgan, no, no, no. Díselo», pensó. Pero, con el pulso acelerado por su proximidad, se dio cuenta de que no podía decir nada. Lo único que deseaba era abrazarlo y, peor aún, desabotonar la blusa y guiar sus dedos fuertes, largos hasta el nacimiento de sus senos.

—Yo... yo quisiera pensarlo un poco más —logró tartamudear al fin—. ¿Tiene teléfono? —trató desesperada de guardar la compostura.

Él dejó caer las manos y las guardó en los bolsillos del pantalón.

—Buena idea. Llámame un día. En realidad, no hay prisa.

Morgan no comprendería jamás por qué era tan auténtica la sensación de decepción. Porque no tenía la más ligera intención de volver a ver a Steve, ni siquiera de llamarle por teléfono. Sin embargo, inquirió:

—¿No tiene planeado salir a alguna parte en los próximos días? Es decir, ¿estará en casa?

—Oh sí —contestó y enarcó las cejas en broma, lo que le causó más malestar. Se había dado cuenta de su pequeño juego—. Aquí estaré —añadió.

—Bien —fingió alegría, luego cogió su bolso—. Me tengo que ir. Gracias por todo —dijo por encima del hombro mientras salía del comedor lo más erguida que pudo—. No digo que haya disfrutado todo, pero la vista, el amanecer y la cena estuvieron excelentes.

—Cuando quieras, Glamorgan —Steve levantó los hombros—, cuando quieras.

«Lo sabe», se dijo mientras conducía el coche desde la casa hacia la carretera. «Sabe que no regresaré. Y creo que lo va a aceptar», su mente regresó a las débiles despedidas. Él ni siquiera se había esperado a que se alejara para volver a entrar en la casa.

«Eso, Morgan!», se felicitó. «¡Lo lograste!»

Ryan ya había, llegado y estaba trabajando en su escritorio. No eran más que las ocho y cuarto, y abrían a las ocho y media.

—Llegaste temprano —dijo la joven y se quitó la chaqueta.

—Mira —levantó la vista—. Terminé con la tarea —le alcanzó una hoja de papel—. El presupuesto del viejo Wallace. Oye... —ladeó la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó la chica a la vez que estudiaba el presupuesto.

—Se te olvidó pintarte los labios, Morgan. No me digas que la noche con tu ex profesor te causó problemas para concentrarte hoy en tu arreglo —sus ojos brillaron de curiosidad.

Ella pestañeó y se tocó los labios con un dedo, era cierto.

—Así es —respondió con frialdad—, pero no importa. Me pondré color después del primer café. ¿Gustas uno también?

—Gracias. Parece que el asunto está cerrado.

Agradecida, Morgan pensó que por lo menos a este hombre se le podía dominar.

—¿Cuál asunto? —preguntó—. A propósito, el presupuesto no está mal. Sólo un punto podría ser mejorado.

—Muy bien, no diré más al respecto.

Y por primera vez, él cumplió con su palabra, aunque Morgan notó que durante el resto del día la miró de vez en cuando con burla.

Una semana pasó con sorprendente rapidez, y luego otra; y conforme iba quitando los días del calendario, logró sentirse cada vez más relajada. Se preguntó incluso si no había sido un sueño todo eso.

Pero los últimos días de la quincena recibió dos golpes.

El primero llegó en forma de carta de parte de su tío de Gales quien le informó que su padre requería de una operación complicada.

No conocía a su tío, pero sus palabras evocaban el acento galo de su padre, que durante todos estos años en Australia nunca lo había oído. Releyó las frases, todavía confusa. Hubiera podido ser operado a costa del Seguro Nacional, pero se oponía con terquedad a ser llevado como «animal enfermo». Las comillas no eran necesarias, pensó Morgan. Era como si lo estuviera escuchando.

«Su forma de verlo no es del todo correcta», escribió el tío invisible, «es más bien falsa y estoy seguro de que lo tratarían muy bien sin que tú pagaras un centavo; aunque sí tendría que renunciar a su estimada intimidad. Pero como sabrás, es un hombre terco, y decidió que prefería lamerse las heridas en su guarida o no hacer nada, a ponerse en las manos de Salubridad. Pero hablé con sus médicos, y ellos consideran que la operación es esencial, si no quiere vivir desde ahora con creciente incomodidad. Así que decidí escribirte, querida sobrina, para pedir tu opinión, ya que eres su única pariente cercana en el mundo...»

Morgan se mordió el labio inferior. Después del trabajo, fue a visitar la tumba de su madre, donde recordó las palabras de su progenitora: «Hay una sola cosa que no vas a poder cambiar, Glamorgan. Él es tu padre. Él está en ti, y tú en él».

Cerró los ojos. «Tengo una vida delante de mí», pensó. «Y quizá, él es así porque se preocupaba demasiado por mí. Dudo que alguna vez me diga algo al respecto». Ese era el meollo del asunto... quizá. Suspiró profundo y cerró más la chaqueta.

Al siguiente día fue al banco y compró una orden de pago internacional, que la dejó sin ahorros.

La segunda sorpresa la experimentó la joven cuando buscó en el bolso la llave de su apartamento esa misma noche. Steve Harrow la esperaba sentado cerca de la puerta.

Morgan se ruborizó primero, luego palideció y preguntó con enojo:

—¿Qué hace aquí?

—Vine a verte —contestó y se levantó para estirar sus miembros—. Estuve esperando que me llamas por teléfono —le reprochó.

—Tonterías —apretó los labios—, usted sabía que yo no iba a llamarle. ¿En dónde estamos, en una guardería infantil?

—Quizá —enarcó las cejas y rió.

—Bueno, está bien, lo voy a poner más claro aún. No quiero trabajar para usted. No quiero pesar sobre su conciencia. Y no me diga que me buscó entre todos los Jones del directorio.

—No, te busqué a través de Ryan Clarke. Encontré un cómplice muy complaciente en él —le quitó la llave y abrió con calma la puerta—. Después de ti señorita —murmuró con gracia.

Morgan le lanzó una mirada furiosa, pero después de un breve titubeo, entró. Él la siguió a mitad de la sala y miró alrededor.

—Tienes un lugar bonito.

—Lo odio —dijo Morgan entre dientes—, no tiene derecho a venir y cazarme como venado —arrojó el bolso sobre un pequeño sillón con cojines floreados. En el mismo instante, los dos trataron de coger las tres cartas que ella había sacado del buzón.

Morgan retrocedió como si se hubiera quemado cuando tocó la mano de él, pero a causa del brusco movimiento, perdió el equilibrio y terminó sentada en el suelo. Steve se arrodilló a su lado.

—¿Te lastimaste, Morgan? —preguntó con suavidad y una risa oculta en los ojos azules, muy cerca a los de ella que miraban con ira—. Te ayudo a

levantarte —añadió y la llevó con gran seriedad a una silla, pese a los esfuerzos de ella de mantenerlo alejado.

Morgan respiró profundo y cerró los puños, cuando él se arrodilló de nuevo y le acarició las piernas.

—Piernas de modelo —comentó admirado—, pero deberías cuidarlas mejor, podrías haberte lastimado el tobillo —le quitó uno de los zapatos de tacón alto y movió su pie con delicadeza.

—Quite sus manos de mí —ordenó la chica—. ¿Qué le hace pensar que me puede desvestir cada vez que se le ocurre?

—No diría que te estoy desvistiendo —arrastró las palabras y le puso el zapato de nuevo—. Actúo más bien como buen samaritano —se levantó y le colocó las cartas sobre el regazo—. Tus cartas. No se ven muy alentadoras, me temo —recurrió a su buena educación—. Los sobres con ventana casi nunca lo son, ¿te has fijado?

—Yo... —Morgan iba a decir algo cortante, pero se calló cuando se enteró del pleno significado de sus palabras. Se mordió los labios y suprimió un suspiro. No era necesario abrirlas para saber su contenido. La cuenta del teléfono y la renovación de las placas de su coche. La tercera carta, medio escondida entre las otras, no podía ser sino la cuenta de la revisión reciente del coche.

«Eso es», pensó desdichada. «Eso acaba con el resto de mis ahorros. Espero que la cuenta de luz no venga sino hasta el próximo mes».

—¿Qué es, Morgan?

La chica se sobresaltó. Por un momento había olvidado su presencia.

—Yo... no es nada. Acostumbro tomar una taza de té a esta hora. ¿Gusta acompañarme antes que se vaya? —se levantó.

—No te rindes jamás —rió Steve—. Pero, ¿qué tienes allí? —señaló los sobres que ella guardó en la pequeña mesa que usaba para comer—. ¿Malas noticias?

—En realidad no —logró decir ella—, nada que no tenga solución —fue a la cocina y puso agua a hervir. Steve la siguió y se apoyó en la puerta, los brazos

cruzados sobre el pecho.

—¿Un ligero retroceso, quizá de orden financiero? —«es demasiado perspicaz», pensó ella con resentimiento, sin embargo mantuvo la calma.

—Quizá, aunque sólo por un tiempo —preparó todo para el té y vertió el agua hirviendo en la jarra. Cogió la bandeja y Steve le cedió el paso. Cuando entraban en la sala, añadió—: Quizá esté desperdiciando mi capacidad, pero por lo menos me pagan bien.

—No creí que te hubieran cesado del trabajo —arqueó una ceja y habló con voz fría—, sólo pensé en vicios insospechados. ¿Eres mala jugadora?

—Siéntese —acercó dos sillas a la mesa y se sentó—. No, no soy mala jugadora. Aunque, créalo o no, me gusta ir al hipódromo, aunque no para apostar.

—¿Para qué entonces? —se burló mientras tomó dos galletas de un plato.

—Me gusta ver los caballos. De hecho, estaba pensando incluso en comprar acciones... —se interrumpió, sonriendo con tristeza. Ese sueño tendría que esperar ahora.

—¿Acciones en el hipódromo? Es negocio de los grandes, todo está sindicalizado; pero te gusta controlar las cosas sola, ¿verdad, Morgan?

—No sé por qué los hombres siempre creen que con las mujeres hay que hablar sobre cualquier tema, menos acerca de negocios y juego.

Steve la observó un instante, pensativo.

—Entiendo por qué estás tan sensible al respecto, pero verás...

—No empiece de nuevo, el asunto está cerrado —lo cortó—. No estoy dispuesta a seguir discutiendo más con usted.

—¿Y no reconoces un pequeño apuro económico? Creo haber escuchado algo al respecto —preguntó, y cuando ella lo negó con la cabeza, se volvió de repente, implacable—: ¿Sí o no, Morgan? —exigió una respuesta—. ¿Estás tratando de decir que por ser hombre, también soy sordo?

Con un gesto negativo, ella levantó una mano, pero él la agarró de la muñeca y le puso la mano sobre la mesa, sin soltarla.

—Contéstame, Morgan.

—Con gusto, en cuanto suelte mi mano. Se trata de lo siguiente —sobaba la muñeca, llena de resentimiento, y habló como si se estuviera dirigiendo a un niño de cinco años—. Tengo suficiente dinero para mis gastos regulares, pero debido a circunstancias imprevistas, en este momento no tengo ahorros. Lo cual no significa más que la necesidad de renunciar a las vacaciones; quizá, este invierno tenga que ponerme la ropa del año pasado, aunque tal vez lo hubiera hecho de todos modos porque me gusta. Tendrá que esperar la realización de mi sueño en el hipódromo. Y para información suya, aun antes de lo que sucedió, estaba muy lejos de ello; ni siquiera he decidido si conviene más invertir en bienes raíces o en carne de caballo.

Se miraron callados durante un instante, hasta que ella dijo al fin:

—¿Me comprende?

—Te comprendo —contestó Steve con suavidad y una mueca apenas visible—. Tu futuro está planeado hasta el último detalle, Morgan. Casi como si fueras hombre, ¿no es así?

—¿Qué... qué pretende decir?

—Qué quieres estar segura de no tener que depender de un hombre. Consciente o inconscientemente, optaste por una vida solitaria.

—Eso no es cosa suya —de repente bajó la vista—. En caso de que fuera cierto lo que usted supone, ¿por qué no habría de preocuparme de mi futuro? Aun casándome no me haría daño.

—Por supuesto que no. Es más, tu pequeño escondite seguiría existiendo en alguna parte, y podrías regresar en caso de que la vida resultara demasiado ruda —dijo con ironía.

—Y eso, por supuesto, no se hace —contestó ella—. ¿Sólo a los hombres les está permitido hacer esa clase de cosas?

—Otra cosa me preocupa más —siguió él después de un instante—. Te ofrezco una forma interesante de aumentar tus ingresos y al mismo tiempo la oportunidad de superar los problemas que te acechan en mi presencia. No se me ocurre sino una sola razón por la que rechazas mi proposición.

—¿Cuál? —preguntó.

—Esta —contestó tranquilo y le acarició un brazo.

De inmediato se puso tensa, luego se impuso relajarse.

—Tienes miedo, Morgan, miedo de confiar en ti misma, cerca de mí. Miedo de no madurar quizá jamás.

Su reacción inmediata fue involuntaria, pero incluso cuando la pudo controlar, Morgan supo que había puesto el dedo en la llaga.

—Tonterías —dijo como si esta idea la hubiera sorprendido—. ¿Sabe? —siguió después de una pausa e inclinó la cabeza—, estoy un poco decepcionada. Pensaba que usted había evolucionado más allá de... de... —se interrumpió buscando el término preciso—, no sé... de pensar que si una muchacha no se marea por su gran atractivo, usted habría fallado y necesitaba erigir un mecanismo de defensa: llegar a la conclusión de que ella está mal...

La carcajada inesperada de Steve la interrumpió.

—Oh, Morgan, me encantas. Eres una cínica, pero maravillosa. Confieso que me agradas.

—Oh, Steve —imitó su tono—, si supiera ¡qué viejo es ese truco! Apuesto que Ryan se lo sabía cuando todavía estaba en la cuna.

El silencio posterior a sus palabras se prolongó. Ella se negó a bajar la vista, hasta que él desvió la mirada.

—¿Por qué, entonces, no aceptas el guante, Morgan? —preguntó con suavidad y un brillo muy especial en los ojos.

—Porque no quiero ser tratada como el típico caso clínico de frigidez —contestó ella con la misma suavidad—, o para hablar con sus propios términos, como un paisaje virgen, improductivo hasta que usted lo hubiera trabajado. Oh, no, hay maneras más fáciles de ganarse unos centavos. De hecho, tengo varias a la mano: doy clases a varios niños de esta calle, cuido a los más chicos por la noche —no le contó que rechazaba la remuneración por estas actividades, ya que lo hacía no por obligación sino por gusto. Levantó la cara y encogió los hombros—. Quizá usted me pagaría más, pero disfruto esto, y es satisfactorio.

—Tengo dos sobrinos —Steve arqueó las cejas y se mordió un dedo—, de doce y nueve años. Podría pedirlos prestados de vez en cuando, para que hubiera más vida en mi casa —le ofreció.

—No voy a... —Morgan respiró con fuerza—, no... —de repente se resignó—. Está bien, lo haré —estaba extrañada de sí misma—, durante seis semanas; pido cinco dólares la hora, más los gastos de la gasolina.

—Me gusta cuando hablas claro. Tienes tu trabajo, Morgan ¿conviene los sábados, digamos de diez a cuatro?

—De acuerdo —lo miró levantarse—. Espero que no lo tenga que llevar a su casa ahora.

—No me atrevería a pedirte —rió—. Te veré el sábado, muchacha —después de hacer un ademán con la mano salió de su apartamento.

Morgan se llevó la taza de té a la ventana. «Estoy loca», se dijo mientras observó la figura alta, delgada, caminando por la acera. «Pero ¿no es así como funciona la inoculación? ¿Una pequeña dosis del virus activa los anticuerpos? Quizá es lo que necesito». Se alejó impaciente de la ventana cuando Steve Harrow desapareció en la esquina.

Capítulo 4

El día siguiente, Morgan no tomó en cuenta las miradas precavidas de Ryan. De hecho, estaba ocupada en aparentar normalidad, y sólo después del almuerzo, se dio cuenta de que había exagerado.

—¿Significa que me vas a perdonar? —preguntó Ryan, refiriéndose a nada en particular.

—Ryan, amigo, mío, aprecio tus buenas intenciones, por lo menos en este momento, porque no he tenido tiempo para enterarme de tus motivos verdaderos. Pero, no te atrevas de nuevo a dar mi dirección a nadie, jamás.

—No lo haré —prometió con un ligero sentimiento de culpa—. ¿Hiciste... estás... es decir...?

—No, no hice, sí estoy, y si quieres saber lo que pienso que quieres decir, la respuesta es ¡no!, se trata de una relación profesional. Está escribiendo un libro y necesita quién le ayude con la redacción, las correcciones y cosas de este tipo.

—¡Oh! —exclamó—, así fue como el agua llegó al coco. Quiero decir, que el juego se juega bajo un nombre nuevo, ¿cierto? —le hizo una seña.

—Eres incorregible, Ryan —lo regañó—. Yo... yo tengo una visión no muy clara de tu futuro. Pero no hay nada peor que un hombre que jamás logra superar la etapa de la adolescencia. Sospecho que eres uno de ellos.

—¿Y él no? ¿Ese Steve Harrow?

—¿Cómo voy a saber eso?

—Bueno, te diré algo y no te voy a cobrar nada, Morgan —Ryan estaba irritado y no se interrumpió ni siquiera cuando alguien entró en la oficina y titubeaba entre los dos escritorios—. Mi tío es diácono de una iglesia, sólida columna de la sociedad, y vice presidente del banco aquí en frente. Buenas tardes, señora, ¿en qué le podemos servir? —preguntó a la señora recién llegada—. ¿No quiere tomar asiento un momento? —la invitó y se volvió hacia Morgan, a la vez que la señora acomodaba con poca destreza todas sus bolsas y un paraguas—. Y según su opinión, cada hombre, sin importar su

edad, necesita jugar un poco de vez en cuando; mientras se controle de manera natural, la estúpida preocupación por la edad, por tener dieciséis o sesenta años no es un problema de la moral, sino simplemente un golpe instantáneo en la cara de la tentación insoportable.

Lo que en ese instante intrigó a Morgan, fue la cara de horror de la señora, que miró hacia el escritorio de Ryan; mientras recogió apresurada sus cosas, había cambiado de color.

—¡Increíble! —trató de levantarse—. Yo entré para comprar un billete para viajar a Bundaberg... el problema con ustedes los jóvenes es que no tienen respeto. Nada de respeto. Pero te puedo decir una cosa, hijo, intenta jugar conmigo, y te daré el golpe más fuerte que hayas recibido en toda tu vida — inició su retirada.

Cerró la puerta de un golpe y puso fin a sus declaraciones; Morgan estaba doblada de la risa, y la mirada incrédula de Ryan no ayudó a tranquilizarla.

—Oh —suspiró al fin, secándose los ojos—, ¡qué lección, Ryan!

—¿Se irá a quejar? —preguntó preocupado.

—No sé —contestó insensible a su preocupación—. Quizá necesites de la ayuda de tu tío del otro lado de la calle para que te aconseje o a lo mejor les falta un ayudante bancario.

—Es cierto —la cara de Ryan se iluminó—, todo lo que tengo que hacer, es explicarle todo a mi tío Martín. Su banco tiene capital invertido en esta agencia de viajes.

—Bueno —contestó Morgan un instante después—, en realidad, así fue como el agua entró en el coco. Ya que estamos buscando nuevos nombres para viejos juegos... ¿jugar o... nepotismo?

—Tienes la mente y la lengua sucias, Morgan —Ryan se ofendió, pero cuando su mirada se encontró con la de ella, tuvo que reír, primero sin muchas ganas, pero después los dos reían a carcajadas.

El sábado por la mañana, Morgan ya no se sintió tan divertida. Revisó su ropero y al fin escogió un vestido sencillo de color. Cuando se miró en el espejo, estuvo tentada a quitarse todo y ponerse unos pantalones vaqueros. Después de todo, era sábado, se rebeló. «Aunque verme sofisticada, me daría

cierta seguridad», reconoció y con impaciencia cogió su bolso de piel.

—¿A dónde vas, Morgan? —gritó uno de los muchachos vecinos, cuando ella sacó el auto del garaje—. ¡Estás bien vestida!

De nuevo dudó, pero luego siguió con determinación.

—No sería mala idea que te vistieras bien de vez en cuando, Brad —le contestó alegre; sabía que la madre de Brad estaba siempre entre la desesperación y la risa por el concepto de su hijo adolescente acerca de la conveniencia de sus atuendos.

Las palabras de Brad resonaron en su mente hasta que se bajó del coche en la casa de Steve Harrow. Y cuando éste abrió la puerta y la saludó con un silbido de admiración, se ruborizó.

—Adelante, muchacha bonita —dijo, luego se frotó apenado el mentón y trató de poner algo de orden en su cabello—. ¡Me tomaste por sorpresa! —rió—, acabo de abandonar el canapé.

—Es lo que veo —pasó con frialdad por su lado y subió la escalera de caracol—. Dijimos que a las diez, ¿no? No crea que esperaré sentada hasta que se vista y demás. Por lo menos, debe darse cuenta de que me tendrá que pagar por ello.

—Si no lo recordaba, me lo pusiste muy claro ahora —Steve se volvió cuando entraron en la sala—. ¿Eres el tipo de persona que no conoce de una sola sonrisa antes de mediodía, Morgan? —la tomó del brazo y la condujo hacia una silla—. Siéntate, acabo de hacer café. ¿Gustas una taza? Se entiende que pagaré el tiempo que tardes en tomarlo.

Morgan apretó los labios.

—Sí, gracias, me gustaría tomar un café —dijo con más amabilidad. Se sentó con gracia, acomodó el bolso al lado de los pies, y juntó las manos en el regazo. Levantó la vista y la posó en Steve que tenía puesto el viejo pantalón de siempre, y el torso bronceado, desnudo.

Una parte de su cerebro, sobre el cual tenía menos poder aún, la indujo a seguir hablando.

—Me contó que no le gusta tener auto, pero pienso que en cuanto a la ropa

debe pensar lo mismo —su voz parecía casual, pero ocultó mal un tono de sarcasmo y desagrado por su persona, sin camisa ni zapatos.

—¡Cuántas inhibiciones, Morgan! Conozco muchas mujeres mordaces, pero tú lengua se lleva el premio. Prefiero, relacionarme con una mujer horrible pero de buen corazón, que con una chica lívida y venenosa como tú —se volvió y salió rumbo a la cocina.

La sorpresa mantuvo a Morgan en su silla. Su primera reacción fueron lágrimas calientes, de disgusto, pero en el momento de tocarse las mejillas, dos ideas la asaltaron: ¿Sería tan firme el maquillaje como la propaganda? y ¿no se habrá merecido su enojo? Pero decidida levantó la cara contra esa idea traidora. Si Steve pensaba de verdad así acerca de ella, ¿no resultaría más fácil la relación?

Él regresó con una taza de café caliente y ella la aceptó callada. Sin decir una palabra, Steve salió y un minuto más tarde, Morgan oyó el agua de la ducha.

Salió a la terraza. El día de otoño era perfecto, caluroso pero sin la humedad del verano que complicaba la vida en ese lugar. La ciudad, hacia el horizonte, sucia, borrosa, era el testimonio de la contaminación de Brisbane.

«¡Qué bien recuerdo mis clases de geografía!» pensó Morgan. Con una mueca observó la terraza con las sillas amarillas. «Yo estaba bastante feliz antes de ver esto», pensó, «bastante feliz...»

Se sacudió un poco y entró en el estudio donde encontró a Steve, vestido con ropa limpia.

—¡Ahí estás! —la casualidad de la voz no ocultó su mirada penetrante. Morgan reprimió un ligero temblor—. Mira —continuó diciendo—, ¿crees que podrás concentrarte mientras yo estoy tecleando en la máquina al mismo tiempo? Sí no, puedo armar otra mesa para ti, en la sala.

—No me importa —contestó—, quizá para usted sea difícil concentrarse con alguien más en la habitación —miró alrededor y descubrió la mesa nueva y otra máquina de escribir. Él encogió los hombros.

—A lo mejor tienes razón. En realidad pienso que será más fácil cambiarme yo a la sala. Tú necesitarás más de los libros de referencia en este estado del trabajo. ¿Me ayudas a sacar la mesa pequeña?

Entre los dos cambiaron de lugar la mesita, la silla y la máquina.

—¿Está seguro de que no le molestará trabajar aquí? —preguntó mirando alrededor con cierta inseguridad.

—No me importa dónde deba escribir, mientras esté tranquilo.

—Muy bien —Morgan metió papel en la máquina—. ¿Qué quiere que haga hoy?

—Esto —Steve regresó al estudio con una canasta que desbordaba de papeles—. Ni siquiera he separado las copias del original. Puedes empezar con eso y corregir las erratas. Si encuentras algo incomprensible o algún problema gramatical, márcalo para que lo veamos juntos. Algunas partes necesitarán ser reescritas.

Morgan trabajó a buen ritmo tres horas, acompañada por el tecleo de la máquina en la otra habitación. La única vez que se interrumpió fue cuándo la máquina estuvo silenciosa durante más de diez minutos, y en lugar del tecleo oyó maldiciones.

Titubeó, luego entró en la sala para ver a Steve furioso, con varios metros de cinta, frente a una máquina llena de negras huellas digitales.

—Permítame —ofreció y lo quitó de su lugar. Él salió a la terraza, indignado. Morgan tardó diez minutos en poner una cinta nueva y arreglar el desorden. Luego limpió la máquina y comunicó a su jefe que todo estaba listo. Él dejó de pasear por la terraza como tigre enjaulado.

—No entiendo —dijo, todavía molesto—. Sé construir una casa, hacer excavaciones arqueológicas, reparar toda clase de cosas que necesiten paciencia y destreza. ¿Por qué jamás logro cambiar la cinta de la máquina sin terminar preso de la desesperación?

—¿Por qué no se lava las manos? —propuso ella con suavidad—. Ya está listo todo.

—Gracias —expresó y al mirar las manos esbozó una sonrisa.

A las dos de la tarde, Morgan no resistió el hambre. Se levantó aunque la máquina de la habitación contigua seguía tecleando.

—No tengo por qué morir de hambre —murmuró.

La cocina tenía poca luz, pese a ello preparó unos bocadillos de jamón, ensalada, y una jarra de café.

Sin interrumpirlo, puso un plato con bocadillos y una taza de café a su lado y salió de inmediato de la sala.

Comió en su propia mesa y lavó su loza sin regresar por las cosas de él; sin tardar más, reanudó su trabajo.

A decir la verdad, le gustaba cada vez más el libro. En el fondo, la historia trataba de un asesinato, era una novela de suspenso, pero la fuerza de los personajes parecía ocultar la acción.

El eje de la narración era un científico en constante cambio entre un profesor distraído que jamás recordaba los nombres de los días, y un soltero de vida ligera y que nunca sabía quién era su novia de turno. Hasta que cuatro damas, impresionadas por su generosidad incurable, incluso cuando las llamaba por otro nombre, decidieron formar algo similar a un sindicato; de ese modo lograron «mantener la acción justamente entre las cuatro», como lo puso una de ellas. «Después de todo, cuando se ha encontrado algo bueno, como nosotras, ¿por qué compartirlo con más personas? Mientras que él tenga cierta variedad, no sabrá si está con Elena de Troya o la Reina de Saba».

Cuando el científico fue acusado del asesinato de un colega, para robarle una fórmula secreta, las cuatro se convirtieron en detectives, Morgan no pudo resistirla tentación de leer las cien páginas del manuscrito, antes de ponerse a trabajar, corrigiéndolas.

Estaba tan concentrada que no se había percatado del silencio ni de las sombras crecientes en la terraza. De pronto un movimiento en la puerta atrajo su atención; Steve estaba allí, observándola pensativo. Cerró y volvió a abrir los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. Pero él seguía allí, vestido de traje oscuro, con una camisa de seda azul claro. Ella miró la hora, eran las cinco.

—¡Dios mío! —exclamó avergonzada—, no imaginé que... siento que no haya hecho más de la mitad. ¿Por qué no me avisó que era tarde?

—Parecías perdida para el mundo —sonrió Steve—. Además, son cinco dólares más para ti. Pensé también —añadió viendo su mirada extraña—, que

no te negarías a llevarme a la ciudad.

—Yo... bueno, no —se levantó y ordenó la mesa—. Pero, ¿cómo regresará?
—preguntó y de inmediato se arrepintió. ¿Por qué le preocupaba eso?

—No regresaré hoy. ¿Vamos?

—Sí —se sintió un poco mareada, pero levantó el bolso. «¿Por qué esta decepción?», se preguntó mientras cerraba las puertas de madera. «Porque estás loca, Morgan, loca», se respondió.

Juntos bajaron por la escalera de caracol.

Steve casi no habló durante el viaje.

—¿A qué parte quiere ir? —preguntó cuándo se acercaban a Normanby.

—Al Lennon —la respuesta fue gentil—, pero si me dejas aquí está bien. Puedo tomar un taxi.

—Ya es un poco tarde. Ya no me puedo detener.

—Es cierto.

Morgan apretó los labios y no volvió a hablar hasta llegar a la Avenida Qween, donde se encontraba ubicado el hotel Lennon.

Paró el coche donde estaba prohibido, detrás de un Rolls Royce, y se volvió hacia él.

—Aquí estamos, señor, ¿le queda cerca?

—Oh, sí —la voz le tembló—, perfecto. Gracias, Glamorgan —abrió la puerta y se bajó—. Te veré la semana próxima, ¿verdad? —se volvió a medias y saludó a un grupo de personas, casi en la entrada del hotel; después regresó al coche y sacó varios billetes de su bolsa—. Su sueldo, señorita —con cortesía puso los billetes en el otro asiento—. Junto con una pequeña propina por sus servicios de chofer... muy agradecido —añadió con indolencia.

Morgan tuvo ganas de arrojarle el dinero a la cara, pero él le agarró la muñeca como si hubiera adivinado su intención. Sus miradas chocaron; Morgan desvió un poco la suya y vio a una muchacha que se había acercado y esperaba detrás de Steve.

—Guárdalo, Morgan —ordenó Steve—, después de todo, es por servicios

prestados, ¿o no?

—Steve —la otra muchacha puso una mano en el brazo de él y se inclinó un poco para ver a Morgan; sus ojos se agrandaron—. ¿Quién es, Steve?

—Oh, Sheila —se enderezó y se volvió—, no te escuché. Te presento a mi secretaria, colega y chofer —hizo una seña hacia Morgan—, cuando no se encarga de torturarme, quiero decir. ¡Estás preciosa, querida!

—¿Sería tan amable de cerrar la puerta? —Morgan se sintió sofocada y su voz parecía de hielo. Cuando la puerta se cerró de un golpe imprevisto y nudillos impacientes golpearon en el techo, metió el pie en el acelerador y se arrojó al tránsito, causando un pequeño caos. Lo último que vio de la pareja fue la expresión dolorosa y extraña de Sheila y la risa de Steve.

—¡Oh! —exclamó en voz alta y golpeó el volante—, lo odio, lo odio. Pensé que odiaba a mi padre, pero eso no fue nada en comparación con lo que siento ahora.

Ya en casa, consiguió tranquilizarse después de tomar una taza de té. Se bañó con agua caliente y quiso comer algo ligero, pero sin apetito lo dejó casi sin probar.

«Quizá cometí un error», pensó varias veces. Todo lo aniquilé para siempre.

—Bueno —se sentó entre las sábanas revueltas y suspiró—, cuando él está de buen humor, trata de arrastrarme a su cama con todos los trucos posibles —confesó a la oscuridad—. Lo sé. Y sólo para comprobar su teoría masculina, según la cual las mujeres que no tienen hombre, de una u otra manera están muertas y secas y reniegan de su verdadera razón de ser.

«¡Cuánta tontería!», pensó con desdén. Lo debería saber muy bien. Si algo sale, nueve de diez veces resulta ser un desastre. Sólo hay que pensar en las cuatro mujeres de su libro. Aun capaz de hacerlas respirar y vivir, ¿podría saber realmente algo acerca de su dolor cuando ya no son jóvenes y bellas? ¿O después de ser rechazadas por algún hombre?

«Él debe haber rechazado a varias. Pero amino». Se acostó y empezó a acariciar un sueño que tenía desde hacía tiempo. Ella entraría en la política, se convertiría en diputada, con preferencia diputada federal.

Acostada, sintió cómo ese sueño refrescó un poco sus emociones acaloradas.

Sí, no había que desdeñar la política, pese a que algunos de los sureños no tomaban en serio la realidad de Queensland. Se mofaban del estado donde las cosas se movían con lentitud. Con frecuencia se referían a sus pobladores como «los plataneros», con una mezcla entre afecto y sarcasmo. Sin embargo, hordas enteras de sureños invadían Queensland, para gozar de su sol en las vacaciones, o para pasar allí su vida de jubilados.

Morgan volvió a suspirar y se abandonó a la idea de ser «alguien» algún día. Cuando casi estaba dormida, una idea más inmediata y desagradable la golpeó. ¿Debía regresar el sábado siguiente? ¿O cortar una vez más toda relación?

El domingo amaneció nublado, oscuro, uno de aquellos días que eran más que una señal de invierno. Morgan vestida con mono puso un letrero en la puerta de la entrada, que decía: NO MOLESTAR, POR FAVOR. Un acuerdo entre ella y los niños vecinos a los que recurría a veces.

No se dio cuenta de que las pocas veces que recurría al letrero, provocaba preocupación entre los vecinos con respecto a su bienestar.

—Aquél es —avisó Brad Smith desde lo alto de su mirador, cuando un hombre alto y rubio entró en el edificio donde vivía Morgan. Brad estaba consciente de su posición de líder del vecindario, por ello añadió para sus admiradores un poco más jóvenes que él—: Les digo, ella no ha vuelto a ser la misma desde la última vez que la visitó.

Morgan estaba aspirando cuando llamaron a la puerta. Lo ignoró dos veces, pero ante la insistencia abrió iracunda.

—¿No sabes leer? ¡Oh, es usted! —se ruborizó y frunció el ceño cuando vio que varios niños la observaban desde sus escondites.

—Sí, soy yo —Steve habló con seriedad—. ¿Puedo pasar?

—¿Por qué... quiero decir, para qué? —preguntó incoherente—. Estoy aseando el apartamento...

—Porque quiero besarte —dijo burlón—. Pensé que preferías la intimidad, pero si no te importa, tampoco me quejo del público... ¿no, muchachos? —levantó la voz y causó la caída de Brad Smith, según el ruido, en una cubeta.

—Usted... usted es imposible —opinó la joven cuando él avanzó, como si

quisiera abrazarla—. ¡No! Está bien, pase —estaba furiosa y cerró la puerta de un golpe, para diversión del público—. ¿Se da cuenta? Puso a chismear a todos los vecinos.

—Querida Morgan —rió Steve—, estoy seguro de que no es nada nuevo. Una muchacha tan bonita como tú siempre será causa de chismes.

Ella entrecerró los ojos y lo observó. Tenía puesta la misma camisa azul del día anterior, pero con el cuello desabotonado y las mangas enrolladas; llevaba la chaqueta y la corbata sobre el brazo.

—Está bien —dijo Morgan con sequedad—. No vamos a discutir eso ahora. ¿Qué quiere? No lo pienso llevar en mi coche a Mount Nebo, de modo que...

No terminó la frase porque él dejó caer su chaqueta y la corbata, y se le acercó.

—Te dije a qué vine, Morgan —arrastró las palabras y puso una mano contra la puerta.

El corazón femenino dio un vuelco. La joven se humedeció los labios y fijó la vista en su cara, tan cercana a la de ella...

Él levantó la otra mano y con un dedo siguió las líneas de sus labios.

—¿Sabes lo que me recuerda tu boca, Morgan? —preguntó en voz tan baja que ella apenas lo escuchó—. Una fruta madura, lista para probar. Y tu piel, tan pálida y tersa despierta en mí el deseo de acariciarla... —bajó la cabeza mientras hablaba y la tomó entre sus brazos—. Así —sin darle tiempo de protestar la besó en los labios y Morgan se estremeció sin control contra aquel cuerpo varonil.

Fue un beso largo, y Morgan descubrió que no deseaba oponerse.

Cuando por fin terminó, dejó reposar su cabeza en el hombro de él.

—¿Por qué.... por qué hiciste eso? —susurró temblando contra su camisa, deseosa de que no existiera entre la piel masculina y sus labios aquella prenda, para besarlo con libertad. Hizo un esfuerzo profundo y apoyando las dos manos contra el pecho masculino, se apartó de él para verle los ojos.

Steve abrió el círculo de sus brazos, pero para llevarla a la sala, donde la colocó con suavidad en el sillón.

Ella lo miró sin palabras, confundida Steve contestó la mirada con un encogimiento de hombros y se dejó caer en una silla.

—¿Por qué lo hice? —se pasó una mano por el cabello revuelto—. Porque estabas molesta, porque tenía ganas de hacerlo, y también —titubeó un instante y le lanzó una mirada afectuosa—, para disculparme por haber sido tan insoportable ayer.

Morgan abrió los ojos incrédula.

—Y también —Steve no pudo evitar una pequeña sonrisa—, porque hoy por la mañana pensé que el verte viva me tranquilizaría. Anoche pensé que terminarías chocando contra un árbol de tanta ira y frustración.

Ella se ruborizó.

—¿No me dirás qué fue lo que pasó?

—Por supuesto que no... yo, bueno, no importa —contestó con enfado—. Estaba furiosa —confesó con una expresión extraña—, y... ya que estamos en esto, quizá deberías disculparme también. A veces... mira no eres la única persona que piensa que tengo una mente y una lengua sucias —continuó apresurada, con la imagen de Ryan en el recuerdo—. Trataré de comportarme en el futuro —prometió con un esfuerzo—. Es decir, si prometes... —se interrumpió de nuevo.

—Si prometo no volver a besarte —él todavía arrastraba las palabras—. Hace rato no parecías tener algo en contra, Morgan.

—Porque me tomaste por sorpresa —habló sin expresión alguna, y también sin decir la verdad—. Pero, en fin, ya comprobamos que no soy de piedra. No luché, no me morí de repulsión. Y ya que estoy haciendo gala de mi sinceridad, ¿por qué no confiesas que lo hiciste para comprobarme algo? Pero aun tú debes reconocer que un beso no hace un... no hace...

—Un verano —la ayudó—. Por supuesto que no, pero ya que tú estás mezclando metáforas, ¿por qué no reconoces tú también que hasta las golondrinas no permanecen para siempre en el frío?

—Ya sé que piensas que estoy en el frío, que no me daré cuenta de ello hasta no haber sentido, experimentado... tu calor. También sé que estás equivocado. Mira —le urgía explicarlo—, aunque no lo creía posible, pienso que

disfrutaré el trabajo contigo, con tu libro. ¿Por qué no podemos limitarlo a eso?

—Cuando hayas resuelto eso, Morgan, comprenderás lo demás —él miró alrededor, buscando su chaqueta y corbata—. A propósito, habrá una pequeña reunión en mi casa, el próximo sábado. ¿Por qué no llevas algún vestido bonito para cambiarte, una vez que hayas terminado con el trabajo, y nos acompañas? —se volvió hacia la puerta—. Hasta la vista, Glamorgan —se despidió, y antes de que ella respondiera se marchó.

Capítulo 5

—Ya está todo —se dijo Morgan. Estaba sentada en su escritorio, guardando varios billetes de avión, autobús y tren en un sobre de plástico con el nombre de la empresa—. Hecho —repitió para Ryan quien había puesto atención—, y no será cambiado de ninguna forma. Primero me tendrá que matar.

—Muy sabio —comentó Ryan—, pero asegura bien que Wallace se entere a tiempo de tus sentimientos al respecto. Si me preguntas, te diría que al viejo le gusta tu compañía —interrumpió la frase y silbó—: ¡Mira eso!

Morgan miró hacia la puerta, y quedó helada. Una mujer entraba en la oficina. Era la muchacha que Steve Harrow había acompañado el sábado anterior, llamada Sheila. El asombro de Morgan aumentó cuando la vio de frente, parada en medio de los dos escritorios.

La joven de ojos azules miró a Morgan, luego a Ryan y de nuevo a Morgan. Una mínima expresión de desconcierto se dibujó en su frente, debajo del flequillo dorado.

Morgan tragó saliva y cuando sonó el teléfono, tomó el auricular como si fuera un salvavidas. La muchacha se volvió en definitiva hacia Ryan, sin dejar su aire de duda.

La conversación de Morgan por teléfono resultó muy extraña. Una parte de su atención cayó sobre el vestido color violeta de Sheila, la otra estaba dirigida hacia la persona con la cual hablaba.

—Sí, señora, hay varias compañías de servicio diario a Sydney.

—...Lord Howe Island, para dos —oyó que Sheila decía a Ryan—, pienso que es el lugar perfecto para pasar un fin de semana.

Perfecto tener esta isla para ella sola, pensó Morgan. Y más para compartirla con su amante.

Ruborizada continuó contestando las preguntas de la señora al otro lado de la línea.

—¿Cairns y Cocktown? Disculpe señora, me pareció que había dicho Sydney, la entendí mal. Sí, en realidad...

Colgó en el momento exacto que Sheila se levantó con gracia, y por un instante se cruzaron sus miradas. La joven parecía confundida; estaba a punto de decir algo a Morgan, cuando entró otro cliente. El señor Wallace cruzó y se acercó a Morgan. Ella lo saludó agradecida, y Sheila se volvió de nuevo a Ryan con las cejas enarcadas en señal de duda.

Cuando Morgan convenció al señor Wallace de que no había que efectuar ningún cambio y lo despidió al fin y con los mejores deseos para el viaje, Sheila se había marchado.

La chica se irguió y miró a Ryan a hurtadillas. Él tenía una expresión de desconcierto, incluso olfateó un poco.

—¿Chanel? —preguntó al fin—. ¿Número cinco, o veinticinco?

—Arpège —Morgan no podía ser más irónica.

—Perfume de diosas, de todos modos —Ryan estaba soñando con los ojos abiertos—. ¡Qué hombre tan afortunado! —movió la cabeza y suspiró.

—¿Quién? —preguntó Morgan.

—El hombre con el que la señorita Somerville planea un fin de semana a solas, en Lord Howe... oh, si fuera yo, quiero decir, si yo Ryan Clarke...

Morgan no pudo evitar sonreír cuando vio su expresión más feliz, aunque todavía melancólica.

—Desafíalo —propuso con un extraño deseo de llorar.

—Lo haría —contestó Ryan sin pensarlo dos veces—, sólo que no sé cómo, se llama.

—Entonces, ¿no ha hecho la reservación todavía?

—No. Apenas estaba investigando.

—Quizá vaya con su esposo.

—No —protestó Ryan airado, y luego agregó menos dramático.

—No, lo investigué, no lleva anillo de boda o de compromiso. Oye, ¿la conoces Morgan? —añadió lleno de esperanza.

—No, ¿por qué? —Morgan levantó los hombros.

—No sé, me pareció que te observaba con interés, tratando de averiguar si te había visto.

—Estoy segura de que me confundió con alguien —Morgan estaba tranquila pero se preguntó por qué tenía la necesidad de mentir.

Cuando llegó el viernes, aún no había decidido si participaría en la fiesta de Steve Harrow. Suspiró con exasperación y se frotó las sienes. Había sido un viernes largo y pesado.

—¿Qué sucede? —preguntó cuándo levantó la vista y vio la mirada de Ryan.

—Parece como si necesitaras una copa, Morgan. ¿Puedo invitarte o me cortarás la cabeza?

—La invitación es aceptada con gran gratitud —sonrió débil y hasta rió cuando él fingió caer de la silla.

—Debería pellizcarme —dijo media hora después Ryan, cuando estaban sentados en el bar oscuro de un hotel del centro—. Morgan, amiga, ¿me vas a contar qué te preocupa tanto últimamente? Ya sabes, a veces ayuda hablar de las cosas.

Ella jugueteaba con el mantel de papel, y trató varias veces de hablar; al fin levantó los hombros.

—Entonces, ¿qué te parece si yo empiezo? —sugirió el joven—. Sé que se trata de Steve Harrow. Lo que no entiendo es, ¿por qué tanto problema? Quiero decir, ¿qué más buscas en un hombre? Tiene hecho su camino en un campo, que no es fácil, lo sé porque tengo otro tío que es académico.

Morgan tomó un trago de su copa, reflexionando en lo que diría Ryan si supiera a quién quería invitar Sheila a Lord Howe Island. Aunque desde luego, era una suposición, pensó.

Tomó otro sorbo de su copa bajo los inquisidores ojos de Ryan, y por alguna razón extraña sintió el fuerte deseo de desahogarse.

—No digo que no tenga todo para ser elegido... pero, ¿qué sentirías, Ryan, si te encontraras con alguien a quien quieres más que a nadie, digamos una chica como la señorita Somerville. Pero ella no corresponde a tus sentimientos, y luego pasara algo que la haría sentirse responsable por ti, moralmente. ¿Qué

sintiera cierta obligación para contigo? Eso, y nada más. ¿Cómo te sentirías?

—Me cortaría el cuello —contestó Ryan—; no, espera, me tienes confundido. ¿Eso es lo que siente él por ti, o tú hacia él? —preguntó.

—Él para mí —respondió desolada—. Y se complica por el hecho de que él es hombre.

—No te entiendo.

—Es fácil, quiero decir, los hombres tienen ciertas necesidades, ¿o no? —añadió cada vez más insegura.

—Sí, por supuesto que las tenemos —dijo Ryan feliz. Luego entrecerró los ojos—, pero no sé si te entiendo bien, ¿quieres decir que las mujeres no las tienen? —inquirió con perspicacia.

—No... ¡Dios mío, no sé qué estoy tratando de explicar! —Morgan jugaba con la copa sobre la mesa.

—Morgan, me dijiste que no había cosa más desagradable que los hombres lascivos —sus palabras fueron pausadas—. Yo creo que no existe cosa más patética que una persona como tú, viviendo y muriendo soltera. No, no me interrumpas —la calmó cuando ella se puso muy inquieta—. En este asunto de Steve Harrow, tú te basas en dos suposiciones defectuosas. Primera, sientes una atracción física hacia él, pero eso no lo puedes saber si no fuera porque crees en la teoría de que sólo las mujeres son capaces de sentimientos más profundos. ¿En eso crees?

—Yo... no.

—No suena demasiado convincente, muchacha —sonrió—. La otra suposición defectuosa es que si le hicieras caso, y creo que una buena parte de ti está en favor, y luego no terminara en matrimonio, estarías destrozada.

Ella guardó silencio.

—De las dos suposiciones, la segunda es la más ridícula —siguió diciendo Ryan con dulzura—. Bueno, podría ser que sufrieras un golpe fuerte. Madurar es a veces doloroso, no obstante es preferible eso a no hacerlo —encogió los hombros—. ¿No te sentirías horrorizada por la idea de crecer sin aprender a leer y escribir?

—No sé si esa comparación sea justa —sonrió entre lágrimas—, pero me parece un argumento típicamente masculino. Lo cual me hace pensar que a lo mejor, es más fácil para un hombre recibir golpes y devolverlos.

—No debería ser así en esta época moderna, Morgan. Las mujeres tienen la ciencia de su lado. Puedes evitar el embarazo, además, la ilegitimidad ya no es un estigma. Para hablar sin tanto rodeo, eres tan libre como cualquier hombre para experimentar todo lo que quieras y cuando quieras. ¿Por qué debe ser difícil para vosotras devolver los golpes? A menos que trates de decirme que los logros que han alcanzado las mujeres no valen, y que preferirías regresar a los viejos tiempos, cuando la sociedad tenía reglas rígidas en cuanto al comportamiento de las mujeres se refiere.

—Ryan —inclinó la cabeza—, debiste haber estudiado leyes.

—Lo sé —sonrió—, aunque debo confesar que estoy hablando del tema que más cerca le queda a mi corazón.

—Me imagino —contestó ella con lentitud—. De hecho, eres un anuncio andante de la promiscuidad.

—No estoy de acuerdo; soy un gran admirador de la liberación femenina. Sucede que me gustan las mujeres, y pienso que durante demasiado tiempo les tocó el lado malo de la vida. Pero hay que añadir un poco de emoción al juego. Ellas ya no te caen entre los brazos como frutas maduras. Se pueden dar el lujo de escoger y ser melindrosas. Le hieren a uno el amor propio, si entiendes lo que quiero decir.

—Oh, Ryan —rió—, ¡eres imposible!

—Pero al fin, te hice reír —se le acercó—. Por primera vez, desde hace días, ríes —puso su mano sobre la de ella y la apretó con suavidad.

—También tú reíste —contestó Morgan agradecida—. Me da pena que haya sido tan insoportable.

—Está bien —se alegró—, oye, ya que estamos tratando estas cosas, ¿te puedo dar un último consejo?

Ella movió la cabeza, de acuerdo.

—Es algo que leí, que se me quedó grabado... sí, no hagas esa cara, también

leo. Fue escrito por una mujer, Dorothy Sayers. No sé si has leído algo de ella. Dijo que: «El único pecado que uno puede cometer, por pasión, es vivir sin alegría. Si no puedes acostarte con una risa, no deberías acostarte».

Morgan de nuevo estaba maravillada por las facetas que descubrió en Ryan. Pero dijo con ligereza:

—¿Encontraste en este consejo un buen pilar para tu forma de vivir?

—El mejor —aseguró con solemnidad. Y luego exclamó—: ¡Cielos, basta de cosas profundas! Si prometo no aprovecharme, ¿por qué no cenamos? Podría devorar un caballo entero.

A causa del pequeño sermón de Ryan, Morgan se lavó el cabello esa noche y decidió, una vez por todas, que iría a la fiesta. Pero a la mañana siguiente, cuando conducía hacia casa de Steve, el consejo de Ryan ya no la confortó tanto como antes. Después de todo, se dijo, no puedo imaginarme diciendo a Steve Harrow: «mira, ya que los dos lo queremos, vamos a amarnos y dejemos los análisis a un lado. ¿Cómo podría hacer algo similar?»

Cuando llegó lanzó un suspiro al bajar del auto.

Había allí otro coche de color verde esmeralda.

Intuía algo extraño y no tuvo que esperar mucho para averiguar de qué se trataba, porque quien la recibió en la puerta, fue Sheila Somerville.

—Señorita Jones —se alegró Sheila, luego entrecerró los ojos y añadió—: Sabía que la había visto antes. Usted es la muchacha de la agencia de viajes, ¿verdad? Pase, por favor. Steve me pidió que la recibiera. Está cocinando.

—Oh —dijo Morgan—, gracias —siguió a Sheila por la escalera de caracol. Ella vestía un pantalón apretado de seda natural que resaltaba su bien formada figura. Arriba, Sheila se volvió y dijo con encanto:

—Me llamo Sheila Somerville. Steve me contó todo acerca de usted. Yo sabía que la había visto antes. Oh, a propósito —con confianza puso una mano sobre el brazo de Morgan—, no le diga que me vio en su oficina, por favor. Quiero que el viaje sea una sorpresa para él —sus ojos brillaron, pero volvió a su voz normal—. Sí, me dijo todo acerca de usted, que es una secretaria maravillosa, muy inteligente, señorita Jones.

Morgan se puso pálida y tosió.

—Por favor, llámeme Morgan.

—¡Qué nombre tan original! —murmuró Sheila—, debes ser australiana moderna.

—Lo soy. Nací aquí —dijo Morgan extrañada.

—Entonces primera generación —se corrigió Sheila—. De cualquier modo pienso que la primera generación es moderna también. Soy un poco tonta, ¿verdad? —su risa era encantadora—. Pero verás mis antepasados llegaron con la primera flota.

Morgan se sintió sofocada cuando con dulzura excesiva Sheila tocó el tema de la familia.

—¿Ah, sí? —su voz mostró interés—. ¿Quieres decir que tus antepasados eran convictos?

—No del todo —la expresión de Sheila se tornó fría y cierto brillo venenoso apareció en sus ojos. Sin embargo, todo volvió a la normalidad cuando dijo rápido—: Parece que nos acompañarás en la fiesta. ¿No quieres pasar y colgar tu vestido? Te mostraré el camino. ¡Steve! —gritó en dirección de la cocina—, tu secretaria, colega y chofer ya llegó, querido. ¿Qué quieres que haga con ella?

Steve salió de la cocina, con la cabellera más revuelta que nunca; se había puesto un delantal azul. Cuando se fijó en la cara de Morgan, con una mirada divertida, la llevó al estudio y dijo algo a Sheila antes de cerrar la puerta.

—No lo digas —le advirtió—, tiene que ver con haber nacido Somerville. Hasta podrías establecer amistad con ella, cuando llegues a conocerla mejor.

Morgan abrió la boca para rechazar esta idea de inmediato, pero sus buenos propósitos la detuvieron. Encogió los hombros y respondió con suavidad:

—Quizá. ¿Vas a trabajar hoy?

—Lo dudo. Yo... esperaba que no te importara seguir con lo que empezaste la semana pasada.

—Por supuesto que no —contestó la joven razonable y puso el bolso sobre la

mesa—. Voy a colgar mi vestido. De hecho, no lo necesita, casi no se arruga.

—Yo lo colgaré.

—No, no. No me importa —decidida abrió la puerta del estudio.

—Morgan —su voz era suave—, yo...

—No te molestes, recuerda que conozco el camino.

Ahora le tocó a él encoger los hombros. Le siguió por el pasillo y se apoyó en la puerta, cuando ella entró en el dormitorio. Se paró como fulminada por un rayo, y su corazón latió con tanta fuerza que se sintió sofocada.

Por alguna razón, no había dejado de pensar en el dormitorio de Steve Harrow desde que pasó una noche allí. Había intentado explicarlo por la impresión de la pintura de la selva australiana y la música extraña y bella que él le había tocado. La sinfonía de colores y texturas, terciopelo sobre madera, rojo sobre marrón, piel desnuda sobre el algodón más fino.

Pero no había sido nada de eso, en ese instante se dio cuenta. Había sido la imagen inconsciente de ella misma, acostada en esa cama con el cabello sobre la almohada, los brazos extendidos en actitud de total abandono...

Cerró los ojos y levantó una mano, como si quisiera defenderse de un golpe doloroso. Pero con la misma rapidez la bajó y volvió a abrir los ojos. Nada había cambiado, la negligé verde seguía encima de la cama sin hacer, como si su propietaria la hubiera dejado sin cuidado. Y un par de zapatos finos, de tacón alto, estaban al pie de la cama, junto a una camisa de pijama que reconoció de inmediato, ya que la había usado ella aquella noche inolvidable.

«Por supuesto», pensó lastimada, «es la razón por la cual Sheila quería que yo entrara, y él no. ¡Qué tonta soy! Gracias a Dios, Steve está detrás de mí».

Decidió seguir caminando hacia el vestidor.

Una vez que colgó el vestido y guardó la maleta, no demoró; intentó todo para guardar la apariencia, porque necesitó de cierta compostura para poder regresar, cruzar esta distancia infinita entre el vestidor y la puerta, donde Steve esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando miró la cara de ella, entrecerró los ojos.

Ella habló de lo primero que se le ocurrió.

—¿Vas a casar a Leonie con Peter? —Peter era el científico de su novela, y Leonie una de las integrantes de la «banda de las cuatro», como se denominaban irónicamente a sí mismas las cuatro amantes—. Confieso que estoy muerta de curiosidad —siguió con una alegría falsa—. ¿No has escrito más?

Morgan supo que lo había desconcertado por un instante. Se felicitó.

—Tengo otros planes para Leonie. Sin temor a equivocarme, eso fue perfecto, Glamorgan —su voz era suave—. Sin embargo, estoy un poco decepcionado. Pensé que merecía más que esto.

La felicitación adquirió un sabor amargo. «Debía saber que no lo podía engañar», pensó. «Pero, en realidad, no estoy preparada para tratar situaciones de esta índole, no como alguien que viene de afuera». Sus pensamientos se desviaron en forma incoherente. Pero de nuevo se compuso y dijo muy seria:

—Discúlpame, normalmente no es necesario que me expliquen las cosas con lujo de detalles. Pero vamos... vamos a trabajar. Se está haciendo tarde, y es caro para ti, quiero decir, estar aquí conmigo charlando.

—Tienes una manera maravillosa para cerrar un asunto, Morgan —se pasó la mano por el cabello rebelde—. ¿No habrá forma de discutir eso? ¿Algún modo de derribar esa barrera implacable que acabas de erigir entre nosotros?

«¿Que yo acabo de erigir? ¡Dios mío!» pensó Morgan sofocada. «Estoy segura que ni siquiera Ryan trataría de discutir acerca de una amante presente con otra que está por venir. Quizá sea un poco anticuada, pero de todas maneras...»

—Si yo te hubiera permitido que colgaras mi vestido, no habría nada que discutir, ¿no es cierto? —contestó con firmeza.

—¡Qué declaración tan tonta! De hecho estás suponiendo que yo trataba de esconderte algo.

Ella se puso a temblar cuando una voz interior le preguntó descuidada: «¿quién está escondiendo algo a quién?»

—Mira —dijo—, aunque parezca un poco anticuada, es molesto enterarse de esta forma de algo así. Lo cual no significa que condeno a ninguno de vosotros. Si bien yo...

—¿No es lo que estás haciendo, Morgan? —la pregunta salió adrede—. ¿Quieres decir que ya se te olvidó cómo te besé la semana pasada? —le tocó los labios—. ¿No te parece extraño que yo hubiera actuado así, para acostarme unas noches después con Sheila? ¿No es esa una reacción normal?

—Supongo que sí —contestó con frialdad—. Yo... sí, reaccioné así por un instante —ella se maravilló de la forma controlada en que habló. Si solamente no estuviera cerca de él... retrocedió uno o dos pasos, y para calmar su pulso, se echó el cabello tras las orejas.

—Y, ¿a qué conclusión llegaste, Morgan? ¿Que soy un maniático sexual? —preguntó con tranquilidad exagerada.

—No —contestó y se puso más nerviosa, cuando él volvió a tocarla, a jugar con el cuello de su vestido. Se humedeció los labios y fijó la mirada en el pecho masculino, que la atormentaba por su cercanía. «Me pregunto si Sheila también tiene ese deseo casi incontrolable de poner sus labios en la piel de Steve. Pero quizá ella lo hace...»

—Entonces, Morgan... —ella sintió su respiración en la frente.

«Dios mío!», pensó distraída, y se alejó con un esfuerzo.

—Llegué a la conclusión de que, pese a que sientes de vez en cuando deseos de besarme, se trata más bien de... bueno, de lo que sufre el tío de Ryan —concluyó apresurada, e incluso sonrió cuando al volverse vio la expresión de extrañeza de Steve—. Debería explicarlo —agregó y lo hizo lo mejor que pudo.

—El tío de Ryan parece ser un hombre muy sensitivo —al fin él rió—. Pero hay algo que me desconcierta, Glamorgan. ¿En dónde entras en todo eso?

—¿Qué quieres decir? —cuando oyó pasos en la sala, se inquietó.

—Bueno, hemos discutido sobre mí, tú hiciste algunas suposiciones bastante drásticas sobre Sheila y yo, mientras sigues siendo un factor por completo desconocido. Un caballo negro, Morgan —la miró con fijeza hasta que la joven bajó la vista.

—Mientras no sea un factor desconocido para mí misma, todo está bien, ¿no te parece? —preguntó molesta.

—Entiendo —contestó él con frialdad—. Sigue la muralla de ladrillos. Muy bien, Morgan, que así sea —se apartó y la dejó salir del dormitorio—. Por ahora —añadió tranquilo mientras caminaban hacia la sala. Sheila estaba en medio de la habitación con expresión de sospecha.

—¡Cuánto tardaron para colgar el vestido! —fue su único comentario.

—Sí, ¿verdad? —Steve se volvió hacia Morgan—: ¿Gustas un café para empezar el trabajo de hoy?

—Sí, gracias —dijo ella sin emoción, pero evitó la mirada de Sheila cuando pasó a su lado para entrar en el estudio.

La primera media hora en el estudio le costó trabajo excesivo concentrarse en el libro. Oía voces. Además seguía pensando en la frase de Steve: «hiciste unas suposiciones acerca de Sheila y yo bastante drásticas».

«¿Qué significa esto?», meditaba, mirando sin ver hacia la terraza. Pero ninguna de sus consideraciones dolorosas podía llegar a una respuesta coherente. Un nuevo intento de concentrarse en el manuscrito ante ella, sólo la llevó a otros pensamientos que le quitaron la tranquilidad.

¿Qué otros planes podría tener él con Leonie? ¿Y por qué a ella le interesó tanto el destino de esta mujer?

Porque de las cuatro mujeres en la novela, ella le llamaba más la atención.

Interrumpió el trabajo durante diez minutos para comer algo, de una bandeja del mismo escritorio. Luego, reanudó su labor y siguió hasta varias horas después, cuando se irguió y frotó la espalda adolorida.

Había terminado. Las primeras cien páginas de la novela estaban ordenadas, y había hecho una lista con los números de aquellas páginas que necesitaban ser mecanografiadas de nuevo. Miró el reloj y se sorprendió al ver que eran las cuatro y media. También se dio cuenta de que por un tiempo había dejado de escuchar ruidos en la casa.

Quizá estaban descansando, pensó, y mordió el lápiz. Si empezará a escribir a máquina, podría molestarlos. Se levantó y miró alrededor; cuando oyó que la puerta detrás de ella se abría, casi saltó del susto. Steve entró con dos copas llenas.

—Pensé que era hora de dejar de trabajar. ¿Tomamos una copa en la terraza?
—se movió hacia las puertas de madera.

—Gracias —contestó titubeante—, terminé, por lo menos con las correcciones menores; separé las copias y puse cada ejemplar en una carpeta. Habrá que volver a mecanografiar algunas páginas.

—Muy bien —la felicitó después de echar un vistazo al escritorio.

Morgan le siguió a la terraza y respiró con ansia el aire fresco. Se dejó caer en un sillón y dio unos sorbos a su bebida. Steve se apoyó contra la balaustrada de madera.

—Es tan pacífico —interrumpió ella el silencio prolongado—. ¿Está todo preparado para la fiesta? ¿Sheila sigue trabajando como esclava en la cocina?

—Sheila se fue hace horas —enarcó una ceja.

—No escuché ningún ruido —dijo Morgan con una mueca ligera—. Ella, ¿no va a...?

—Regresará. Fue a su casa para descansar un poco y prepararse. No vive lejos, de hecho, aquí abajo —señaló el hermoso Valle de Sam Ford.

—Oh —dijo Morgan—, si puedo ayudar en algo...

—No —contestó Steve sin titubear—, todo está hecho, y además, trabajante bastante. Mereces un descanso.

—¿A qué hora empieza la fiesta? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—A las siete aproximadamente. ¿Te preocupa? —preguntó.

—No —respondió no del todo convencida.

—Me gustaría enseñarte el jardín, antes que oscurezca —dijo Steve y levantó los hombros—, y también la parte de mi tesis que escribí esta semana. ¿Crees que eso llenará el lapso? —preguntó con agudeza.

Morgan se puso colorada e intentó decir algo, como cualquier cosa hubiera sonado descoordinada, mejor calló. Él se enderezó y le ofreció la mano.

—Ven —la invitó con suavidad—, trae tu copa. No te he presentado a Silvestre, ¿verdad?

Ella lo acompañó agradecida.

Durante el recorrido Steve se mostró amable. A decir la verdad, Morgan estaba fascinada, en especial con las gallinas.

—Mi madre tenía gallinas —dijo—. Mi tarea era ir por los huevos. Mi madre aseguraba que la cáscara molida es de gran valor nutritivo. ¡Oh! —exclamó cuando vio al gallo Silvestre—, ¡qué bello es!

—Quizá ése es su mayor problema —se burló Steve—. Tal vez las damas piensan que es una competencia injusta. Debería haber traído un gallo viejo desplumado.

Morgan aún sonreía cuando repasaron la última parte de la tesis que había escrito.

—Podrías volverte tan famoso como Leakey o Margaret Mead —se entusiasmó—. Tienes una capacidad maravillosa para explicar las cosas con claridad. ¿Vas a... ya terminaste con la investigación de campo?

—En parte. ¿Por qué? ¿Tienes ganas de viajar al centro de Australia? —preguntó con una ceja arqueada—. Podría necesitar de un ayudante.

—Oh, no —respondió apresurada y se alejó del círculo de la luz que arrojaba sobre los dos la lámpara del escritorio—. Quiero decir, no es que no me guste ver todo eso...

—Pero no conmigo —terminó él la frase con ironía y burla, a la vez que la miraba de arriba abajo.

Ella vaciló y pensó que por alguna razón, la tregua que había disfrutado durante las últimas horas, estaba terminada.

Con una calma que no sentía del todo, dijo:

—No necesariamente. Estoy segura de que en poco tiempo los dos tendríamos los nervios de punta —rió—. Mi lengua sucia acabaría por aniquilar mi mejor parte.

—Hoy no se notó mucho. Me pregunto por qué.

—Estoy tratando de iniciar una hoja nueva, limpia —le costó esfuerzo burlarse y trató con desesperación de conducir la discusión a su fin. «¿Por qué

siento tanto pánico?», se preguntó—. Pero un día es probablemente mi límite —continuó fingiendo ligereza—. Estoy convencida de que odiarías tener a tu lado a una mujer colérica mientras tratas de trabajar —se volvió—. Debería empezar a cambiarme.

—Sí, claro. Son todos tuyos —le ofreció Steve un instante después—. El dormitorio y el baño, quiero decir. No se te olvide cerrar por dentro con llave —añadió con suavidad, pero sin ocultar la burla en sus ojos, cuando ella pasó por su lado.

Morgan apretó los labios y se abstuvo de contestarle.

«Eso haré», pensó cuando entró en el cuarto y cerró la puerta tras sí. Pero con los dedos sobre la llave, titubeó, levantó los hombros y se alejó sin haber cerrado con llave. Él no entraría, se dijo.

Sin embargo, cerró con llave la puerta del baño.

Capítulo 6

—Querida, ¡qué piel más bella tiene! Y en cuanto al vestido, apuesto que viene directo de París.

Morgan carraspeó y observó por encima de su copa a su admirador ya un poco mayor. La fiesta estaba en su apogeo. En su mayoría eran personas interesantes, y había disfrutado estar entre ellas.

—¿Alguna vez la han pintado? —siguió el hombre canoso, sin perturbarse por su silencio—. Me la puedo imaginar al lado de la Venus de Botticelli.

Morgan casi, se atraganta con la bebida.

—¿Sabe? —añadió meditativo—, bajo cierta luz, su cabello hubiera interesado a Ticiano, estoy seguro.

—¿Usted pinta? —preguntó Morgan con cierta ingenuidad.

—Sí. Por supuesto que no sé si podría hacerle justicia, querida. ¡Oye, Steve! —exclamó y se volvió hacia él—, preséntame a esta perla entre perlas. ¿Cómo pudiste esconderla viejo amigo?

Morgan se ruborizó al convertirse en el blanco de todas las miradas, y en el momento de encontrarse con la frialdad de los ojos de Sheila, se puso a temblar.

Steve llegó al rescate.

—No la molestes, Mike —dijo con una risa y tomó a Morgan del brazo. Y en voz baja agregó—: No la insultes. Es muy posible que te vaya a golpear.

—No es cierto —protestó Morgan.

—¿No, querida? —murmuró él y deslizó la mirada por los hombros desnudos cuya blancura resaltaba con su vestido negro.

Su vestido era la esencia de la sencillez; se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, estaba detenido por dos tirantes anudados detrás del cuello. Fue una creación original, aunque no de París. De hecho, era de un diseñador desconocido.

Más entrada la noche, cuando habían arrasado con la cena deliciosa, alguien

movió los muebles, dejó la sala a media luz, y puso música moderna.

Morgan bailó animada, nunca le faltó un compañero. Quizá estaba un poco extrañada por sentirse tan a gusto entre los amigos de Steve, pero tampoco pudo desentenderse de las miradas raras que él le lanzaba de vez en cuando. Era un grupo variado. Había académicos, artistas de todo tipo, hasta un hombre que le contó feliz que se dedicaba a criar gusanos a nivel comercial. Las mujeres, algunas eran intelectuales, otras hogareñas, pero todos, agradables y amables.

Bueno, casi todos, se corrigió, mientras bailó con el comerciante de gusanos. Reflexionó cómo era posible que hubiera perdido tantas inhibiciones en tan poco tiempo. No sólo que nunca hubiese bailado esa clase de música, sino que incluso había rechazado una invitación para ir a ver los gusanos.

Cuando empezaron a bailar de nuevo, ella pensó que estaba jugando un papel para el público... o para... ¿él? ¿Para Steve?

Sí, para él, lo tuvo que reconocer más tarde, cuando la gente comenzaba a despedirse poco a poco. En uno de los contados instantes tranquilos, ella disfrutaba en la terraza del aire fresco.

Se puso un poco rígida cuando oyó pasos atrás; un sexto sentido le dijo que era él. Lo supo, pero no opuso resistencia cuando sintió sus brazos alrededor de su cuerpo. Incluso se apoyó en él, aunque para decir:

—No. Sabía que todo iba a terminar así, pero la respuesta es no.

Él no contestó, y algún traidor cambió el disco, de modo que la música ahora era lenta.

—¿No me concederás ningún baile, Morgan? Has bailado con todos los demás esta noche.

—Yo... creo que debería marcharme —dijo insegura—, se está haciendo tarde.

Tembló cuando sintió sus labios en el cabello.

—No puedes —Steve movió las manos por el cuerpo de la joven para acariciar sus senos.

—¿Por qué... por qué no puedo? —susurró ella, consciente de su respiración

acelerada y tratando de ignorar los labios, los dedos de él y todas las sensaciones que experimentaba.

—¿Por qué no puedes? —contestó él después de un rato—. Porque llegaste primero, estás encerrada... tu coche, es decir... no puedes hasta que todos los demás se hayan ido. Por eso —se inclinó a besar su cuello.

Morgan hizo un esfuerzo supremo y se volvió dentro del círculo de sus brazos.

—No, por favor —suplicó—, ¿qué pensarán todos los demás?

—Que soy muy afortunado —contestó tranquilo, sin dejar de mirar los labios femeninos—. Por lo menos es lo que pensarán los hombres.

—Y... ¿las mujeres? —inquirió ella llena de dolor. Miró por encima del hombro y vio a Sheila, parada en medio de la sala, iluminada de repente cuando alguien volvió a encender la luz. Pálida, miró hacia la terraza, a ellos.

Morgan respiró profundo y cerró los ojos. Luego intentó liberarse, pero Steve la tomó de una muñeca.

—Todavía no, Morgan —dijo, y la chica se asustó ante el brillo en sus ojos. Empezó a tirar de su mano, pero de inmediato dejó de luchar, dándose cuenta que no podía liberarse sin provocar una lucha indigna—. Así es mejor —tranquilo él se volvió, entrelazó una mano con la de ella y la haló hacia adentro; minutos después despedían a los demás invitados.

Y cuando le tocó a Sheila despedirse, Morgan estaba tensa. No sabía qué hacer, pero Sheila la sorprendió. La agresión antes mostrada se había perdido por completo, y en su lugar no quedaba más que una aceptación.

«¿Aceptación? ¿De qué?» se preguntó Morgan confundida. «¿De qué yo la haya sustituido? ¡Oh, no, cómo odio todo esto!»

Movió sus dedos con fuerza, pero la mano de Steve se cerró más. Sin embargo, se comportó gentil con Sheila.

Al fin quedaron solos, el ruido del último coche se perdió en la oscuridad de la noche.

Morgan liberó su mano y permaneció indecisa en medio de la sala alejada un poco de él, con la cabeza inclinada.

La luz principal se apagó, y otra lámpara dejó la sala en penumbras las enormes plantas arrojaron sombras gigantescas sobre la pared. El equipo de sonido volvió a la vida y una música sensual suave, llenó la sala.

«Sin embargo, nunca en mi vida he tenido tanto miedo», pensó. «Quisiera correr, y rió me puedo mover. Quisiera irme, y deseo quedarme. Me quiero quedar pese a que no pueda explicarme de modo satisfactorio cómo pudo acostarse anoche con Sheila, y hoy... ¿hoy conmigo? No quiero preocuparme por cosas de esta índole».

Confundida, levantó al fin la cabeza, y lo vio apoyado contra una puerta, las manos metidas en los bolsillos del pantalón sin corbata y con la camisa abierta. Sus miradas chocaron a través de la distancia, y una tensión inconcebible llenó la sala. Ella se puso a temblar y bajó la vista de nuevo.

—Yo... yo... —titubeó—, debería irme —terminó sin fuerza la frase.

—¿Deberías? —preguntó Steve sin expresión—. Entonces, ¿por qué no te vas? No pienso detenerte.

Ella se volvió con lentitud, y adolorida sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas. Las enjugó con ira y atravesó ciega la sala, hacia el dormitorio, a recoger su maleta.

Cuando volvió a la sala, él seguía apoyado en la misma puerta. Se enderezó para ir a su encuentro, y Morgan se detuvo insegura.

Frente a ella se quedó y tomó la chaqueta que ella llevaba sobre un brazo.

—Hace frío afuera, Morgan. Mejor póntela —se la puso y retrocedió un paso, añadiendo como si no la conociera—: Conduce con cuidado. Estás huyendo de ti misma, ¿sabes? Así que ten mucho cuidado en las curvas.

—Yo... yo... —tartamudeó—, yo no... tú estás tratando de hacerme sentir como si estuviera huyendo.

—¿Por qué entonces las lágrimas? —arrastró las palabras llenas de ironía—. ¿Lágrimas por mí?

—No... sí... no lo sé —se sentía cada vez más insegura.

—No, no creo que lo sepas —dijo con un tono extraño—. Pero no eres tonta, eso sí lo sé con seguridad. Y entonces no nos queda sino una sola razón por la

cual te vas de aquí, de mí, en este estado, Glamorgan: eres cobarde.

—¡No es cierto! —grito y se enderezo de repente.

—¿Cómo no? Quieres estar conmigo igual que yo contigo. Sí, quiero estar contigo —repitió—. Pensaba que no podría expresarlo con claridad.

Ella apretó los labios cuando se le acercó y la tomó de los hombros.

—¿Quieres que te lo diga, Morgan? ¿Para que no haya más malentendidos? —preguntó con una ligera nota de burla, y apretó más las manos cuando ella trató de alejarse—. Quiero estar contigo como jamás antes con ninguna mujer —dijo, y luego agregó a propósito—: Té quiero llevar a mi cama, ahora. Desnudarte, lentamente, para besar cada centímetro de tu hermoso cuerpo, verte como ningún hombre te ha visto, acariciarte, hacerte gritar por el placer insoportable. Quiero hacer el amor contigo, una y otra vez, hasta que quedes exhausta para moverte. Y después —su voz bajó más—, te tomaría entre mis brazos, te mimaría hasta que te quedaras dormida... Morgan, te estás ruborizando.

—Por supuesto que sí —susurró ella y levantó las manos para cubrirse las mejillas acaloradas—. Yo... yo... —su mirada era furtiva, huraña—, no puedo —gritó—, simplemente no puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Steve y dejó caer las manos a los lados.

—Porque... por... ¡oh! ¿No viste cómo te miró ella?

Él entrecerró los ojos.

—¿Estás tratando de esconderte detrás de Sheila, Morgan? —inquirió—. No tiene nada que ver con nosotros —dijo con firmeza—. Ella...

Pero Morgan se tapó las orejas con las manos.

—No quiero escuchar nada —sollozó—. Si puedes borrarla con una explicación para mí... eso es lo que más odio de los hombres... —soltó el llanto—, todo es tan sencillo para ustedes, ¿verdad? ¡Adiós a la vieja y adelante con la nueva!

—¡Morgan! —exclamó molesto y la tomó de las manos—, ¿quieres escucharme?

Pero con el rostro bañado en lágrimas la joven se liberó de él, atravesó la sala y bajó por la escalera. Pero en su fuga tropezó, y lanzó un grito mudo. Sintió cómo su mano buscó el pasamanos para impedir la caída, pero no lo encontró.

Morgan abrió los ojos y se asombró al encontrarse en su propia habitación, sin poder recordar cómo había llegado allí. Se humedeció los labios y gimió cuando el movimiento provocó un intenso dolor en su cabeza.

Esperó unos instantes antes de intentar otro movimiento, y volvió con lentitud la cabeza hacia un lado. Saltó al ver a Brad Smith.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con voz débil, cuando él se enderezó.

No contestó de inmediato, sino fue hacia la puerta y gritó:

—¡Mamá, está despierta!

Volvió a cruzar el dormitorio hasta la cama y la miró con cautela.

—¿Cómo te sientes, Morgan? ¡Mujer, tienes el ojo más morado que he visto en toda mi vida!

Morgan se llevó una mano hacia los ojos, incrédula.

—Yo... yo... —tartamudeó.

—Él dice que te caíste en una escalera —Brad movió la cabeza escéptico—, pero a mí me parece más bien que trató de golpearte...

—Brad —la voz aguda de su madre cortó la frase—. ¡Qué le estás diciendo a Morgan! ¡Fuera! —Molly Smith cruzó con pasos rápidos la habitación—. ¡Qué muchacho! —exclamó a la vez que arreglaba las sábanas y almohadas de la cama de Morgan—. Será mi muerte. ¿Cómo te sientes, querida? —suavizó la voz.

—Yo... no sé —titubeó—. Qué... ¿tengo un ojo morado?

—Sí —contestó Molly apenada—. También un golpe muy feo en la cabeza. Pero no te preocupes, hija —añadió—. En unos cuantos días estarás como nueva. Él, el señor Harrow quiero decir, hizo todo lo necesario. Te llevó al hospital y te tomaron radiografías para ver si no tenías fracturas en el cráneo, pero no es nada, sólo unos golpes. Te internaron unos cuantos días, y ahora, que estás de regreso, él arregló todo para que viniera un médico a verte a

diario. ¿No te acuerdas de nada, Morgan?

—Sí, creo que... —titubeó y se tocó los labios arrepentida—. Me estoy acordando poco a poco. Incluso recuerdo haber regresado hoy por la mañana del hospital... ¿sí, fue hoy?

—Sí. Dijeron que te ibas a sentir un poco mareada al principio —Molly se enderezó—. Ahora, ¿cómo te sentará un poco de comida? Preparé un pollo tiernito para ti, ¿crees que podrías comer algo?

—Sí, gracias —Morgan estaba confundida—. ¿No tienes mucho trabajo en tu casa? —añadió preocupada.

—No, por lo menos hoy no —declaró Molly con voz firme—, no te preocupes en vano. Durante las noches, el señor Harrow se encarga de todo. Es un hombre muy capaz, ¿verdad? Enseguida regreso.

Salió de la habitación sin darse cuenta o, por lo menos, sin hacer caso a la expresión de asombro de Morgan. Después de comer, Morgan durmió durante el resto del día. Estaba consciente de que debería reflexionar acerca de Steve Harrow pero en realidad no tenía fuerzas para hacer otra cosa que no fuese dormir.

Fue Ryan quien la despertó al atardecer. Primero la observó desde la puerta, luego avanzó hasta la cama con un ramo de rosas, un periódico y una caja de chocolates...

—Morgan —dijo con una sonrisa cuando la chica, entreabrió los ojos.

—¡No! —se defendió ella todavía muy débil, sin embargo, sonriente trató de sentarse entre las almohadas.

—¿Te has visto? —preguntó Ryan sin dejar de sonreír.

—No —respondió un poco resentida, luego se apiadó—, no me apetece verme. Pero tengo entendido, que mi cardenal es uno de los buenos.

—¡Querida, es bellísimo! —exclamó Ryan y acercó una silla, antes de colocar las rosas sobre la cama—. Ahora, cuéntame —siguió con una expresión indecisa entre preocupación e ironía—, ¿qué te sucedió? No es posible dejarte sola un minuto.

—Yo... caí por una escalera —tembló al recordar la escena desagradable—.

¿Cómo supiste?

—Steve —fue la respuesta escueta—. Llamó por teléfono para avisarnos que no te esperaríamos durante mínimo dos semanas. Y dicho sea de paso, yo soy oficialmente el que te trae la simpatía de todos, incluyendo la del jefe. Él insistió en que te dijera que por el trabajo no te preocupes, que podremos con todo, hasta que estés mejor.

—Gracias —murmuró Morgan emocionada y abrió la tarjeta que acompañaba las rosas. Estaba firmada por todos sus compañeros de trabajo—, todos son muy amables.

—¿En realidad caíste en una escalera, Morgan? —preguntó con mucha tranquilidad—. ¿O hay algo más que quieras contarme... amiga?

—Yo... sí, en realidad me caí —dijo titubeante—. Es cierto. Pero fue... fue porque estaba disgustada. Pero de hecho fue mi propia culpa.

—¿Fue él quien te hizo enojar, Morgan? —siguió preguntando.

Ella no respondió, jugueteaba con la sábana, nerviosa.

—Debe haber sido él —murmuró Ryan—. Si no, ¿por qué hubiera estado allí a mano, para llevarte al hospital y arreglar todo lo necesario? Morgan, si quieres, estoy dispuesto a asegurar que no se te vuelva a acercar jamás —ofreció.

—Yo... yo... —levantó los hombros y sonrió—, no lo he vuelto a ver desde aquel día. No recuerdo el hospital, es decir, cómo llegué allí. Y Steve no estaba cuando desperté. Tampoco cuando me trajeron hoy por la mañana en ambulancia. Arregló todo con la señora Smith, y... ¿dices que llamo por teléfono a la oficina?

—Entiendo —dijo Ryan al fin, pensativo.

—¿Entiendes qué? —preguntó Morgan con el ceño fruncido.

—Oh, nada —contestó con voz casual—. De acuerdo con la señora Smith, una enfermera profesional vendrá durante las noches. ¿Qué pasa? —se interrumpió—, ¿no lo sabías?

—No, no lo sabía —contestó confundida—, pensé que... no he pensado nada —dijo apresurada y sonrió—. ¿Qué ibas a decir?

Con expresión irónica, Ryan enarcó las cejas.

—Oh —siguió—, hay una banda de muchachos al otro lado de tu puerta. ¿Te dan mucha guerra?

Morgan rió con afecto.

—No mucho —suspiró—, de hecho, quiero a la mayoría de ellos.

Charlaron otro rato, luego llegó la enfermera y Molly Smith se fue, así que también Ryan se despidió. Le dio un beso de amigos a Morgan y le recomendó que se cuidara. Pero ella notó que el brillo de duda seguía en sus ojos.

Ojalá que no tuviera esta impresión de que estaba planeando algo, pensó y se subordinó, no demasiado feliz, a los servicios de la enfermera de noche. Pero ella era una persona alegre y no tardó en iniciar la conversación con Morgan, mientras arreglaba el dormitorio. En poco tiempo, Morgan se sintió menos tensa y se maravilló de que una persona desconocida hubiese logrado relajarla.

—Usted es muy amable, señora Spencer —murmuró soñolienta.

La enfermera le acarició el cabello y observó la cara lastimada. Dejó de sonreír.

—Tan joven —murmuró—, y aunque digan que se cayó en una escalera, apuesto que usted tuvo problemas con un hombre, señorita Jones.

—Parece que todo está en orden —comentó el médico después de examinar a la joven.

Ella hizo una mueca y se tocó con suavidad el ojo.

—Yo sé —le sonrió con simpatía el galeno—. Pero tiene que reconocer que está mejorando. Un par de días más y habrá desaparecido el cardenal.

—Espero que sí —suspiró—. ¿Significa que ya puedo volver a la normalidad?

—Más o menos —la miró con afecto—. Pero le aconsejo que tome las cosas con mucha calma durante otras dos semanas. En caso de que surjan dolores de cabeza o cualquier otro síntoma extraño, me avisa de inmediato.

—Yo... ¿todavía necesito que me cuiden durante más tiempo? —preguntó titubeando.

—No, señorita Jones. Pero no desaliente a sus vecinos, ya que son tan amables de ayudarle un poco. Parece incluso que lo disfrutan —añadió con buen humor en los ojos.

—Yo... supongo que le debo algo de dinero —dijo—, yo...

—A mí no, querida —la interrumpió con rapidez—. Su cuenta está al día. Ahora, cuídese, señorita Jones, y no se acerque a escaleras traicioneras, ¿me lo promete?

Con un ligero golpe en el hombro, dejó a Morgan sola, con la vista puesta en su espalda.

* * *

—Gracias. No, no... es todo, gracias —dijo la chica y colgó el auricular cansada... al igual que las cuentas del hospital, las del médico estaban pagadas, e incluso el servicio de la enfermera de noche.

—Y no fue Ryan —murmuró. Estaba segura, porque durante una de sus frecuentes visitas, Ryan había tratado de averiguar, con mucho tacto, cómo era su situación económica. Ella le había asegurado que no tenía problema alguno, a la vez que luchó contra una sensación de pánico. Porque contrario a su padre, ella no tenía escrúpulos en acertar lo que le pagara el seguro social, y menos al ofrecido por el estado de Queensland. Con eso en mente, nunca se había preocupado por pagar un seguro privado. Jamás había soñado con terminar en un hospital privado, «y en estado tan inconsciente que no me di cuenta siquiera de dónde estaba», pensó con amargura.

Steve Harrow debió haberlo pagado.

—Estoy segura que fue él —repitió como en voz alta—. Pero, ¿por qué no lo he visto?

Se miró en el espejo del tocador.

—Que yo recuerde, ni una sola vez —siguió murmurando. Se tocó la mancha morada alrededor del ojo—. Desde el accidente, ha pasado casi una semana. Pagó mis cuentas, hizo todos los arreglos. ¿Lo haría si estuviera disgustado conmigo porque... porque yo no quería...?

Triste, se llevó las manos al rostro. «Ni siquiera una flor», pensó. «¿Por

qué?», se preguntó entre lágrimas.

Levantó la vista y se quitó el líquido salado de los labios con la lengua. «Estoy hecha un espanto», pensó. «Y peor aún, me siento como si Steve hubiera quitado las manos de mí para siempre. Pero, ¿no era eso lo que querías, Morgan?», se preguntó.

A la mañana siguiente, cuando estaba lavando la loza del desayuno sonó el timbre de la puerta.

—Pasa —gritó, pensando que era Molly Smith—. La puerta está abierta. ¿Cómo estás, Molly? —añadió cuando oyó que la puerta se abrió—. Estoy lavando la loza.

Una arruga apareció en su ceño cuando no obtuvo respuesta, y salió a la sala, con un paño en mano. Pero lo dejó caer, al mismo tiempo que lanzaba una exclamación de sorpresa.

Porque en medio de su sala no estaba Molly Smith, sino Sheila Somerville, con un manojo de claveles.

—¡Qué... cómo...! Es decir... —tartamudeó Morgan.

Sheila avanzó con lentitud.

—Oh, querida —dijo con compasión—, ¡qué desgracia! —sus ojos recorrieron la bata que Morgan tenía puesta todavía, una herencia de su madre, color rosa, y al fin le miró la cara. Una arruga apareció en su frente—. Te traje flores y un libro —dijo como ausente, y puso las dos cosas en la mesa, mientras seguía mirando a Morgan.

Fue un momento incómodo.

—¿Steve hizo eso? Dice que caíste en la escalera...

—Me caí, es cierto —la interrumpió Morgan.

—Suena casi como una variación del conocido: «Choqué con una puerta», querida —sonrió—. Sin embargo, es difícil creer que Steve...

Morgan contó, muy lento, hasta diez, luego dijo con cierta ligereza:

—No lo creas. Te aseguro que no hizo nada.

Sheila rió y prometió no pensar nada malo.

—¡Qué maravilla! ¿No huele a café fresco? —preguntó.

—Sí —contestó Morgan y trató de recuperar su humor—. Yo iba a tomar otra taza, ¿gustas acompañarme? —con una mirada hacia los claveles, pensó que era lo menos que podía ofrecerle.

—Me encantaría —respondió Sheila y se sentó, con una pierna cruzada sobre la otra.

Morgan fue de nuevo a la cocina; pensó que si existía algo peor que tener un ojo morado, era ser sorprendida en bata. Mientras sirvió el café, se preguntó, qué podría haber causado esa visita. Notó también que, a pesar de la compasión que había sentido por Sheila aquella noche de fiesta, ahora le tenía cierto miedo.

Pero no permitió que ninguno de estos sentimientos se reflejase en su cara, cuando regresó con el café y se sentó a la mesa, observó a Sheila por encima de la taza y dijo lo primero que se le ocurrió:

—¿Cómo está Steve? No lo he... —se interrumpió—. No lo he visto últimamente —terminó un poco agotada.

Sheila guardó silencio un momento, luego dijo:

—Morgan, vine a hablar con toda sinceridad contigo. Es la razón principal de esta visita, se trata de Steve. Quiero darte un consejo.

—¿Ah, sí? —la voz de Morgan era débil.

—Mira, yo lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Yo también —Morgan se preguntó por qué habría dicho eso. Quizá por el tono posesivo de Sheila.

—Bueno, ¿entonces tal vez no haga falta que te diga que... que jamás se va a casar contigo? —Morgan enarcó una ceja.

—No, no hace falta. Pero quisiera saber por qué pensabas que era necesario decírmelo.

—Bueno, sentí lástima por ti cuando supe lo que había pasado... y ahora que te veo, querida —añadió Sheila con una sonrisa. Pero en seguida se puso seria y se irguió—. Mira, Morgan tienes que verlo de la siguiente forma: las novias

de Steve van y vienen. ¿Qué ganarás entrando en una larga lista de desechos? ¿Comprendes lo que trato de decirte?

«Oh, sí», pensó Morgan amargada. «Después de todo, me lo he dicho tantas veces, que no veo por qué el hecho de que me lo dijera Sheila, debería causarme disgusto». Torció la boca y reflexionó. «Le abrí el alma a Ryan», pensó. «Quizá debería abrirme también a Sheila».

Pero su idea cambió cuando se fijó en la otra muchacha. «¿Será mi imaginación o tiene aire de increíble afectación?», se preguntó, porque Sheila no dejaba de examinar sus uñas pintada con perfección.

Sí, es afectada, decidió Morgan cuando Sheila levantó la vista y sus ojos se encontraron. Bueno, allá va.

—Sheila —empezó a decir Morgan con mucha tranquilidad—, agradezco que hayas venido a verme, también los regalos y tus consejos. Pero debo decirte que estás aproximándote a tus propios problemas desde un ángulo equivocado.

Una expresión de preocupación cruzó la cara de Sheila.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz fría.

—Lo siguiente. Tratar de manipularme fuera del camino no tiene sentido, Sheila. Yo no constituyo la más mínima amenaza para ti. De hecho, he trabajado muy duro, y creo que con bastante éxito, para quitarme yo misma del escenario —se interrumpió porque un dolor agudo le atravesó el corazón. Se forzó a seguir—: Si tú eres la mujer que él escogerá al fin, eres una muchacha afortunada. Si no eres la escogida, todos los arreglos del mundo no te ayudarán a cambiarlo, y dudo mucho que Steve te estimara más, si supiera que tratas sistemáticamente de quitar la oposición de tu camino. Tienes que jugar el juego de la paciencia, querida, y realmente siento lástima por ti...

—¡No sigas! —gritó Sheila y se levantó de un salto, furiosa—. ¡Cómo te atreves! No sabes nada acerca de lo que ha pasado entre nosotros.

Desconcertada, Morgan se irguió.

—No, no sé nada —reconoció—, pero no estoy ciega. Si interpreté mal todo y confundí tus razones, lo siento, lo lamento —retrocedió ante la emoción desnuda en los ojos de la otra muchacha, que le confirmó que no había entendido mal nada—. Sheila —se levantó y trató de poner su mano en el

brazo de la muchacha, pero ella la quitó con un movimiento brusco.

—Quita tus manos de mí —Sheila casi le escupió las palabras y furibunda cruzó la sala hasta donde había dejado los claveles y los arrojó al suelo. El libro lo destrozó—. Ahí tienes —gritó sollozando—. Espero no tener que volver a verte jamás, Morgan Jones, porque no podría prometerte que no te sacaría los ojos y destruiría ese hermoso rostro.

Salió corriendo y cerró la puerta de un golpe. Morgan permaneció, con la mirada fija en la puerta, incrédula.

Capítulo 7

El lunes de la segunda semana de convalecencia amaneció fresco; Morgan preveía otra semana de inactividad. La pequeña escena con Sheila no quería salir de su mente, y ese lunes parecía más presente aún. Los niños estaban en la escuela, incluso Brad Smith, en contra de su propio juicio y voluntad.

El apartamento era un oasis de paz.

El ojo morado se había reducido al fin a ojeras, como si hubiera trasnochado en exceso. No obstante, al mirarse en el espejo no sintió más placer que antes.

Se recogió el cabello en un moño informal. Luego fue al ropero y escogió un traje cómodo y caliente. Una vez vestida, sin pensarlo dos veces cogió las llaves del coche.

La avenida Waterworks estaba casi desierta a esa hora. Sólo cuando llegó a las áreas suburbanas, sintió pánico.

«Después de todo lo que dijiste a Sheila, Morgan, ¿cómo te atreves a...», se regañó.

«Pero eso no tiene que ver con Sheila», se contestó. «Por lo menos no con Sheila y Steve. Es un asunto económico. No puedo aceptar caridad, eso es todo».

«Podrías haber mandado una carta», opinó una voz interior.

«Sí», reconoció con tristeza, «pero no lo hice, es más, también es cierto que no hubiera soportado el hecho de no volver a verlo jamás. No fui muy honesta con Sheila. Pero si le hubiera dicho lo que siento realmente por Steve...»

Por enésima vez recordó la expresión de Sheila. Eso podía suceder cuando a los sentimientos se les permitía tomar el poder, pensó y entró en la parte alta de Mount Nebo. ¡Dios mío!

No había ningún coche estacionado en la casa de Steve.

—Bueno, Morgan —murmuró—, si no estás segura de la razón que te trajo aquí, mejor de una vez empieza a pensar lo que harás.

Bajó del coche y salió a la luz del sol. La casa estaba silenciosa. En cierta

forma, tenía un aire de abandono. Sin embargo, notó que la puerta principal estaba abierta.

Encogió los hombros y estaba a punto de llamar a la puerta, cuando oyó el ruido rítmico de un hacha, partiendo leña.

Vaciló y bajó la mano. El ruido provenía de la parte de atrás de la casa. Tomó el pequeño camino por entre los altos eucaliptos, y respiró el aire fresco y agradable, calentado por el sol de la mañana. Sintió bajar unas gotas de sudor por su espalda.

Era Steve Harrow quien partía cada tronco con un golpe preciso, fuerte, que hacía brillar el hacha con la luz del sol. Estaba de espaldas hacia ella, por lo que suponía que no la había escuchado llegar. Ella se sentó en un tronco y sintió los latidos desenfrenados de su corazón mientras lo observaba. Estaba sin camisa, y Morgan apreció el movimiento de los músculos de su espalda y de los hombros, fascinada y asustada al mismo tiempo.

El cambio repentino en sus movimientos la tomó por sorpresa; dejó el hacha y sin volverse hacia ella, la saludó.

—¿Cómo estás, Morgan? —se inclinó para apilar los troncos.

—Bien —contestó y el color de su cara cambió—. ¿Cómo sabes que estoy aquí?

—Oí el coche hace rato. Tu motor tiene un sonido muy particular —se volvió de repente, y ella se levantó apresurada. Sus miradas se encontraron un instante, y él se volvió de nuevo, hacia los troncos—. Te veo mejor —agregó a la vez que ponía varios troncos en una canasta.

La joven se mordió el labio inferior y pensó confundida, que eso iba a ser aún más difícil de lo que había esperado. Empezó a hablar.

—Yo vine... para darte las gracias. También para... —perdida la seguridad, se interrumpió.

—¿Para qué? —Steve se irguió y le volvió la cara, ya con la canasta llena.

—Para pagarte —terminó sin vacilar más—. Lo... lo puedo descontar de mi seguro... seguro médico.

—¿Todo? —preguntó y enarcó una ceja.

—La mayor parte —contestó, alejándose más de la verdad.

—¿En serio? —inquirió con un tono satírico que la obligó a quitar la mirada de sus pies y subirla a sus ojos. Mientras cogió la camisa, añadió—: Si crees que puedes tomar un café conmigo sin sucumbir a un deseo urgente de tirarte por la terraza, creo que deberíamos entrar y discutir este asunto.

Morgan abrió la boca para protestar, pero Steve no la tomó en cuenta, y tuvo que seguirlo hasta la casa. En la puerta de atrás, hizo un nuevo intento de decir algo, pero parecía que las palabras morían en sus labios, frente a esa expresión fría. Steve se colocó la canasta sobre un hombro, y abrió la puerta con un pie.

Ella suspiró y lo siguió resignada.

—Siéntate, Morgan —la invitó mientras acomodó la canasta al lado de la chimenea.

—Prepararé el café, si quieres —dijo ella sin pensar.

—Bien. Mientras, me daré un baño rápido —salió de la sala sin mirar a la chica.

Morgan lo siguió con la mirada. «Está disgustado conmigo», pensó, y le extrañó el dolor que sintió. Cuando oyó el agua de la ducha logró controlarse un poco y se encaminó hacia la cocina.

* * *

Estaban sentados en la terraza, tomando café. Morgan se sentía incómoda. Cualquier tema de conversación que se le ocurría, le parecía lo más trivial, y antes de mencionarlo siquiera, ya lo había abandonado. Al fin se concentró en la maravillosa vista y en el aroma del café.

De pronto miró a Steve y vio que estaba admirando el paisaje. Parecía bastante relajado; el cabello lo tenía húmedo, y se había puesto un pantalón limpio, aunque viejo y una camisa que había visto mejores tiempos.

Se ruborizó cuando levantó la vista y lo sorprendió con la mirada fija en ella, sumergido en pensamientos inescrutables.

—Tu ojo ya está casi normal.

Ella levantó sin querer la mano y se lo tocó.

—Un ojo morado de primera —dijo con aspereza—. Brad, uno de los muchachos a los que ayudo con sus tareas, estaba muy impresionado.

—¿Brad Smith? —pregunto.

—Sí. No lo has de conocer, pero debajo de toda su rudeza, es un buen muchacho.

—Sí lo conozco —respondió Steve con una sonrisa—, su madre me da lástima. ¿Me imagino que sufre porque su padre la abandonó hace un par de años?

—Es cierto —su interés aumentó—, él necesitaría de un hombre fuerte —hizo una mueca—, es triste tener que ver, cómo tanta vitalidad se desperdicia.

Él movió el café en su taza y dijo ausente:

—Espero que tengas razón. Me lo llevaré en las próximas vacaciones a un viaje de investigación de campo.

—¿A Brad Smith? —no lo podía creer—. ¿No estás bromeando?

—¿Por qué? Tú también le enseñas cosas, ¿no?

—Bueno, sí, pero, ¿cómo surgió esto?

—Su madre —encogió los hombros—, tiene alma de inquisidor, y cuando me vio entrar en tu apartamento aquel domingo, fue a investigar. Después que le explique por qué no sólo entré en tu casa, sino también por qué conduje tu coche, ella ofreció su ayuda y prometió que te cuidaría en cuanto regresaras del hospital —se interrumpió con una ligera mueca—. «Ofreció» no es el término correcto, insistió más bien. El día que ibas a regresar, fui a verla para avisar, y por casualidad llegué en el momento preciso en que se iba la policía.

—¿La policía? —se alarmó Morgan—. ¿Quieres decir, a causa de Brad?

—Sí —miró su café reflexionando—. Lo habían descubierto robando en una tienda en horas de escuela.

—Pero, ¿por qué nadie me dijo nada acerca de eso? —inquirió.

—Me imagino que no querían preocuparte.

—Así que te ofreciste voluntario para ayudarlo un poco —constató después de un breve instante.

—Sentí lástima por los dos —hizo una mueca—, pienso que su madre está desesperada. Y creo que ampliar su horizonte y darle durante un tiempo un poco de compañía masculina, podría ayudar.

—Eres muy amable —comentó Morgan.

Lo observó de soslayo, cuando puso la taza sobre la mesa y se estiró lujuriosamente, con los dedos entrelazados en la nuca. «Si pudiera penetrar en su mente», pensó.

—Siento lo de la última... lo de aquel sábado —dijo—. Te metí en problemas enormes. Pero yo... no lo hice a propósito.

—¿No? —preguntó sin expresión, los ojos entrecerrados por el sol y las pestañas arrojaron sombras en sus mejillas. Se enderezó—. Supongo que no. La mayoría de los neuróticos no piensan antes de actuar.

—¿Crees que yo soy eso?

—Por lo visto, sí. Todo lo que tenías que hacer aquella noche, era salir caminando. Sólo que hubieras pensado, pese a lo que te decía, que yo te iba a violar. ¿Pensaste eso, Morgan? —de repente se volvió hacia ella con unos ojos tan fríos y ausentes de toda expresión, que la hizo estremecer.

—No —contestó con un esfuerzo y respiró profundo—, yo... yo no...

—Bueno —clavó su vista en los ojos de ella—, entonces sólo se me ocurre una posibilidad más: estabas huyendo de ti. De la batalla desatada dentro de ti. Y era tan cruel que no te paraste a pensar, antes de bajar corriendo una estrecha escalera de caracol con zapatos de tacones altos, o como quieras llamar esas cosas que calzabas aquella noche.

Nerviosa, entrelazó las manos y trató de controlar su expresión y calmar su voz.

—¿Es tu definición de los neuróticos? Y suponiendo que tengas razón en lo que estás diciendo, ¿sugieres que nadie debe enfrentarse a sus luchas internas?

—Por supuesto que no —dijo con cierto enfado—. Lo que estoy diciendo es que eres neurótica cuando no eres honesta contigo misma. Y estoy seguro de

que no lo eres —se le cortó la respiración a causa de este ataque injusto. Pero él siguió implacable—: De hecho es peor en tu caso. No estás dispuesta a aceptar una versión de la historia distinta a la tuya, ni siquiera a escucharla, Morgan.

«¿Cómo podía escuchar?», pensó torturada. «¿Cómo podría explicárselo? Ninguna palabra borra a Sheila por arte de magia».

Saltó cuando él se levantó para ir hasta la balaustrada.

—De hecho, relacionarse contigo, Morgan, es similar a hacerlo con un muro.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó molesta.

—Quiero decir —siguió con frialdad—, que si fueras un ser medianamente humano, podrías venir y decirme: Mira, mi cuerpo me dice una cosa, y mi cabeza otra, y no sé poner de acuerdo a los dos. Pero Glamorgan Jones jamás haría algo así, ¿verdad? Ella no porque basada en dos experiencias desafortunadas, está convencida de que todos los hombres son como su padre o como los dos adolescentes borrachos con los que chocó una vez.

—Estás... ¿estas tratando de reivindicarlos...? —tartamudeo.

—¿Ves? —dijo desesperado—, ahí estás de nuevo. No, no estoy reivindicando a nadie, de hecho, me interpretas mal a propósito. Pero ¿te lastimaría en algo, sí los reivindicaras? Pasaron cinco años desde entonces, y todavía eres virgen, supongo. Pero no es eso; eres inteligente, es más, brillante. Pero no lo suficiente para saber que yo no soy como aquellos dos irresponsables o como tu padre.

Se observaron en silencio.

Morgan se humedeció los labios, pero sintió como si su corazón y su lengua hubieran sido cerrados con candado, y ella no encontrase la llave. Un candado que no tenía que ver con su padre y el incidente desafortunado, sino mucho más con la revelación inconsciente de Sheila, lo cual Steve Harrow no sabría jamás. Sin embargo, todavía experimentaba una desolación terrible, cuando bajó la vista sin poder ocultar su confusión.

—Por eso utilicé la palabra neurótica, Morgan. Pero te invito a que te defiendas.

Ella trató de articular alguna palabra, pero el recuerdo de una docena de claveles quebrados en el suelo de su sala, llegó a su mente, al igual que el de páginas rotas que volaban como copitos de nieve.

Al fin, todo lo que logró decir, fue:

—Te debo dinero. ¿Me permitirás pagarlo?

—No quiero tu dinero, Morgan.

—Pero tienes que aceptarlo —insistió.

—¿Por qué? Sé demasiado bien que estás mintiendo acerca del seguro médico. Si hubieses estado consciente para elegir, te hubieras internado en un hospital general, pero no estuviste en condición. Yo tomé la decisión. Y si admito cierta responsabilidad por lo que sucedió, es porque esta escalera es un poco peligrosa. Además, ¿no estás trabajando para mí porque te encuentras en dificultades económicas? ¿Cómo me pagarías? Si me permites la pregunta por curiosidad.

—No me explico cómo es que sabes todo eso —titubeó—, pero no lo podías saber en aquel momento. ¿Por qué habrías de pagar algo, sólo porque se me ocurrió caerme en tu escalera? ¿Cómo sabes...?

—Me informé en todos los seguros médicos —dijo simplemente—. Pero no contestaste a mi pregunta.

—Pensaba vender mi coche —expresó apresurada, poniendo palabras a una idea muy vaga.

Apartó la vista cuando notó los ojos burlones, y preguntó sin pensar:

—¿Por qué... por qué hiciste esas investigaciones?

—Digamos querida que porque esperaba esta conversación contigo. Además no soy filántropo, en especial no con los seguros —sonrió con frialdad.

—¿Pero sí conmigo? ¿Por qué? ¿Para liberarte en definitiva de todo tipo de responsabilidad? —se arrepintió de estas palabras tan pronto como acabó de pronunciarlas, pero no había forma de corregir el error.

—¿Es como piensas en realidad? —preguntó después de un rato, y la miró sin compasión. Ella estaba helada—. Bueno, lo siento mucho, pero tendrás que

vivir con esta idea, porque no te apoyaré en la venta de tu coche. Supongo que estás enterada de la posibilidad de levantar un acta contra mí —añadió sin importarle nada.

—Me acusas de ser neurótica —saltó de la silla—, e inhumana, de tener una visión errada de los hombres y Dios sabe qué más. ¿Y crees realmente que podría recurrir a tales medios? Jamás se me hubiera ocurrido.

Él rió entonces y se le acercó imponente.

—Piénsalo, Morgan, deja que tu mente se acostumbre a la idea —sugirió con voz suave—. Estoy seguro de que no tardarás mucho en creer no sólo que te quiero como deudora para siempre, sino también para domarte en caso de que decidas demandarme por los daños sufridos.

—¡Oh, cómo te odio! A propósito tratas de hacer... y todo porque no quiero ir a la cama contigo, me pregunto... me estás castigando, ¿no es así? Con razón Sheila es tan... —se interrumpió llena de pánico, cuando él la tomó por las muñecas.

—Mira, mira —dijo con voz casual—, ¡qué temperamento! ¿Y por qué hablar de Sheila ahora? —añadió—. Pensé que habías cerrado el tema —siguió—. No me digas ahora que vas a convertirla de nuevo en el arma contra mí —dejó caer las manos, volviéndose disgustado.

«Oh, qué listo eres, señor Harrow», pensó Morgan con torpeza.

«Tantas veces que me puedes callar hablando tú. Pero no lo voy a aceptar —dijo a punto de llorar—, estamos de acuerdo en que no tenemos nada en común, y quizá yo tenga la culpa... sea como sea —siguió con voz quebrada y se encogió de hombros—, yo de alguna manera tengo que pagarte. Quizá esté equivocada también en esto, pero es lo que debo hacer».

Fijó la mirada en un botón de su camisa, y vagamente se dio cuenta que subía y bajaba con demasiada rapidez. «Realmente se molestó», pensó. «Pero parece que no puedo hacer otra cosa».

Se puso tensa, cuando sintió sus dedos bajo el mentón, y resistió un instante antes de permitirle que levantara su cara. Lo que vio en los ojos de Steve que la recorrieron despacio, la confundió. Toda la ira pareció haber sido sustituida por algo que no supo que era. De una cosa sí estaba segura: no se trataba de

violencia.

—Está bien —dijo pensativo—, está bien, pero no quiero tu dinero. Tengo más que suficiente. Tendrás que pagarme de otra manera.

Su reacción interior fue inmediata. ¿A qué se refería? Se ruborizó.

—No, querida, no me refiero a eso —dijo con suavidad.

—No se me ocurre nada —estaba insegura—, ¿qué está mal si te quiero pagar cada semana una cierta cantidad de mi sueldo?

—Morgan, no me interesa recibir de ti unos cuantos dólares a la semana. Pero si en realidad me quieres pagar, hay una manera de hacerlo. Desafortunadamente, es la forma que menos te gustará. Si quisieras seguir trabajando como mi secretaria...

—¡Qué locura! —exclamó al fin, sin fuerza—. Quiero decir, después de todas las trabas que me pusiste ahora, pensaría que soy la última persona que quisieras tener cerca. Sería una tonta si no hubiera captado el desprecio que me tienes.

—No «captas» nada de mí, Morgan —su voz era otra vez dura—. Hay algo en que sobresales. No podría encontrar a nadie, por sólo unas cuantas horas, que te igualara como secretaria y redactora. En cuanto a la gramática, sólo siento que no hubieses estado a mi disposición antes. Tienes una forma parecida a la de Churchill, para depurar mis frases más extravagantes. Eres la esencia de lo que quería expresar Anatole France cuando decía que uno se convierte en un buen escritor como en un buen carpintero: planeando las frases. Trabajamos bien juntos, y tú vales tu peso en oro, mi querida Morgan.

—Yo... yo —tartamudeó.

—Entonces no es cierto que quieres pagarme —dijo con voz suave pero mordaz.

Ella no pudo contestar nada.

—Digamos que pague la mitad —él estudió su cara acalorada, luego se apartó y levantó los hombros—. Deberías aceptarlo, Morgan. Si no te meto en tu pequeño coche, y será lo último que verás de mí en toda tu vida.

El silencio se apoderó del lugar.

—Tendrías que vivir para siempre con la idea de mi caridad —se volvió otra vez hacia ella.

Todos festejaron el regreso de Morgan al trabajo. Antes que hubiera terminado el primer día, sintió que las dos semanas de ausencia habían sido una ilusión. Al final de este mismo día, la joven notó que Ryan no era el mismo muchacho gallardo de siempre. Cuando se dio cuenta de que Morgan lo observaba una y otra vez, se protegió con una expresión casi de cautela.

Morgan lo respetó, pero varios días después, ya no se pudo controlar.

—¿Qué sucede Ryan? —preguntó cuándo compartieron un almuerzo apresurado.

—¿Qué sucede con qué? —contestó.

—Escucha, Ryan —dijo con gentileza—. Tú me sacaste todos los secretos. No creas que yo no puedo hacer lo mismo contigo. Es mejor que me cuentes de una vez, por qué andas como un Romeo enfermo de amor... —se interrumpió—. ¿Es eso? —preguntó cuándo de repente se percató—, ¿te enamoraste por fin?

—Llámalo como quieras —hizo una mueca—, sólo sé que es un caso perdido, si alguna vez existió.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Morgan—, ¿está casada?

—No —fue la respuesta escueta.

—No lo puedo creer —dijo después de una larga pausa—, ¿qué pasó con tu optimismo? ¿No recuerdas todos los consejos que me diste? Parecías tan seguro que no existe tal cosa como un caso perdido.

—Bueno, sí existe —admitió—, yo estaba equivocado. Y si la conocieras, estarías de acuerdo conmigo. De hecho la conoces, aunque no me puedo imaginar por qué finges lo contrario.

—¿La conozco? —preguntó Morgan extrañada, y buscó en su mente en todas las muchachas conocidas por los dos—. ¿No te refieres a la muchacha del banco?

—No, Morgan, no —contestó Ryan un poco desconcertado—. Es alguien muy fuera de su categoría, y sospecho que también fuera de la mía. Es Sheila

Somerville.

Morgan agrandó los ojos con incredulidad.

—Sí —siguió Ryan amargado—. ¿Ahora me vas a decir que no es una causa perdida?

—Pero... pero —tartamudeó Morgan—, no la has visto más que una vez.

—Tres veces —la aclaración fue sombría—. Un día, muy temprano, vino a preguntar tu dirección —Morgan quiso decir algo, pero Ryan siguió sin notarlo—. Luego vino la semana pasada para hacer las reservaciones. Yo... yo estaba a punto de cerrar la oficina y la invité a tomar una copa.

—Cómo... —Morgan trato de digerir la novedad—. ¿Cómo es posible que tomara una copa contigo si saldrá con Steve Harrow? Quiero decir...

—Tampoco tengo respuestas, Morgan —encogió los hombros—, pero estuvo muy tensa. Y tú me conoces, siempre digo que no cuesta nada preguntar.

—¿Qué... qué te dijo? —inquirió Morgan interesada.

—De hecho, me preguntó muchas cosas acerca de ti. De alguna manera yo estuve preparado, por fortuna, porque casi me había caído de la silla cuando hizo las reservaciones a nombre de ella y de Steve Harrow: señor S. Harrow... a propósito, ¿para qué quería tu dirección?

—Fue... fue a visitarme —Morgan estaba todavía muy lastimada—, me temo que... que estuvo muy trastornada. Yo...

—Me lo temía —dijo Ryan—. Está enamorada del hombre, ¿no? Qué suerte tiene él. No sólo una, sino dos de las muchachas más maravillosas que yo he visto en mi vida, lo persiguen. ¡Al diablo! Quisiera que se decidiera ya, o que se fracturara una pierna. O mejor aún, las dos cosas —añadió.

—¡Ryan! —exclamó Morgan, y después de una pausa agregó—: En cuanto a mí, yo no lo persigo, pero supongo que eso no te consuela mucho. ¿De verdad la quieres? Es terriblemente altanera.

Ryan sonrió y puso un dedo sobre la boca de Morgan.

—Amiga querida —dijo con gentileza—, está enferma de celos. No puedes esperar que actúe como un ser coherente. Es una mujer.

Morgan se mordió el labio inferior y sus miradas tristes se cruzaron.

—No quiero decir que tú no lo eres —añadió Ryan apresurado pero...

—Está bien, te comprendo —Morgan hizo un ademán con mano—, ahórrate las explicaciones, por favor. Las he escuchado de sobra, para el resto de mi vida. Pero escucha, Ryan —hizo un último intento—, ¿tres encuentros? ¿No es muy poco para enamorarse?

—¿Quién sabe? Sólo sé que no se me quita de la mente. ¿Cuánto tardaste en enamorarte de Steve Harrow?

En ese momento Morgan recordó una escena que había enterrado en su memoria por más de cinco años. En un salón de clase entró el nuevo profesor de geografía. Ella levantó la mirada y perdió el aliento la primera vez que lo vio.

Bajó la vista, no pudo pensar en ninguna respuesta.

—Si quisieras aceptar mi consejo acerca de Steve Harrow, Morgan, podría tratar de ayudarte. Aunque supongo que no quieras contarme qué sucedió desde la última vez que discutimos el asunto.

—Nada —dijo Morgan con estoicismo—, lo siento, Ryan, pero si alguna vez existía cierta posibilidad, ahora menos que nunca.

—¿Realmente? —preguntó incrédulo y estudió su cara—, ¿no lo has visto?

—Sí, incluso sigo trabajando para él... pero nada más —dijo con toda la firmeza posible.

—Y sigues enamorada de él, ¿no es cierto? No me puedes engañar, y no creo que hayas engañado a alguien, Morgan.

—Está bien, Ryan, quizá no. Para ser honesta, no me importa en lo más mínimo. Pero bajo la luz de lo que has de saber acerca de Sheila Somerville, hasta tú tendrás que reconocer que el asunto no es tan fácil como parecía. Yo sé... mira, lo siento, pero sé que sostiene relaciones con ella. O por lo menos que lo hacía hace muy poco. ¿No es de suponer, entonces, que si es capaz de echarla para crear espacio; para mí, algún día hará lo mismo conmigo?

—¿Trató alguna vez de... de hacer el amor contigo? Quiero decir, ¿aprovecharse de ti...?

Morgan casi dejó de respirar.

—Si preguntas que si ha tratado de seducirme, sí. Cada vez que estuve cerca de él. Pero podría... por lo menos... —se interrumpió confundida.

—Si tenía oportunidad y no lo hizo, podría ser un punto a su favor —afirmó Ryan meditabundo—. ¿Quizá es demasiado inteligente para algo así? Me pregunto...

—¡No hay necesidad de preguntarse, Ryan. Todo pasó. Disculpa, pero es un hecho.

Y éstas fueron las últimas palabras al respecto durante bastante tiempo; Morgan no podía suprimir el malestar que sentía cuando veía la mirada lejana de Ryan. Y tampoco suprimir la sorpresa cuando descubrió por casualidad que las fechas para la salida a Lord Howe caían en las vacaciones escolares y el discutido viaje que Brad Smith iba a hacer con Steve al interior del país.

Pero ella se negó incluso a especular:

Y por razones personales, Ryan no le contó que había recibido una llamada telefónica que canceló las reservaciones a Lord Howe.

Capítulo 8

Y pensativa, Morgan tenía la mirada fija en el calendario de su escritorio. Habían pasado casi dos meses y medio desde su caída en la escalera de Steve Harrow, suspiró. Dos meses y medio, pensó, de infierno.

«No niego que nuestro arreglo económico es perfecto, funciona muy bien. Demasiado bien, ya que sería difícil imaginarse a alguien menos parecido a un enamorado que Steve Harrow», pensó con tristeza. «A veces amable, siempre considerado, incluso chistoso, sobre todo cuando estaba con Brad, pero ni la más mínima señal de algo personal. Y esto me está matando», tuvo que reconocer con una pequeña mueca. «Pensé que lo soportaría, pero debo reconocer que me convertiré en la persona más feliz cuando haya terminado este libro. ¿O no?».

«Sí, seguro», se dijo con brusquedad y volvió a la realidad. Pero dos minutos más tarde, no pudo evitar que sus pensamientos regresaran sobre otro tema. «Si yo supiera, cómo Sheila...»

Observó de reojo a Ryan que trabajaba a su lado. «¿Sabrá algo? Pero si le pregunto, sería una invitación abierta a desenterrar el pasado, y es lo que menos quiero. Además, para haber estado tan enamorado, se recuperó con bastante facilidad. De hecho, estoy segura de que devolvió el golpe... ¿fue él quien usó estas palabras, o fui yo?», pero ese lunes se dio cuenta que sus propios pensamientos seguían atormentándola. ¿Se había recuperado Ryan por completo?

«Ahora que Steve y Brad están de viaje por el interior, tú te sientes sola, ¿cómo crees que te sentirás cuando esté terminado el libro y lo tengas excusa para ir a verlo, Morgan?»

Y Sheila, ¿iría de vacaciones con él?

—¡Dios mío! Si yo supiera... —murmuró con arrebató—. Me siento como en una jaula, dando vueltas y vueltas. Quisiera que hubiera sido menos obstinada y determinante para callar a Ryan. Si por lo menos tuviera una idea acerca de lo que sucede...

Por fortuna, tuvo que sucumbir ante la presión del trabajo. Las vacaciones de

las escuelas causaban año tras año peregrinaciones de australianos del sur encaminados hacia las playas de Queensland, y más durante los meses de invierno. Muchos habitantes nacidos en Queensland se maravillaban de los sureños quienes andaban con vestidos ligeros y hasta nadaban, mientras que ellos mismos sentían el frío.

El mayor problema de Morgan fue la cantidad de turistas que invadían la oficina en búsqueda de información o para cambiar sus reservaciones. El ritmo dejó extenuados tanto a Ryan como a ella misma, todas las noches. Incluso el jefe un día mencionó algo acerca de empleados extras.

—¡Quisiera que los trajera en vez delimitarse a hablar de ello! —exclamó Ryan aquella tarde—, tanto trabajo está boicoteando hasta mi vida amorosa.

—¡Dios mío! —murmuró Morgan con una risa—, sería desastroso, ¿no? Pero sucede cada año, Ryan. Quiero decir que sólo habla, sin hacer nada. Quizá deberías reducir un poco tu vida amorosa —pensó que era lo más cercano que podía llegar a una pregunta directa sobre Sheila. Pero él decidió no picar el anzuelo.

—Ay, Morgan —dijo con una mueca—, noto que no has perdido tu manera muy personal de usar las palabras. Reducir, ¿eh? Y ¿cómo está tu vida amorosa, a propósito? ¿Todavía sin existencia propia?

Ella le lanzó una mirada que decía todo, y él fingió agacharse, pero sonriente; luego contestó el teléfono.

Y cuando colgó, de nuevo la miró pero con otra expresión.

Morgan enarcó las cejas en actitud inquisidora.

—Aquel pajarito de las reservaciones Qantas —sonrió él—, ¿te acuerdas? Tiene una voz bastante sensual.

—No me digas que aceptó una invitación.

—Sí —contestó complaciente—. Todo lo que se necesita, Morgan es un mínimo de paciencia —añadió soberbio.

—¿La has visto alguna vez? —preguntó Morgan con otro pensamiento oculto en la mente, porque aquí podía estar la respuesta a su pregunta.

—No es necesario —contestó Ryan—, su voz lo dice todo. Además, las líneas

aéreas no emplean muchachas feas, como tú bien sabes. ¿Qué sucede? —preguntó cuándo vio la expresión de Morgan.

—Nada —contestó ella—, ¿cuándo tendrá lugar este encuentro?

—Hoy, después del trabajo —le dijo el nombre de un bar—, vamos a tomar una copa. Tienes una expresión rara, ¿qué sucede?

—¿Rara? ¿Rara chistosa o rara extraña? —la pregunta fue ingenua.

—Ojalá que supiera —pensó en voz alta—. Pero a propósito, ¿cómo está tu vida amorosa?

—Sin existencia propia —contestó.

—¿Sigues trabajando para él?

—Sí, bueno, en este momento no. Salió al interior del país, a un viaje de investigación. Se supone que regresará cualquier día —acercó unos papeles, mientras charlaban.

—Así que no está aquí. ¿Desde cuándo?

—Desde hace como dos semanas —dijo, aunque pensó: desde hace demasiado tiempo—. Ryan, si no empiezas a trabajar ya, tendrás que quedarte tarde por la noche.

Eso tenía el resultado esperado, pese a que él le lanzara una mirada divertida y afectuosa, cuando se volvió en su silla.

—No digas más, Morgan —sugirió—. De vuelta a la mina, esclavo —cogió una carpeta—. Mis labios están sellados.

—Bien —respondió ella—, espero que así permanezcan un rato.

—Morgan... —protestó y se agachó cuando ella lo miró con dureza—. Sólo quería preguntar, cómo arreglo un encuentro de una familia de siete personas con un cocodrilo.

—Mándalos a Cairns —no titubeó—. El lugar está lleno, parece. Es más están cada vez más atrevidos, desarrollan un gusto especial por seres humanos.

—¡Qué gracioso!, he ido a Cairns, pero jamás he visto ninguno. ¿Tú sí?

—No. Bueno, uno pequeño, pero leí algo acerca de ellos el otro día en el

periódico. A propósito, pensé que estabas burlándote de mí.

—No. ¿No te acuerdas de aquella familia de locos que quería comprar un koala, para llevárselo a Estados Unidos? Bueno, ahora desea un cocodrilo.

Esto, por alguna razón, le causó gracia a Morgan durante el resto del día, aún sonreía cuando estacionó el coche cerca de su casa. No vio el Land Rover estacionado en la calle; cuando quiso meter la llave en la puerta para abrir, casi fue tumbada por Brad Smith, quien se acercó corriendo y le dio un fuerte abrazo.

—¡Brad! —exclamó risueña y se inclinó para levantar su bolso—. ¿Te fue bien en el viaje?

—Estuvo de primera, Morgan, muy bello. Sólo que no duró lo suficiente — contestó lleno de energía y quitó su largo pie de los lentes de Morgan que había pisado sin darse cuenta—. Oye, Morgan, creo... no, no se rompieron. ¿Por qué las mujeres siempre tienen tantas cosas inservibles en sus bolsos?

—Es lo que yo también me pregunto a veces —dijo con tristeza, y recogieron los últimos objetos regados en el suelo—. Parece que se acumulan por sí solos. Pero ya está. Déjame verte, Brad. Parece que creciste. De hecho, creo que estás más alto que yo.

—No puedo haber crecido tanto en tres semanas —encogió los hombros—, pero fueron las semanas más hermosas de toda mi vida —se puso serio—, y todo gracias a ti, Morgan.

—¿A mí? —protestó—, no seas tonto, Brad, yo no tuve que ver en ello.

—¡Cómo no! Si no hubieras tenido ese cardenal, no habría conocido a Steve Harrow —dijo con ansiedad.

—Bueno —Morgan no pudo evitar otra risa—, estoy feliz de que pude ayudarte, Brad. A propósito, ¿en dónde está él...? —logró preguntar sin que le temblara la voz—. Supongo que te dejó para irse a su casa.

—No, entró a saludar a mamá, y ella logró que se quedara a tomar un té. Me imagino que en cuanto pueda, vendrá a saludarte. Le avisaré que ya llegaste. Hasta luego, Morgan. ¡Oh, tengo tantas cosas que contar a mis amigos...!

—¡Brad...!

Si la escuchó, no le hizo caso y continuó su camino.

Morgan se mordió el labio inferior y entró en el apartamento, presa del pánico. «Lo que necesito, es una copa», pensó y se la sirvió temblorosa. «Pero, ¿por qué me siento así? Lo he visto una vez a la semana durante tres meses, hasta que se fueron de viaje, sin temblar y comportarme como una niña enajenada por alguna estrella. Hasta que pensé que había adquirido ya cierta inmunidad a través de la vacuna. Creí que tenía encaminada otra vez mi vida...»

«Y si noté que Steve Harrow siempre sería una herida, una cicatriz, sabía por lo menos que el dolor iba desvaneciéndose. Sí, Morgan, desvaneciéndose», se recordó, «aunque quizá nunca del todo».

«Ya sé», se contestó, pero por lo menos había comprobado que podía sobrevivir con ello.

Movía el líquido en su copa...

—Entonces, ¿por qué me siento así? —murmuró en voz alta—, ¿por qué...?

Se sobresaltó cuando alguien llamó a la puerta. Primero, miró asustada alrededor, luego se dominó con una fuerza de voluntad extrema. Quitó la copa de la vista, y se peinó con los dedos. Enseguida atravesó la habitación, abrió la puerta, y respiró profundo. En el primer instante, lo único que vio fueron sus ojos, esos ojos de azul profundo que se clavaron en los suyos, sin sonrisa, pero con una intensidad indescriptible.

Sin darse cuenta, se humedeció los labios y retrocedió un paso, como si quisiera dar cabida al impacto de esta mirada.

—Entra —dijo, sintiéndose más tensa que nunca. Bajó la vista y buscó el tono correcto—, también tú pareces más alto —y pensó de inmediato por qué había dicho eso. Steve parecía haber crecido, y sus hombros estaban más anchos—. O yo —se estaba metiendo en un lío sin poder evitarlo—, o yo me he encogido —terminó con una ligereza por completo falsa.

Se volvió.

—¿Quisieras... aceptas una copa? —lo miró por encima del hombro y le pareció que estaba más relajado.

—Me gustaría —sonrió Steve y guardó las manos en los bolsillos del pantalón. Entró en la sala y miró alrededor—. Estoy hastiado de té y azúcar. Algo más fuerte es bienvenido.

Ella se volvió de repente, y casi chocaron.

—Perdón —dijo Morgan apresurada y trató de pensar, pero él la detuvo con una mano.

—No hay prisa —hizo una mueca—. ¿Cómo estás? Te veo más delgada.

—¿Sí? No lo había notado —aparentó indiferencia cuando él la miró con ojos entrecerrados de arriba abajo—. Quizá estoy trabajando demasiado —sugirió nerviosa por sentir su mano en el hombro—. Estuvimos muy ocupados las últimas semanas. Ryan no deja de quejarse. Hasta dice... —se interrumpió y sintió que la sangre le subía a la cara.

—Hasta dice, ¿qué?

—Dice que el trabajo bloquea su vida amorosa —murmuró y se liberó de su mano.

—Ryan me da lástima —se burló Steve.

Morgan se volvió y se acercó a la alacena donde tenía guardada una botella de brandy.

—¿Está bien éste? —le alcanzó la botella para la inspección—. Es todo lo que tengo.

—Muy bien. ¿Y tu vida amorosa, Morgan, también está bloqueada?

Se extrañó porque todo su nerviosismo desapareció de repente. «Quizá investigar esta cuestión dos veces en un solo día, me calmó», pensó y le sirvió una copa. Levantó los hombros y le alcanzó su bebida.

—No se puede obstruir algo inexistente, ¿verdad? Pero siento que tu libro ha sufrido un poco. Había planeado tenerlo listo para cuando regresaras.

—No te preocupes. Estoy seguro de que hiciste lo mejor. ¿No me vas a acompañar? —preguntó y señaló su copa, mientras se sentaba.

Morgan titubeó, luego sacó la copa que había escondido.

—De hecho, me adelanté —confesó y se sentó.

—Brad...

—Yo.

Hablaron al mismo tiempo, luego sonrieron.

—Sigue —dijo él.

—Iba a decir que Brad parece otro muchacho —acarició con un dedo la orilla de su copa.

—Espero que sí. Está preparado para ir por su certificado de enseñanza media y seguir en la universidad.

—No me digas que ya le gustó tu trabajo.

—Quizá —hizo una mueca—: Por mí, creo que será ingeniero si hace un esfuerzo. Por cierto, mostró mucho talento. Pero por lo menos empezó a pensar, en vez de existir entre una desgracia y otra. Me dijo que ya no iba a jugar en las clases que le das.

—¡Dios me ayude! —levantó las cejas—, si es tan buen estudiante como lo es para bromas y juegos, estaré ocupada.

—Sé a lo que te refieres —sonrió Steve—. Toda esta energía puede ser agotadora. Morgan, ¿por qué me hiciste creer que te pagan las clases que das a estos niños?

—¿Dije eso? —contestó después de un instante con voz ligera—, ¡ah sí, ahora lo recuerdo! Por algún mecanismo de defensa, supongo. No quería que sintieras lástima por mí, además, en aquel momento no quería tu trabajo. ¿Por qué?

—Bueno —hizo un ademán con la mano—, ¿cómo explicarlo? De alguna forma me hizo pensar que acumular dinero era algo muy importante para ti. Yo...

—Pero es importante —lo interrumpió con seriedad—. Sin él me siento insegura. Yo creo que la mayoría de la gente siente así. Pero tampoco soy una mercenaria. ¿Qué crees tú?

Steve miró su copa y demoró en contestar.

—Tengo que confesar que en días pasados estuve alentando la idea sucia de

que la única manera de convencerte de ir a la cama conmigo, sería ofreciéndote dinero. ¡No, no me vayas a abofetear, Morgan! —añadió en broma, cuando ella inhaló muy fuerte—. Yo sé que juramos no hablar del tema, pero como logramos con tanta perfección suprimir nuestra relación personal, podría ofrecer disculpas —levantó la vista y se encontró con su mirada.

—Disculpa aceptada —logró decir al fin Morgan.

—Pero, todavía me pregunto —continuó diciendo él—, cómo fue que te metiste en tantos problemas económicos. ¿No me podrías ayudar?

—Fue... —se levantó—, digamos que fue dinero bien gastado —cerró los ojos durante un instante y se preguntó, por qué no podía hablar con él sobre su padre.

La mano de Steve en su hombro la sacó de sus reflexiones.

—¿Qué sucede? —preguntó con gentileza cuando levantó la vista—, parece como si algo te lastimara mucho.

—Nada —respondió insegura—, estoy bien. Es... estuve tan ocupada que ni siquiera pude almorzar.

—Ojalá pudiera creerte —observó su cara y habló con mucha calma—. Pero no puedo. ¿No estás... pasando algo similar con otro hombre como aquella vez conmigo, Morgan? ¿Es eso lo que te da este aspecto de ser torturada?

—No, por supuesto que no. Ya estamos otra vez con todas estas suposiciones.

—¿Es eso, Morgan? ¿Otro hombre?

—No. Yo... bueno sí, pero no como tú crees... —se interrumpió por el dolor de sus dedos encajados en su hombro. De repente, él dejó caer las manos y se volvió.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó con voz extrañamente controlada—. Como me ha sucedido, quizá podría ayudarte en algo. ¿Le parece un poco rudo este juego platónico a ese otro hombre? ¿O decidiste por fin que el encuentro entre dos mentes no es la única forma en que dos personas pueden comunicarse?

—No es nada así —dijo entre dientes, furiosa tanto por sus invenciones e insinuaciones como por su voz sardónica—. Además no te metas en algo que

te es ajeno —añadió con frialdad.

—No me es ajeno —arguyó y un brillo peligroso apreció en sus ojos—. Como antropólogo, me parece fascinante el comportamiento humano puro. Quizá podría encontrar un lugar para ti en mi tesis, Morgan querida...

—Sal de aquí —gritó furiosa—, sal de inmediato antes que te eche. ¡Cómo te atreves...!

Pero él no le hizo caso y se echó a reír.

—¿Por qué no lo intentas? —la invitó con una sonrisa sarcástica.

Fue la gota que llenó la copa y Morgan se le abalanzó, tratando de borrar esa risa de su cara, aunque fuera lo último que hiciera en la vida. En su furia perdió toda la razón.

Pero sus manos nunca llegaron hasta el rostro masculino, porque con un movimiento veloz, sin esfuerzo, Steve agarró las manos de la joven y se las detuvo en la espalda.

Desesperada, trató de liberarse, respirando con esfuerzo, pero sus brazos eran como tiras de metal alrededor de su cuerpo y la presionaba contra sí de modo que la joven sentía sus muslos contra los suyos. La forzó a inclinarse hacia atrás. Pero el dolor en sus hombros estuvo acompañado por otras sensaciones que no se atrevió a llamar por su nombre, aunque tampoco las pudo ignorar. Con un suspiró dejó de luchar, para caer en sus brazos como rama quebrada, el cabello esparcido sobre su brazo y la cara pálida levantada hacia la de él.

—Mira —Steve soltó sus muñecas para acomodar los brazos alrededor del cuerpo delicado—. No te comprenderé jamás, Morgan. Tienes todas las armas que una mujer pudiera desear, pero eres incapaz de usarlas —su mirada recorrió la cara pálida—. Lo que te hace falta, es una lección de amor, antes que lleves al caos a un hombre.

Los ojos de ella se abrieron más y uno de sus brazos colgó sin fuerza, cuando la levantó y la llevó al sofá. La depositó allí y se sentó a su lado, no sin abrazarla de nuevo.

—Lo que debemos hacer, Morgan, es romper las barreras —dijo con voz ruda. Con gentileza desabotonó la blusa, desabrochó el sostén, y ella tembló al sentir sus dedos calientes deslizarse por su espalda. Pero sus ojos

permanecieron fijos y ausentes.

Steve frunció el ceño y ella tembló de nuevo al ver la violencia apenas controlada en sus ojos, mientras que los dedos exploraron su espalda hasta llegar a la cintura. La chica se puso tensa, y notó de inmediato que fue una reacción equivocada: las pupilas de Steve, al ver éste que ella ignoró los movimientos de sus manos, se contrajeron más.

Respiró fuerte, trató de relajarse, pero fue demasiado tarde. Él se sentó, todavía rodeando su cuerpo con los brazos, y le volvió a acomodar el sostén y la blusa.

—Nunca pensé que podría llegar a violar a alguien, Glamorgan, pero estoy seguro de que sería una causa justa. Lo que no adviertes en tu aislamiento espléndido y forzado —sus ojos recorrieron su cara—, es que en una situación de amor, lo que cuenta es lo que le das a tu compañero. Si pudieras dar alegría a un hombre sin preocuparte por una sola vez de ti misma, de tus inhibiciones y depresiones, no habría necesidad de temer que saldrías empobrecida de la experiencia. Porque eso es lo que te pasa —terminó en voz baja.

Ella cerró los ojos y experimentó una sensación agradable cuando las manos masculinas encontraron sus senos, acariciándolos con gentileza.

—Porque ésta es la base de una relación verdadera. Esto —siguió sin represión alguna y tocó con los labios su cuello—. Si das todo a un hombre, con deseos, ansiedad, sin egoísmo, consigues a cambio la llave de su alma.

Morgan gimió cuando él exploró la piel suave detrás de sus orejas, y luego se apoderó de sus labios sin dejar de acariciarle los senos.

Fue un beso que venció la mente y parecía durar para siempre... por lo menos hasta que ella arqueó el cuerpo contra el de Steve, ardiendo de deseo y sin preocupación alguna, como nunca le había sucedido.

Por fin los labios de él dejaron los suyos. Sabía que no podía negarse el lujo de acariciarlo, de deslizar las manos sobre sus hombros bajo la camisa. Pero cuando el pensamiento casi era hecho, fue interrumpido de nuevo por su voz.

—Y, luego mi querida Morgan, cuando tengas la llave de su alma, podrás llegar a la comunicación mental, que es lo que estás buscando. ¿Crees que no lo sé?

Su mano, tensa, quedó suspendida en el aire.

—¿Crees que yo no lo sé? —preguntó de nuevo Steve, y sus ojos la escudriñaron antes de acercársele más—. Pero no puede existir una cosa sin la otra. No, Glamorgan. Cuando vayas con aquel otro hombre, recuerda lo que te enseñó tu viejo profesor, ¿sí? Solías aceptar mi palabra como el evangelio en aquellos días. Acéptala ahora —la soltó y se sentó en el extremo del sofá—. He conocido mujeres tanto en el trabajo como afuera, que no son brillantes ni muy educadas, pero tienen un carácter cálido y saben amar. Estarías sorprendida por el respeto, la admiración, incluso la adoración que reciben de parte de sus hombres. Y estarías sorprendida por la sabiduría básica que demuestran. A ti te abandonarían por pensar que estás muerta. Piensa eso, Morgan —se levantó molesto—. Por una vez, ve las cosas desde un punto de vista distinto. Pregúntate si te estás sobreestimando, fuera del mundo de los seres vivos, que respiran. No muñecas. No hay más que un solo camino para curarte, Glamorgan. Acabo de comprobarte que no eres frígida... permite que aquel hombre descubra lo demás, si te atreves.

Ella ladeó la cabeza y vio afligida que él caminaba hacia la puerta. Pero se detuvo y le lanzó una mirada extraña, impersonal.

—También es cierto —dijo con voz satírica—, y no lo he negado jamás, que eres una secretaria espléndida, de las mejores. Quizá eso se podría poner en tu lápida —se mordió un nudillo, reflexionando—. ¿Cómo te suena esto?

Aquí yace Glamorgan Jones

Secretaria fuera de lo común

Mecanógrafa que nunca vivió aquí

Un robot, de hecho, pero ¿existió?

No

Sólo estuvo en la lista de los vivos y en la de los muertos.

Morgan gimió bajo la burla cruel. Pero Steve no había terminado todavía añadió el tiro de gracia:

—A propósito, le dije a Brad que irías a mi casa el sábado y le prometí que lo llevarías. Entonces, nos veremos el sábado. O por lo menos veré tu sombra —

cerró con suavidad la puerta detrás de sí.

Si Morgan tenía ojeras por la falta de sueño la noche anterior, y si se movía como triste fantasma, también Ryan estuvo preocupado, notó agradecida a través de la niebla de su desdicha.

Y algo que tenía que ver con Ryan estaba flotando, una idea molesta. Pero no logró atraparlo, de modo que dedicó sus esfuerzos a la difícil tarea de concentrarse en su trabajo.

Pasó la mitad de la mañana antes que pudieran interrumpir para tomar una taza de café, y hasta entonces, Ryan dijo:

—Tú lo sabías, Morgan, ¿verdad? —su voz estaba llena de amargura, de modo que ella detuvo la taza a medio camino hacia la boca y preguntó:

—¿Sabía qué? ¿De qué estás hablando? ¿Qué sucede, Ryan? —añadió con más urgencia, al ver su desolación.

Una serie de posibilidades cruzó su mente, mientras que él evitó su mirada. ¿Lo habrán despedido? No. Descartó esta idea. Su recuerdo volvió a la escena de aquella señora, testigos del comentario sobre la necesidad de «juguetear». Quizá ella había dejado una queja muy fuerte... ¿habrían reprendido severamente a Ryan por eso?

—¡Por Dios, Ryan! ¿Qué sucede? —preguntó al fin desesperada.

—Tú mirada ingenua no me engaña, Morgan —contestó al fin con desdén—. ¿Sabías que está comprometida? Y no sólo comprometida, sino, como si no fuera suficiente —enfaticó con ira cada palabra—, comprometida con un jugador de rugby de la selección de Queensland. ¿Te das cuenta de que pudo haberme hecho picadillo, con una mano amarrada en la espalda? —la miró con fijeza.

—¡Oh, Ryan! —exclamó, despreocupada y sin poder evitar la risa—, ¿te refieres a Jenny White de reservaciones Qantas? No, no lo sabía. Quiero decir —se corrigió—, sabía que estaba comprometida, pero ignoraba que él fuera... tan formidable.

—Pero estuviste muy dispuesta a ponerme una trampa, Morgan, y yo allí, avergonzado, con cara de tonto, para no volver a mencionar...

Morgan se cubrió las orejas con las manos.

—No digas más, Ryan —pidió al fin—, me va a dar un ataque.

—No te mereces menos por tu crueldad, falta de corazón... ¿así es como tratas a los amigos? —preguntó.

—Mira —siguió riendo—, yo no tenía que ver en ese asunto. Sólo sabía que eras el muchacho más insistente que Jenny había conocido en toda su vida, porque me lo dijo por teléfono. Que no aceptabas un no como respuesta. Así que le pregunté si te había dicho que está comprometida y me dijo que no, que no había razón alguna para decírtelo. Y me preguntó que si no era suficiente una simple negativa, decir que no estaba interesada en salir contigo. Ahora, tengo que confesar que anoche estuve pensando, si no tenía en mente darte una lección. ¿Estuvo muy grave? —preguntó sin simpatía, pero sin dejar de sonreír.

—Trata de imaginártelo —Ryan siguió triste—, el lugar estaba lleno de gente, pero la reconocí de inmediato por el uniforme. Me acerqué, ¡tenía razón cuando decía que era una mujer maravillosa! Bueno, me presentó a ese mono pero no le hice caso; después de tantas semanas de trabajo, no se me antojó compartirla con nadie. Pero él siguió allí junto, y al fin le dije que se largara. Como un segundo después, noté un anillo gigantesco, de diamantes, en su dedo, de hecho, lo vi en el momento exacto que me salieron las palabras de la boca... hasta entonces no me enteré de quién era. De todos los trucos feos, éste fue el más bajo, te lo digo, Morgan.

—¡Oh, Dios! —Morgan cayó en otro ataque de risa—, ¿qué hizo él?

—Nada —dijo Ryan—, sólo me miraba de arriba abajo, y todavía tuvo el descaro de ofrecermé una cerveza —empezó a reír y agregó—: Yo ignoraba mi talento para dar brincos hacia atrás. Fue un golpe muy duro para mi ego, Morgan. Quizá nunca me recupere, ¿te das cuenta? —añadió lastimeramente, pero con un brillo en sus ojos.

—Sí, Ryan, te recuperarás. Aunque la idea no estaría mal, de ser más cuidadoso en el futuro —sugirió.

—Quizá. Pero no puede haber tantos jugadores de ese tamaño para espantarme, ¿cierto, Morgan?

—¿Ves? Ya te recuperaste —rió Morgan.

—Bueno —se enderezó y su rostro se puso serio de repente—. Sí supieras qué equivocada estás, Morgan, qué equivocada...

—¿Supiera qué? —preguntó ella con una sensación repentina de incomodidad.

Un corto silencio fue interrumpido al fin por la voz de Ryan, no muy segura.

—Si supieras cuánto dolor estas travesuras deben tapar, y qué poco cubren realmente. Perdona mis intentos de darte consejos. Yo... no sabía... no sabía cómo era esto.

—Ryan —murmuró Morgan—, Ryan, yo estaba segura de que te habías recuperado de la experiencia con Sheila.

Él hizo una mueca de dolor.

—Así como me siento, dudo que lo lograré. Pero me imagino que a ti no tengo que describirte este sentimiento. ¿Regresó?

—Sí —respondió insegura.

—Es lo que pensé. ¿Te dijo algo acerca de Sheila?

—No —murmuró ella—, ¿la has visto?

Ryan movió la cabeza para afirmar.

—Varias veces. Ella... yo le presto mi hombro para que tenga dónde llorar. Obtuvo la orden de marcharse. Parece que hubo una disputa por el viaje a Lord Howe. Ella no lo había consultado antes de hacer las reservaciones.

—No lo sabía —Morgan apenas pudo controlar el temblor en su voz—, es decir, que no fueron a la isla. Pensé que ella había ido con ellos a acampar.

—Me imagino que hubiera hecho hasta eso, si él la hubiese invitado —encogió los hombros—. Pienso que... no sé, pero hasta que Steve no se case con alguien, ella no va a desistir... en su interior, quiero decir. Parece que hay un lazo muy fuerte que ella no puede cortar.

Morgan cerró los ojos.

—Espero que no me recomiendes a mí para esa posición, Ryan. Estaría encantada si pudiera hacer algo por ti, ya sé, suena loco, pero... bueno... —

dejó de hablar. No pudo pronunciar una palabra más.

—Y no puedo negar que no estaría encantado de arreglar algo, por el bien de ella, aunque ni siquiera fuera lo mejor para mí. Lo cual sólo demuestra lo que el verdadero amor puede lograr —añadió Ryan con un intento fallido de ligereza.

—Quizá ella logre algo por sí misma —opinó Morgan.

—Yo creo que te estima bastante, o de lo contrario no te hubiera contado tantas intimidades. Quizá con el tiempo...

—Quizá —Ryan se volvió.

Capítulo 9

Durante el resto de la semana, Morgan se encontró en un dilema todavía peor que los acostumbrados. Pensar en Sheila aumentó su sentimiento de injuria contra Steve Harrow; una y otra vez veía el rostro bello, distorsionado. Esto, junto con la ira por la forma en que su jefe la había tratado en su último encuentro, la llevó a una decisión drástica una noche, cuando escribía con rapidez en la máquina de escribir de él que se había llevado a su casa para trabajar durante su ausencia.

Con un suspiro puso la última hoja corregida encima de las demás, y se estiró. Luego, miró las casi doscientas hojas, aunque sin ver.

—Eso es —murmuró—. Pagué mi deuda. No tengo que volver a verlo jamás, ni pretendo hacerlo. El único problema... —se interrumpió y se mordió un dedo—, el único problema es: ¿cómo devolverle la máquina y cómo explicar a Brad que no iré el sábado?

Cerró los ojos y suspiró. «Qué desorden», pensó. Su mente volvió sin querer a aquel encuentro anterior, tan desastroso. ¡Qué atrevimiento! Sintió cómo una llama de ira la quemaba cuando recordó el epitafio.

A la mañana siguiente, Ryan descubrió que todavía estaba molesta.

—¿Viste otra vez a Steve Harrow? —preguntó, en apariencia despreocupado.

—¡No! —casi le gritó—, y no pretendo volver a verlo.

—Así que ya no trabajas para él. ¿Lo dejaste a medias?

—No —contestó entre dientes—, trabajé hasta el cansancio toda la semana. Sólo falta llevarle las cosas... —se interrumpió cuando vio la mirada de Ryan, de repente alarmada—. ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? No sé. ¿Significa eso que todavía no sabe nada de tu decisión?

Apretó los labios y se negó a contestar.

—Si me cuentas, Morgan, también te cuento los planes locos que he estado haciendo.

—Sabía que tenías algo en mente —lo miró con desgana—. Bueno, primero tú.

—Mira —dijo Ryan con cautela—, se me ocurrió que él necesita un estímulo. Porque, si me preguntas, estaba demasiado suave contigo, querida. Lo que tiene que hacer, es darte una buena sacudida.

—¿Demasiado suave? —Morgan se indignó—. Estás bromeando. Él... pero sigue, me parece fascinante —dijo con sarcasmo.

—Bueno, pensé que si lo podría provocar, para que se pusiera celoso, es decir, hacerle creer que a lo mejor él falló, no tú ¿consideras que podría resultar el truco? —terminó con humildad.

—¿Cómo piensas lograr eso, Ryan? —preguntó Morgan confundida.

—Pese a tener un cerebro tan poderoso, todavía no se me ha ocurrido nada. Oye, ¿estás escuchándome?

—Oh, Ryan, alguien debería haberme prevenido acerca de ti. ¿Cómo crees que lo tomaría Sheila? Mira, aprecio tus motivos, pero no es solución alguna. Y si no me crees, pregúntale a Sheila.

Él la miró y al fin dijo con esfuerzo:

—Sheila no me lo agradecería ahora, pero estoy seguro de que sería la única solución para ella. Estoy dispuesto a esperar, Morgan. Y también estoy seguro de que es la única solución para ti. Bueno, bueno —levantó una mano—, no lo digas, Morgan. Pero, prometiste que me contarías algo a cambio de estas confidencias.

—No te contaré nada hasta que no me prometas que abandonarás la locura de provocar los celos de Steve.

—Prometido. Reconozco que fue una idea descabellada.

—Estoy feliz de que digas eso —su tono era sardónico, ahora no he pasado a las noticias buenas. Pero lo haré... ¿puedo servirle en algo? —preguntó a un cliente que acababa de entrar, y con la sensación de haberse salvado, se metió a organizar un tour complicado, por todos los establos donde criaban caballos, en el sur. El hombre, un apostador empedernido, había pasado todo el invierno en las carreras de Queensland, y ahora su mayor ambición era ser propietario de un buen caballo.

Una sola vez pensó qué fácil era encontrar cocodrilos; al fin, desesperada por

las burlas de Ryan, llamó por teléfono a un club hípico, para pedir, casi con lágrimas en los ojos, al joven que la atendió, que le consiguiera toda la información posible acerca de los establos del sur.

—Por lo menos su ubicación —pidió con voz confidencial—, soy consejera para turistas y tengo aquí a una persona decidida a visitar todos los establos de Australia. Nuestro lema es que ningún viaje es extenso o demasiado corto para nosotros. ¿Puede ayudarme?

—Por supuesto que sí —respondió la voz al otro lado. Hubo una ligera pausa, luego—: ¿Usted tiene una hora para almorzar? Así me daría un poco de tiempo para juntar toda la información, y estaré feliz de entregársela personalmente. Digamos, ¿en una hora? —mencionó un pequeño restaurante en un hotel del centro.

Morgan tosió y miró la cara ansiosa de su cliente.

—Muy bien —aceptó sin entusiasmo—. ¿Cómo lo reconozco?

—Tendré un clavel rojo prendido en el ojal. Hasta la vista, señorita Jones.

La joven colgó y apretó los labios.

—En lo que me metiste —murmuró con una mueca hacia Ryan, y luego, con una sonrisa encantadora para su cliente, le aseguró que dentro de pocas horas tendría toda la información requerida.

Morgan vio el clavel rojo, prendido de un traje muy bien cortado; llena de pena, pensó, qué engañosa podía ser una voz. Porque ese señor no era ningún joven parecido a Ryan, como lo había imaginado. Frente a ella estaba un hombre entrado en años, con modales excelentes aunque sofisticados, bigote cuidado, y mirada lánguida.

—Encantado —le estrechó la mano, y siguió con una voz de buen timbre y muy educada—: ¿Cómo está, señorita Jones?

—Encantada —respondió Morgan y se esforzó por aparentar ser una dama de mundo ante la mirada especulativa de su acompañante.

—¿Sabe? —dijo él sin soltar su mano—, se me acaba de ocurrir una idea superior. Creo que estaríamos mucho mejor en un restaurante propiamente dicho. Da la casualidad que conozco uno con un guiso muy especial a estas

horas. ¿Qué me dice?

—Maravilloso —dijo un poco desconcertada, y suprimió una sonrisa triste, cuando por fin liberó su mano.

El restaurante era elegante y concurrido. Parecía que mucha gente sabía del guiso especial, pensó Morgan, cuando fueron llevados a una mesa pequeña, cerca de otra más grande, ocupada por un grupo que atraía no sólo la curiosidad de los demás, sino también de la prensa.

Morgan entrecerró los ojos a causa de la luz del flash, y se preguntó, quién estaría al lado.

—Ahora —inició la charla su acompañante—, ¿por qué no me cuenta todo acerca de usted, querida?

Morgan nunca supo bien qué la llevó a seguir el juego. Pero su voz era, sin duda, provocativa.

—Dígame primero algo sobre los establos —pidió—. Mi trabajo depende de ello.

Él la miró divertido y movió la copa de vino.

—Traigo todo escrito —contestó y puso la copa en la mesa, para sacar varios papeles del cartapacio—. Aquí está, querida. Incluso le traje un catálogo impreso. Todo está allí —terminó con seguridad.

—Muchas gracias —Morgan permitió que sus ojos expresaran más que esto—. Si usted supiera lo que significa esto para mí...

—¿Por qué no me lo cuenta? —tomó un sorbo de vino.

Morgan reflexionó mientras jugaba con la sopa.

—Mi jefe —explicó con un tono de urgencia que daba crédito a sus insospechadas habilidades de actuación—. Es... bueno, un desalmado.

—Siga —la alentó su acompañante.

—Me está amenazando —su voz era trágica.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno —Morgan bajó la vista y decidió que la sopa estaba exquisita—.

Póngalo de la siguiente manera: Yo sé que si voy a la cama con él, no tendría que preocuparme acerca de la calidad de mi trabajo. Pero —añadió llena de tristeza—, como no accedo, me está molestando todo el tiempo. Si lo pudiese ver —su voz se perdió a la vez que se disculpaba en silencio; su jefe era un hombre amable, y dedicado por completo a su esposa y a sus cinco hijos. Con un temblor dramático, siguió—: Me enferma.

—Oh, querida —murmuró su acompañante y cubrió su mano con la suya—, mi querida muchacha —repitió cuando levantó la vista y la fijó en sus ojos, con todo el alma.

La luz de un flash devolvió a Morgan a la realidad. Estuvo muy cerca. Pero siguió actuando como en una obra de teatro. Con una mano se tapó la boca, entre otras razones para ocultar la risa, y entrada en acción, se levantó con el último bocado, cogió los papeles y dijo:

—Me tengo que ir, ya hablé demasiado... ¡oh, cómo le puedo agradecer el almuerzo también! —salió sin otra mirada hacia atrás.

—Ya —dijo a su cliente, un poco más tarde—, ya está.

—Usted hizo un milagro, señorita Jones —contestó entusiasmado de comprar el sucesor de Phar Lap, o de Bernborough... —sus ojos se llenaron de lágrimas, y Morgan vio cómo se pegó en la frente con un puño.

—¿Qué sucede? —preguntó asustada.

—Eché a perder todo. Bueno, casi todo —dijo con voz trágica y sacó un pequeño radio del bolsillo—. En las carreras de hoy. No es justo, ¿no cree usted? Quiero decir, el primer caballo que escogí, por casualidad ganó por cinco cuerpos, veinte a uno. Pero mi elección en la segunda carrera, que además era el favorito, cinco a dos, corrió como si jamás en su vida lo hubiera hecho.

—¿Quiere decir que ya no hará este viaje? —preguntó Morgan con voz quebrada.

—Es triste, pero no. No este año, querida. Pero no puedo agradecer más todo lo que hizo por mí. Si algún día cambia mi situación, le aseguro que regresaré con usted... ¿me puedo quedar con esta información? Para estudiarla y soñar un poco —dijo con ingenuidad y se despidió, ya casi en la puerta.

—No te atrevas a reír —amenazó Morgan a Ryan—. Si supieras lo que tuve que soportar para obtener esto.

La mañana siguiente, un jueves, poco antes de abrir la oficina, Ryan leía el periódico.

—¡Mira! —silbó y alcanzó el periódico a Morgan—, lee eso —sugirió en tono jovial.

Morgan miró la página y cerró los ojos.

—Léelo —insistió Ryan y por encima del hombro de ella señalaba cada línea del texto con un dedo. La fotografía era, sin duda, de ella, mirando con ojos perdidos al acompañante del almuerzo del día anterior.

—El hombre de sociedad, Errol Soames, sorprendido en un instante íntimo con una bella y misteriosa dama, ayer a la hora del almuerzo. El señor Soames negó toda información acerca de la identidad de la joven, pero a juzgar por su mirada... parecía muy entregado a su maravillosa acompañante.

—Negó toda información, ¿eh? Me pregunto por qué —dijo Ryan con curiosidad.

—Posiblemente porque sólo conoce mi apellido —contestó Morgan.

—Pero, ¿sabe dónde trabajas?

—Sí —respondió amargada—, pero si entra por esta puerta, yo me salgo por la de atrás, corriendo, y tú hablas con él.

—¿Por qué yo? —protestó Ryan con una risa.

—Porque si no me hubieras vuelto loca con todas tus preguntas ayer, no me habría metido en esto.

—Pero, ¿por qué lo ves de esa forma? —Ryan no soportaba la risa.

—Qué te importa.

—¿Ya le contaste a Steve Harrow que no seguirás trabajando para él?

—¿Qué tiene que ver eso? —perdió el control de su voz.

—No, nada —se apresuró Ryana asegurar—. ¿Pero le dijiste?

—No, todavía no —le costó trabajo contestar—. Pero lo haré. Y éstas son las

últimas palabras que estoy dispuesta a decir sobre este asunto. ¿Me entiendes, Ryan? —el brillo en sus ojos prometió guerra.

—Sí, mi general —su cortesía era sincera, y cumplió con la promesa durante el resto del día. Si Morgan no hubiera estado tan ocupada habría notado, que para lo absurdo de la situación, él quedó muy pensativo.

Morgan oyó sonar el teléfono cuando se acercó a la puerta de su casa. Aprisa abrió y descolgó el auricular.

—¡Diga!

—Oh, buenas tardes —dijo una voz desconocida—, estuve a punto de renunciar.

—Sí, acabo de llegar. ¿Quién habla? —preguntó Morgan.

—Usted no me conoce, señorita Jones, soy amigo de Steve Harrow, y hablo de parte suya. Sufrió un accidente y se fracturó una pierna...

—¿Cómo...? Quiero decir, ¿está en el hospital? ¿Cuándo pasó? ¿Está bien?

—Enyesado, pero en su propia casa —dijo la voz—. Preguntó por usted, de modo que pensé...

—¿Por mí? —Morgan no lo podía creer—, ¿está usted seguro?

—Bueno, sí. Parece tener que ver con un trabajo que usted está haciendo para él. Mire, estaba pensando, si no tiene nada urgente que hacer hoy en la noche, ¿no podría venir a verlo? Usted sabe cómo son las personas inválidas, sobre todo cuando sufren dolor. ¿Podría hacer eso, señorita Jones? Yo le estaría muy agradecido.

—Yo... yo, bueno —dijo Morgan sin coherencia—, pienso que sí. Si usted está seguro...

—Muy seguro. Digamos, ¿dentro de una hora aproximadamente?

—Yo, sí... —dijo confundida y colgó.

Desconcertada, se apresuró a cambiarse, tomó la máquina de escribir y el manuscrito, y salió corriendo hacia su coche. De paso, sacó su correspondencia del buzón.

Durante todo el viaje hacia el este de la ciudad, se mordía el labio inferior,

asustada, pensando en un Steve herido, condenado a muletas. Luego, otra idea cruzó su mente, cuando llegó a la casa de él y vio que no había ningún otro coche estacionado allí. Frunció el ceño. ¿Estaría solo?

Bajó del coche, con el manuscrito y la máquina, y decidió no llamar a la puerta, ya que no la encontró cerrada con llave. Mientras subía por la escalera, oyó música.

De modo que llegó sin anunciarse. Y lo que vio, la hizo agrandar los ojos.

La sala estaba a media luz, pero con el reflejo del fuego de la chimenea, vio a Steve Harrow, de espaldas a la puerta, mirando el paisaje de Brisbane por la ventana. Algo en su mano despidió un brillo y Morgan reconoció una copa medio llena de un líquido color ámbar. Se la llevó a la boca, la vació y luego, la arrojó a la terraza, con un gesto tan violento de disgusto que Morgan se puso a temblar.

De repente, él se volvió, y cuando la vio, entrecerró los ojos como si no pudiera creerlo.

Ella trató de hablar, pero sintió como si sus cuerdas vocales estuvieran en huelga. Al fin, él rompió el silencio, con la última nota todavía desvaneciéndose en el aire.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó iracundo.

Ella tragó saliva y oyó el click del tocadiscos que se apagó solo.

—¿No estás enyesado? —preguntó y sorprendida lo recorrió con la mirada, desde la camisa abierta hasta el pantalón ajustado.

—¿Enyesado? ¿Por qué debería estar enyesado? —preguntó y frunció el ceño.

—Alguien me llamó por teléfono, un amigo tuyo. Dijo que... que habías preguntado por mí... —su voz se perdió. Puso la máquina en el suelo, porque no sentía mucha seguridad en las piernas.

—¿Yo preguntando por ti? ¿Por qué diablos habría de hacer eso? —su voz era más fría que nunca.

Morgan se llevó una mano a la frente y se preguntó si estaba soñando. Pero otra mirada al disgustado Steve le confirmó que no se trataba de un sueño.

—Mira —explicó con toda la calma posible—, hace una hora, alguien habló por teléfono y dijo que habías tenido un accidente; que te habías fracturado una pierna... y que estabas en tu casa, enyesado... que me querías ver, por el libro —cuando notó que no le creyó, subió la voz e insistió—: Te digo que así fue.

—Así que viniste corriendo como ángel misericordioso —respondió y se tiró en uno de los sillones con un movimiento imprevisto—. No pretendo comprender lo que está pasando, Morgan —dijo y la miró con frialdad—, pero como podrás ver, no tengo ninguna pierna fracturada. ¿Estás segura de que no te ganó tu neurosis por completo? —inquirió con desdén.

—No me gusta decepcionarte —dijo muy tensa—, pero si tú no me puedes dar otra explicación mejor, yo voy a pensar que fue una trampa —golpeó con el pie en el suelo.

—No me gusta repetir, Morgan querida, pero, ¿por qué diablos habría de hacer eso? —la recorrió con la mirada—. ¿No habrás llegado a la sabia conclusión de que mi primera lección tuvo tanto éxito, que quieres tomar otra?

Ella siguió su mirada para caer en un montón de periódicos, y se puso pálida. Porque incluso a esta distancia no le costó trabajo distinguir la página social.

Se mojó los labios y empezó a hablar, pero con tanta incoherencia que ni ella misma entendió, hasta que él llegó a su lado amenazante.

—Deja que te diga algo, señorita Jones —habló entre dientes y con ironía—, vas muy bien, querida. Pese a un inicio lento, aprendiste rápido. Estoy segura de que yo ya sólo podría ser superficial. ¿O quizá viniste a burlarte de mí? ¿Sí? Estás perdiendo tú tiempo, Glamorgan.

Ella retrocedió atemorizada. Luego, la hermosa habitación empezó a dar vueltas, se sintió mareada y sin él, hubiera caído. No pudo evitar, sin embargo, que el manuscrito terminara esparcido en el suelo.

Capítulo 10

Volvió en sí en el canapé y Steve le alcanzó un vaso.

—Toma un trago —dijo tranquilo, cuando ella abrió los ojos.

Tosió al pasar el líquido ardiente por su garganta. Él bajó el vaso y le tomó la mano para frotarla.

—Te desmayaste, Morgan —dijo—, ¿por qué?

—No he...

—No, Morgan —la interrumpió—, no me digas que no almorzaste.

—Bueno, es que... es cierto, pero... —se sentó de repente y gritó con una mano en la boca—: ¡Oh no!

—¿Qué sucede?

—¿Estás seguro de que...?

—Estoy bastante seguro de que no me he fracturado la pierna —se mofó de ella—. Supongo que me hubiera dado cuenta.

—Es decir... ya lo veo, pero... —se volvió a interrumpir, luego preguntó en voz alta—: ¿Ryan? ¿Será capaz...? Oh no, Ryan no pudo haber hecho eso, ¿verdad? —parecía buscar apoyo.

Steve enarcó una ceja burlona y le alcanzó de nuevo el vaso.

—Otro trago —recomendó.

Ella alejó su mano con un movimiento decidido.

—Estoy bien. Pero no entiendo cómo llegué aquí. Yo de hecho, no quería volver a verte —le salieron las lágrimas—. Te iba a mandar tu manuscrito incluso por correo. Y allí está el otro problema no entiendo hacia dónde va tu libro. ¿Sabes —su voz estaba cargada de emoción—, que yo estimaba a Leonie por encima de todas las demás? Pero tú... ésta va a ser la solución, ¿verdad? Ella es la asesina. Pero, ¿por qué?

Él calló un instante y la miraba con ojos entrecerrados.

—Tendrás que seguir leyendo, Morgan. ¿Por qué te atrae Leonie tanto?

—No sé. Quizá porque ella es todo lo que yo nunca podré ser. Alguien con el don de amar sin preguntar. Ama tanto a tu héroe, que, cuando descubre que él estuvo robando secretos y que no hay otra forma de protegerlo, incluso puede decirse por... por el asesinato —su voz se quebró.

—Te adelantaste un poco, Morgan —Steve se levantó—, si lo quiere tanto, ¿por qué no se acusa del robo? Pero muy aparte, ¿no piensas que la gente puede ser llevada a esta clase de extremos por sus sentimientos hacia alguien?

—¿Tú crees? En la realidad, quiero decir —respondió lastimada, y lo miró con ojos todavía llenos de lágrimas.

Pensativo, él la observó.

—¿Yo? —encogió los hombros—. No estoy muy seguro... para volver a la realidad, mencionaste a tu compañero Ryan Clarke antes que nos desviáramos. ¿Qué tiene que ver él con todo este lío?

Morgan se sentó derecha y le quitó el vaso para tomar un trago largo.

—Bueno —dijo confundida—, no tienes ninguna pierna fracturada... pero tan segura como estoy de encontrarme aquí sentada, te juro por Dios que recibí esta llamada. Yo... no imagino quién más pudo haber sido.

—Lo siento, pero no entiendo —Steve fue por otra copa—. ¿Este Ryan es algo como la carta máxima, un Joker extraordinario en este juego?

—No... en realidad no —se mordió los labios con el deseo de no haber mencionado a Ryan jamás.

Steve regresó y se sentó a su lado.

—No lo es —sonó muy paciente, como tranquilizando a un niño—. Pero es posible que te haya mandado en una carrera desalmada hasta aquí arriba, por lo que admities. ¿Por qué habría de hacer eso? —la miró lleno de ironía.

—Porque... porque cree... lo mismo que tú. O que tú creías —se interrumpió. «¿Qué estoy diciendo?», se preguntó. «Oh, Ryan, si te pudiera ahorcar en este mismo instante. Debes haber sido tú. Con razón me estuviste preguntando a cada rato sí...»

Volvió la cabeza hacia el otro lado y siguió bebiendo, y Steve parecía divertido.

—Tengo que reír —dijo con cortesía exagerada, y le estrechó una mano—. Si fuera tú, no bebería demasiado rápido, y menos con el estómago vacío —señaló su vaso.

—¿No me crees que fue él?

—Para ser honesto, Morgan, estoy confundido, tanto por los posibles motivos de Ryan, como por el resto. Para empezar, debe estar alguien más en el juego, o hubieras reconocido la voz, ¿cierto? Y otra cosa... ¿cómo podría saber si yo iba a estar en casa hoy en la noche? Me pregunto... —se levantó y fue hacia el teléfono.

—Te preguntas ¿qué? —inquirió ella con ansiedad.

Él consultó el directorio.

—Recibí una llamada hace rato del servicio internacional de teléfonos, para avisarme que tenían una reservación para una llamada trasatlántica para las ocho de la noche. No reconocí el nombre que me dijeron, pero les aseguré que podían pasarla porque estaría toda la noche.

Marcó un número y se apoyó en la pared, mientras llevó a cabo su investigación.

—Entiendo. ¿Está segura? —inquirió después de varias preguntas—. No, no se preocupe. Muchas gracias —colgó y se volvió hacia Morgan.

—Llamada falsa —dijo tranquilo—, ¡qué forma tan ingenua de asegurar que alguien está en su casa! Morgan —se acercó al canapé con mirada inquisidora—, voy a preparar algo de comer. Mientras, trata de encontrar los posibles motivos de Ryan; me interesan —añadió con un brillo inesperado en los ojos que le confirmaron que esta vez no se iba a salvar con tanta facilidad. Cuando empezó a moverse, la detuvo con una mano—: No, relájate aquí, frente a la chimenea —le ordenó.

Morgan obedeció por dos razones: se sentía demasiado débil para oponerse, y también sabía, por alguna razón extraña, que él no dudaría en detenerla en caso de que tratara de salir.

Observó las llamas y recordó la ira y dureza de Steve cuando llegó ella. Aun antes de saber, que estuviera detrás de él, se enteró, y tembló al acordarse de la copa arrojada.

«Pero no tenía que ver conmigo», reflexionó. «Quizá...» de repente se sentó. ¿Quizá tenía que ver con Sheila? Oh, no. ¿Podría haber funcionado al revés el plan loco de Ryan? ¿Era posible que Sheila usara a Ryan, para poner celoso a Steve?

Tomó otro sorbo de su bebida. «¿Estará pensando...? Quizá él se arrepintió de haber echado a Sheila. ¡Oh, Dios mío!»

Escuchó ruidos provenientes de la cocina, y trató de concentrarse. ¿Qué iba a decir? ¿La verdad? ¿Qué Ryan se había enamorado de Sheila? Y más, o peor, que ella misma se comportaba de un modo terco en cuanto a... pero, ¿cómo podría decirle eso? «Mira, Steve», se burló de sí misma, «Ryan está convencido de que estoy perdidamente enamorada de ti, y por ello decidió obligarnos a estar juntos».

Se imaginó la respuesta y se arrepintió cuando el objeto de sus pensamientos se acercó con una mesa con ruedas. Se puso colorada, y para esconder su incomodidad, fijó la mirada en la cena servida para dos.

Sin poder evitarlo, inhaló profundo.

Steve le alcanzó una servilleta y acercó otra silla.

—Sopa de hongos hecha en casa, y pollo envinado. ¿Qué te parece?

—Delicioso. Tienes tantos talentos que a veces estoy sorprendida —le lanzó una mirada de soslayo para ver, cómo reaccionaba con ese intento de normalizar un poco esa situación peculiar.

—Gracias —dijo con cortesía—. Fuentes confiables me han informado que también tú haces maravillas en la cocina.

—Si te refieres a Brad —dijo con una mueca—, aunque tenga el apetito más grande del mundo, no creo que sea un verdadero gourmet.

Él sonrió.

—Tienes razón acerca de su apetito. Temía que iba a tener que servirle raíces, o regresarnos antes de tiempo del viaje, porque nos dejaría sin alimentos. Y, ¿cómo está?

—Bastante bien. Yo... no tuve mucho tiempo esta semana para él, pero le prometí... —su voz se desvaneció, pero volvió a intentar—: Lo que quiero

decir...

—Lo que quieres decir es que le dedicarás más tiempo, una vez que te hayas liberado de mi manuscrito... ¿y de mí también? —preguntó Steve con un tono irónico.

—No me liberé —contestó con firmeza—. Todo lo que llevas escrito, está revisado, y para hablar en términos financieros, pagué mi deuda, incluso un poco más —se volvió y notó que todo su trabajo había sido recogido sin cuidado, y puesto sobre la mesa grande.

—Sin embargo, pensabas —habló Steve mientras servía el pollo—, que habíamos quedado en trabajar juntos hasta que estuviera terminado el libro. Aunque dijiste hace rato que decidiste no volver a verme. Me pregunto por qué. ¿Por lo que sucedió la última vez que nos vimos? ¿Porque estás decepcionada con mi modo de tratar a Leonie? ¿O porque...?

—¿No crees que tenía derecho de disgustarme a causa del último encuentro ? —la sola pregunta la sacudió.

—Si te viene el saco... —una vez más la recorrió con la mirada—. Hablando de sacos —siguió sin dejarse impresionar por su mirada furiosa—, ¿no te quieres quitar la chaqueta? La necesitarás más tarde, cuando regreses a tu casa.

Morgan quedó perpleja. Luego, se fijó en su chaqueta de terciopelo, color verde oscuro.

—Supongo que sí —se levantó. Cuando se quitó la chaqueta, rozó uno de sus pendientes de oro. Se inclinó para recogerlo del suelo, pero Steve fue más rápido; se sintió traspasada por un dolor agudo, cuando, arrodillada en la alfombra, vio el oro fino en su mano como una lágrima delicada.

Él se había inclinado para recogerlo, y se enderezó para verlo mejor.

Morgan se echó el cabello hacia atrás.

—¿Es nuevo? —preguntó él y lo tocó con un dedo.

—No, ¿por qué?

—No te los había visto —dijo ausente, y se lo devolvió.

Ella se levantó y con coquetería se quitó el cabello de la oreja para ponerse el pendiente.

—No. Es una reliquia de mejores tiempos. Tienen esta costumbre, de caerse. Por eso no los usó con frecuencia.

Se volvió a sentar y tomó los cubiertos; entre bocado y bocado, trató de observar su cara sin que Steve se diera cuenta. Porque algo, pensó, algo de su expresión que no logró definir, la asustaba esta noche. Pero no era el miedo usual de cuando estaba cerca de él, de que por algún gesto traidor pudiera descubrir sus deseos ilícitos.

No, pensó, era distinto. Tembló cuando él levantó la vista y sus ojos se encontraron. De inmediato quitó la mirada, pero no pudo evitar que sus mejillas adquirieran un color más rosado.

—Ahora, cuéntame qué tiene que ver Ryan —sugirió Steve y empujó su plato a un lado. Cogió la cafetera y se sirvió una taza.

—Estuvo delicioso —Morgan puso los cubiertos en el plato.

—Morgan —dijo con voz tranquila—, no trates de evadir mi pregunta. ¿Crees que una copa de licor podría ayudar a liberar tu lengua? ¿Por lo menos con respecto al asunto del señor Ryan Clarke? Porque voy a llegar hasta el fondo de todo esto, cueste lo que cueste. En particular, no me gusta ser el blanco de tales bromas, o de lo que fuera.

Aceptó la copa con una mirada fugitiva; más que nada, deseaba levantarse y salir corriendo, por esta expresión fría y cruel. Se humedeció los labios y esperó a que él se sentara, antes de empezar a hablar.

—Ryan... creo que me estima mucho, como hermano —añadió y apretó los dedos alrededor de la copa al ver su mirada cínica—. Es la verdad —«si sólo pudiera hablar contigo acerca de Sheila, verías que sí», pensó—. Y yo lo estimo mucho también —añadió rápido, pensando que también eso era verdad. Se forzó a seguir—: Bueno...

Buscó las palabras correctas, pero de repente suspiró y levantó los hombros.

—Mira —empezó de nuevo, con un tono más fuerte—, ya que lo quieres saber, él está de acuerdo contigo, acerca de mí. Cree que estoy encaminada hacia una vida para vestir santos, y que estoy loca. Como si fuera problema suyo... o

tuyo, para el caso.

—Sigue —dijo sin mostrar emoción alguna.

—Ya no queda mucho.

—¿Quieres decir, que por alguna percepción extrasensorial, Ryan adivinó lo que había entre nosotros, y por amor fraternal decidió juntarnos? ¿Es lo que estás tratando de decir?

—Sí —dijo sin más.

—Bueno, me cuesta trabajo creerte, Morgan. ¿Sabe leer la mente?, es más, ¿existe un hombre tan altruista hacia una muchacha tan bella como tú? Tú misma me contaste que él trata de cortejarte por lo menos una vez al día. Me pregunto si no existe otra razón.

«De hecho, existe», pensó Morgan, «pero no seré yo quien te la diga».

—¿Qué otra razón podría existir? —preguntó y se levantó, impaciente, insegura de cómo tratar este asunto.

Él no dijo nada cuando ella caminó hacia la mesa, pero cuando Morgan volvió, vio la misma mirada cínica de ocasiones anteriores.

—¿Creíste una sola palabra de lo que te dije? —recurrió al mismo sarcasmo, pensando que era la verdad, aunque no completa.

—Después te diré —contestó Steve, moviendo el líquido en su vaso; luego, lo bebió—. Pero no contestaste mi pregunta: ¿sabe leer la mente?

—No precisamente —sintió cierto alivio, había quedado atrás lo más peligroso—. De hecho, Ryan hubiera sido una gran ayuda para la Inquisición Española. Es curioso al extremo, y tiene una manera de no soltar a su víctima, y hacerla gemir —lo cual también era cierto.

—¿De veras? —tomó su taza de café.

Ella volvió a cruzar la sala y a sentarse, incómoda, en el canapé.

—Hay algo que no entiendo —Steve fijó la mirada en su café—, ¿por qué habrías de gemir?

La pregunta pareció hacer eco.

—Quiero decir —siguió con suavidad—, si estás tan segura de que siempre tienes razón, por lo menos en cuanto a mí, ¿por qué entonces tienes que gemir? Ella no respondió.

—¿No estás segura, Morgan? —insistió con una calma peligrosa.

—Sí —contestó con voz miserable al fin. Luego empezó a llorar—. Pero así como eres, él no lo aceptará. Lo cual en realidad es una impertinencia. Yo...

—Supongo que sabía que habías decidido no volver a verme —con frialdad se desentendió de su agitación.

—Sí, lo sabía —apretó los labios.

—Bueno —se levantó—, entonces quizá no tenía noción de la última noticia —fue hasta donde estaban tirados los periódicos—. ¿Por qué no se lo enseñas, Morgan? y le dices que está apostando a caballo muerto, en lo que a mí se refiere, pero que no por ello tiene que perder toda la esperanza para ti. De hecho, estás avanzando muy bien —dejó caer la página social en sus piernas—. Supongo que lo viste.

Morgan respiró profundo y arrojó el periódico lejos de sí.

—Qué idea tan excelente, es lo que voy a hacer —logró dominarse, aunque por dentro estuviera hecha un caos de tanta ira. Se levantó y juntó sus cosas—. Ahora que todo está dicho, me iré. Ofrezco disculpas por mi amigo Ryan. Puedo asegurar que no volverá a suceder —añadió con ligereza e iba a pasar cerca de él. Steve la observó, parado en medio de la sala, sumergido en pensamientos. La cogió del brazo.

—Sí, Morgan —dijo con voz suave, y luego, con un movimiento imprevisto, la abrazó con fuerza, de modo que dejó caer su bolso y su chaqueta. Con los dedos presionó su cabeza hacia atrás, y tuvo que mirarle los ojos.

—¿Qué... qué haces? —tartamudeó—. ¡Suéltame!

—Todavía no, Morgan —añadió cortante—. No antes que me digas, ¿qué te hizo cambiar en realidad? ¿Qué te atrae de este hombre, querida? Desde el punto de vista académico, me parece un detalle muy interesante. Estoy dispuesto a tratarte así, hasta que me digas la verdad.

«Así», significó bajar la cabeza y apretar sus labios en un beso duro, para

castigarla, beso que no parecía terminar nunca, mientras que sus manos bajaban por la curva suave de su espalda.

Cuando sintió que ya no podía respirar, él levantó de repente la cara, y la empujó hacia el canapé. Se volvió, fijó la mirada en las llamas, y metió las manos en los bolsillos.

Morgan permaneció donde había caído, bañada en llanto.

Al fin, Steve se volvió hacia ella, levantó su bolso y se lo arrojó.

—Mejor ocúpate de lo que hacen las mujeres para volver a dominarse —la amenazó, desde cerca—. Vas a salir de aquí muy pronto, Morgan, tú...

Ella se estremeció con aquella voz amenazadora.

—Adelante —dijo lleno de desdén—, saca tu pintura de guerra. Tienes dos minutos. No voy a volver a poner un solo dedo en ti, olvida esa mirada de pavor.

Ella se sintió sofocada y como no tenía «pintura de guerra», sacó cualquier cosa. Cuando el correo que traía en el bolso, cayó en el suelo, cerró los ojos con desesperación. Recogió las cartas en un pequeño montón, pero faltó una. La iba a agarrar, pero su mano quedó inmóvil, cuando notó que era un sobre con una franja negra alrededor, y timbre extranjero. Timbre de Gales.

La levantó, lanzó una exclamación, se puso de pie y dejó caer todo lo demás sin darse cuenta, en el intento único de abrir el sobre.

Sacó la carta con dedos temblorosos, y empezó a leer.

—¡No, no puede ser! —lloró. Con la carta contra el pecho, corrió a través de la sala, bajó la escalera y se perdió en la oscuridad, desesperada.

Capítulo 11

Morgan, tendida sobre la hierba, respiraba con dificultad, sintió los pulmones agotados, pero luego se sentó y tocó su tobillo. En su carrera colina abajo, había tropezado con una piedra pequeña, pero suficiente para que cayera.

Se levantó, apoyada con las manos en el suelo, y probó el tobillo. Poco a poco se levantó y de pronto sintió la hoja de papel entre los dedos. Recordó entonces la razón por la que estaba en el monte, y que la había incitado a correr como si huyera de la vida misma; dejó escapar un largo suspiro de desesperación. Abrazó el tronco de un árbol y lloró desconsolada.

Saltó cuando una mano tocó su hombro, y se volvió; Steve Harrow estaba detrás de ella, bajo la luz de la luna.

—Morgan...

—¡Vete! —gritó—, ¿me oyes? —su voz tomó un tono histérico y temblaba de frío.

Pero él se quedó, mirándola sin expresión. Eso, aparte de todo lo demás, la enloqueció, y se abalanzó contra él, como animal salvaje, golpeándolo con los puños. Él no se movía, aceptando la lluvia de golpes, hasta que ella creyó morir de frustración.

Intentó tomarla entre sus brazos, pese a que se resistía.

—Morgan, si no vienes conmigo, te doy una paliza —la levantó como si fuera una niña; sus manos impidieron cualquier movimiento de oposición, y la cargó con tanta facilidad, sin esfuerzo alguno, que parecía burlarse de los intentos anteriores de ella.

—¡Oh, no! —exclamó cuando él cruzó la sala y la llevó al dormitorio, para acostarla en la cama.

—Oh sí, Morgan —contestó y se inclinó para quitarle los zapatos—. ¿Te puedes sentar? Quiero quitar el edredón —no le dio oportunidad de reaccionar antes que él arreglara las sábanas y las mantas debajo de ella. Como la joven no cesó de temblar, agregó—: Quieta, te voy a cobijar —y mientras lo decía, ya la había cubierto—. Tengo que avivar el fuego. Tú te quedas aquí.

Morgan obedeció, no porque él le hubiera dicho algo, pensó, sino porque no sabía a dónde ir, porque no tenía fuerza para levantarse. ¡Oh, Morgan!

Abrió los ojos por un ruido extraño, y volvió la cabeza cuando Steve entró en el dormitorio con dos tazas humeantes. Las puso a su lado y dijo, en tono de conversación:

—Nunca he usado esto —tocó la pared de madera opuesta a la cama. Morgan se asombró cuando una parte se deslizó y en su lugar quedó una chimenea.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó, divertida por un breve instante.

—Es una chimenea doble —respondió y se sentó a su lado en la cama—. Se puede cerrar del otro lado. Toma —le alcanzó una taza.

—¿Qué... qué es? —titubeó.

—Café negro. Pensé que por hoy tuviste suficiente alcohol de medicina. Por tu agitación y el sobre que dejaste en el suelo, supongo que murió tu padre.

Ella cerró los ojos y sintió cómo le quitó la taza; las lágrimas volvieron a fluir.

—Sí —respondió desolada.

—¿Por qué no te mandaron un telegrama?

—Lee la carta —su voz casi no se oyó.

Steve se inclinó a recoger la carta arrugada que había caído al suelo.

«...te informo que tu padre, descansa en paz, dejó esta vida efímera inesperadamente, querida sobrina. Te estarás preguntando por qué razón no te avisé con más prontitud de este triste acontecimiento, pero fue su último deseo cuando supo que el Señor lo estaba llamando ante sí, Glamorgan. Sus últimas palabras fueron: La quiero, pero mi mayor pecado fue no decírselo nunca. Entiérrenme con prisa, y después avísenle. Y si el peso de mi amor era demasiado para ella, que el Señor me lo perdone. Porque ella es la única hija que tuve, y la más valiosa».

—Tenía esa sensación —murmuró ella cuando dejó de oír la voz grave de Steve—, de que en realidad le importaba, pero que de alguna manera no lo podía expresar. Luego, cuando se enfermó y su hermano me escribió, yo sólo

mandé el dinero para que tuviera la mejor atención. Pero durante todo este tiempo, sabía, dentro de mí, que no se rebelaba contra Salubridad, sino que me pedía que lo fuera a ver. Y yo no hice caso a lo que me decía mi corazón. ¡Oh, Dios mío...! —se cubrió la cara con las manos, y las lágrimas corrían por entre sus dedos.

—Morgan —dijo Steve con gentileza y un repentino aire de comprensión—, por lo menos hiciste eso. No es fácil entregar los ahorros de toda la vida. Si me hubieras dicho...

—Es demasiado tarde —ella levantó la cara bañada en lágrimas—, nada de lo que puedas decir; cambiará algo. Yo traté de decirte, por lo menos lo tenía pensado, pero... —desdichada, de nuevo escondió el rostro entre las manos.

—Glamorgan, mírame —la voz de Steve era firme a propósito, y tomó una de sus manos entre las suyas—. Siento mucho lo de tu padre...

—Es lo que debes hacer... —dijo ella sin lógica—. Si tú ahora no me puedes entender, ¿cómo crees que me haya sentido durante toda mi vida? Yo nunca lo comprendía, hasta que fue demasiado tarde.

—Está bien —Steve no perdió la calma—, pero ya lo superaste, y no debes afligirte.

Ella quitó la mano.

—¿Por qué no? ¿No es lo que tú y Ryan me están diciendo todo el tiempo? Que debo sentir. Bueno, ahora estoy sintiendo, si eso te consuela.

—Mira —dijo él al fin—, ya que estás en la cama, ¿por qué no tratas de dormir? Un buen sueño muchas veces hace milagros —añadió con una mueca y estrechó una mano para ponerle otra almohada bajo la cabeza—. Aquí no hace frío, y estaré al lado. Podemos seguir charlando mañana. Acuéstate, Morgan.

Ella titubeó, pero poco a poco se relajó, acomodándose entre las sábanas, mientras él se movía en el dormitorio; luego fue hacia la puerta y apagó la luz principal, dejando el cuarto en penumbra.

Morgan saltó.

—¡No! —se asustó y trató de salir de la cama—, no, no puedo quedarme aquí sola.

Corrió por la habitación y trató de pasar por el lado de él, pero la detuvo con impaciencia.

—No seas tonta —dijo con voz ruda—, ¿crees que me podría aprovechar de ti en estas condiciones? —la sacudió y ella captó un brillo de fuego en sus ojos.

—No... no es por ti —tartamudeó—, es por los Min Min. Ya sé que es tonto, pero tu pintura me pone... no puedo estar aquí sola.

Él sintió cómo se calmó, y la apretó más aún entre sus brazos.

—¡Niña loca! ¿Has visto alguna vez las luces de los Min Min?

—No, nunca —su corazón golpeaba irregular—, pero una vez fui de vacaciones, a la selva, y con tu pintura me siento allá afuera. Yo... la vez pasada que dormí aquí, dejé las luces encendidas.

Sus brazos se cerraron más, y ella se sorprendió acomodándose sin querer.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó confundida y sintió su hombro bajo la propia mejilla. «No sé por qué, pero es el único lugar donde me siento segura», pensó y deslizó una de sus manos bajo la camisa de Steve; después, la abrió para acariciarlo con delicadeza.

—Morgan —dijo él con un esfuerzo—, ¿sabes lo que estás haciendo?

—Sí —contestó ella asombrada—, algo que debí haber hecho hace mucho tiempo. Tenías razón... ¿o Ryan? Ya no recuerdo, pero es cierto que no hay más que un solo camino para salir de mi enclaustramiento —movió la cabeza para mirar los ojos de él—. No te preocupes, no habrá recriminación alguna. Mañana temprano me iré, sin escenas, pero por lo menos con la certeza de que... de que no fui cobarde.

Steve observó su cara; para ella, sus ojos estaban tan enigmáticos como siempre; y cuando por fin habló, su voz estaba tan ronca como la de ella.

—Es una oferta muy tentadora. Pero, ¿qué pensará tu nuevo novio?

—No te preocupes —dijo con voz apenas audible—, lo soportará —puso los brazos alrededor de la cintura masculina.

Steve respiró con fuerza, y sus propios brazos la estrecharon con crueldad un instante. Luego se relajó y murmuró:

—Morgan, deberías pensar...

—Ya pensé —lo interrumpió.

Sin embargo, él titubeó.

—Quizá esto te convenza —susurró maravillada ante la facilidad con la cual podía actuar. Se paró de puntillas y lo besó en los labios, provocativa.

—Morgan —habló contra su boca—, yo no quería que fuera así. Pero si todavía sientes lo mismo cuando haya pasado la pena por tu padre...

Dejó la frase en el aire y se movió un poco, juntando las dos frentes. Sus manos formaron un círculo alrededor de su cuello.

—Piénsalo bien, Morgan.

Pero sus manos en la nuca de ella la estimularon de tal manera que ni siquiera tenía que pensar; lo que siguió parecía lo único posible en el mundo.

Se movió dentro de sus brazos, y él los dejó caer de inmediato. Retrocedió y con la vista baja empezó a desabotonarse la blusa. Cuando terminó de hacerlo, se puso el cabello detrás de las orejas, un gesto lleno de gracia y muy peculiar de ella; al fin, levantó los ojos con una mirada plena de seguridad.

Un músculo en la mejilla de Steve tembló, pero él seguía sin moverse.

Morgan se quitó la blusa y la falda con movimientos tranquilos, hasta quedar frente a él, únicamente con una braga blanca. Luego lo miró y vio su boca convertida en una línea; un sentimiento de aprensión se apoderó de ella cuando lo vio tan alto y fuerte.

Pero su mente y su cuerpo estaban tan decididos que tomó una mano de él y se la puso sobre uno de los senos.

Parecía que estuvieran frente a la chimenea durante una eternidad. Poco a poco, los dedos de Steve, inmóviles al principio sobre su seno, empezaron a acariciarla, y ella bajó su propia mano. Casi sin que se escuchara su voz, Steve dijo:

—Que así sea —y la tomó de nuevo entre sus brazos, una mano entrelazada en su pelo, la otra acariciándole la espalda; la acercó hacia sí para besarla como nunca había sido besada, con una pasión fuerte y gentil a la vez, con una

pasión devoradora.

Cuando por fin estaba acostada, a merced de aquellas manos expertas, se sentía como si fuese otra persona, libre de inhibiciones, con el solo deseo de otorgar placer.

—Morgan —murmuró él contra su cuello, cuando levantó el cuerpo arqueado al suyo—, lo último que quiero es lastimarte.

Pero ella no respondió con palabras. Pasó los dedos por la espina dorsal de él, a sabiendas de que nada en el mundo detendría sus respuestas sensuales. Sabía que lo quería, que lo necesitaba, pero sobre todo, tenía que lograr qué valiera como experiencia jubilosa para él.

No retrocedió cuando se le cortó el aliento, y quería llorar y pedir misericordia. Uno al lado del otro permanecieron exhaustos hasta que él la tomó entre sus brazos para acariciarla con ternura. Sin querer, se quedó dormida. No se dio cuenta de que Steve le besó las lágrimas de las mejillas, murmurando su nombre una y otra vez.

Una vez más el canto de los pájaros la despertó, igual que la vez pasada que había dormido en esa cama. Cuando oyó los gorjeos, estuvo desorientada por un instante. Pero después recordó la experiencia de la noche anterior, y suspiró llena de felicidad. Sobrecogida por los recuerdos más vividos, se volvió hacia un lado... y se mordió el labio inferior, clavando las uñas en las palmas de las manos.

El hecho de estar sola en la cama, afirmó sus peores sospechas. «Lo busqué», pensó desolada. «Y en cambio, prometí varias cosas. Todo lo que tengo que hacer es... salir de esta falsa situación con la mayor dignidad posible. ¿Todo?», preguntó una voz interior. «¿No significaría negar tu verdadera existencia?»

—Sí —reconoció en voz alta, aunque casi sin aliento—, sí. Mira —se dijo—, tenía razón, desde el principio. Ni Ryan, ni Steve... yo siempre sabía que así iba a ser... yo sola. Ahora es mucho peor...

Se bañó y vistió como autómatas. No hubo interrupción alguna, ningún ruido, ninguna señal de vida en toda la casa.

De hecho, ya casi se había convencido de que estaba sola. Titubeando, salió a

la sala... y se quedó parada. Medio acostado en uno de los cómodos sillones azules, estaba Steve, con el cabello más revuelto que nunca, y con la misma ropa vieja de la noche anterior.

—¡Oh! —tomó aliento y cerró un instante los ojos, deseando en silencio que no se notara el color que le tiñó las mejillas.

Él no habló, pero recorrió su cuerpo con la mirada, meditabundo como si estuviera tratando de recordar cada detalle de su apariencia. Luego se levantó y dijo con voz casual:

—¿Desayunamos?

—Yo... no, gracias —contestó y le pareció difícil en extremo pronunciar las palabras. Miró alrededor en busca de su bolso y chaqueta y los vio sobre la mesa de vidrio—. Tengo que irme, a casa primero, y a trabajar después —añadió con inquietud—. Pero, gracias... —se humedeció los labios.

Saltó cuando oyó su voz detrás.

—¿Gracias de qué, Morgan? —preguntó decepcionado—. ¿Por el desayuno ofrecido o por haberte quedado una noche?

Ella se puso tensa al oír la rudeza de su voz; él le dio la vuelta para ver sus ojos, los dedos encajados en sus hombros.

—¿Es todo lo que significa para ti? —habló entre dientes—. ¿El equivalente a una cena?

—No... —respondió con lentitud, luego levantó la vista sin cobardía—. Pero hice una promesa anoche... —su voz se perdió a la vista de la ira en sus ojos.

—Anoche hiciste muchas cosas, Morgan —la interrumpió—, y yo te las puedo recordar, todas y cada una si quieres —le sonrió con frialdad cuando la sintió temblar bajo sus manos—. Con íntimos detalles. ¿Quieres que empiece con la manera cómo...?

—No... —se liberó de sus manos.

—Pero, ¿por qué no? —su voz parecía de seda y de nuevo puso sus manos alrededor de su cintura—. ¿Te da vergüenza el talento que mostraste anoche? ¿Te molesta ser salvaje y maravillosa en la cama? ¿O no fue más que un acto preliminar, un ensayo antes de volver, ya preparada, con tu venerable anciano?

—con un gesto de enojo señaló el periódico tirado en el suelo.

Morgan fijó la vista en él, su cara estaba blanca como papel, y un zumbido le llenó el oído.

—¡No es mi amante! Lo he visto una sola vez; y como entre los dos, Ryan y tú, me estaban empujando más allá de toda razón, actué un poco tonta. Pese a lo que puedas decir, fue por una buena causa. Necesitaba información para un cliente, y la obtuve. Pero por Dios, espero no tener que volver a ponerle los ojos encima. Él ni siquiera sabe mi nombre —le dio la espalda.

Steve se opuso a ese movimiento y la tomó con más fuerza de la muñeca. Su mano era tan efectiva como una cadena. Ruborizada, Morgan lo desafió con ojos encolerizados.

—Está bien —dijo entre dientes—, sé que eres más fuerte que yo. Siempre lo he sabido. No tienes que seguir comprobándolo.

—¿Es lo que según tú estoy haciendo? —preguntó con sarcasmo—. Si de eso se tratara, lo habría hecho hace mucho tiempo, Morgan. Después de todo, ¿quién sedujo a quién anoche?

Luego la soltó de repente y agregó sin expresión:

—No estoy tratando de comprobar nada, Morgan. Sólo quería asegurarme de que no salieras corriendo a la mitad de la conversación, como sueles hacer.

—Bueno, yo no tenía planeado nada así, ni iba a tirarme por la escalera —contestó ella con la misma frialdad—. Pero tengo que ir a trabajar —añadió con la voz un poco subida de tono—. ¿Serás capaz de entender eso?

—Antes que te vayas, entonces, Glamorgan —Steve cruzó los brazos sobre el pecho—, y en vista de lo que compartimos anoche, quiero decir una sola cosa. Estoy seguro que no tendrá ninguna influencia sobre tus decisiones, pero de todos modos, tengo la necesidad de decírtelo.

—¿Qué...? —susurró ella y pensó: «¡Oh, Dios, si me dice que hasta ahora no se dio cuenta de todo lo que perdió con Sheila... no soportaría pensar en ellos dos... juntos... tan poco tiempo después!». Cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Mírame, Morgan —y cuando por fin ella levantó la vista, Steve habló sin pasión—. Yo nunca me he acostado con Sheila, ni quería hacerlo. Tampoco la

hacía creer algo semejante. Lo que tú viste aquella mañana, fueron evidencias casuales. Ella pasó la noche aquí bajo circunstancias muy similares a las tuyas, en tu primera noche aquí. Sólo que llegó con expectativas un poco distintas... y su propia bata. Lo cual le dio una apariencia... irresistible. Pero de hecho, pasé la noche muy casto aquí en el canapé. Sheila no me ama.

—Pero... pero... —tartamudeó Morgan—, quiero decir, la forma en que te miraba y... otros detalles, era tan obvio...

—Yo sé, pero también muy engañoso. Mira, Sheila estaba comprometida con mi mejor amigo. Cuando él se mató en un accidente, tan sin sentido, fue... fue como si para los dos se hubiera apagado la luz de nuestra vida. Fue natural que nos acercáramos ella y yo. Desafortunadamente, pasando los meses, Sheila empezó a trasladar sus sentimientos para Greg hacia mí, en un intento de seguir con Greg, a través de mí. Aun si tú y yo no nos hubiéramos vuelto a encontrar, yo hubiese tenido que romper tarde o temprano estos lazos, por su propio bien.

—Yo... entiendo —susurró Morgan—, siento tanto que no me haya dado cuenta... —y pensó: «Oh, Ryan, has de tener la capacidad de leer la mente de ciertas personas».

—No —interrumpió él sus reflexiones—, eso no es cierto; me negabas la oportunidad de explicarte algo.

Ella tembló ante el dolor en sus palabras y bajó los ojos. Tenía razón. Desesperada dio la vuelta, esta vez sin que nadie se lo impidiera.

—Tengo que irme —dijo con voz ronca y cogió sus cosas. Intentó hablar de nuevo, pero no le fue posible; con pasos inseguros, comenzó a bajar por la escalera de caracol, sabiendo que jamás iba a poder borrar la imagen de Steve.

Cuando sintió el aire fresco de un nuevo día, y vio la luz desdibujarse en el horizonte, titubeó con la mano en la puerta del coche. Por una razón inexplicable, le vinieron a la memoria sus propias palabras de la noche anterior: «Con la certeza de que no fui cobarde...»

«Sin embargo», murmuró para sí mientras que un aire juguetón le quitó el cabello de la cara, «de todos mis actos cobardes éste será el más cobarde. Él

me comprobó, más allá de toda duda, que es un hombre sensible, una persona en la que se puede confiar. Se preocupa por la gente. Y es verdad, yo tenía que cruzar una distancia infinita para llegar anoche... y sin embargo, aquí estoy, huyendo de nuevo. No he aprendido nada que valga la pena. Sólo que en realidad soy una cobarde».

Sentía la frescura del aire matutino en su piel, y de repente tembló. Se enderezó y retiró la mano de la puerta. Sin darse tiempo para pensar más, subió de nuevo por la escalera de caracol.

Steve no se había movido de su lugar, en medio de la sala.

Ella se detuvo antes de llegar hasta él, y dijo agitada:

—Yo estaba equivocada. Estuve equivocada desde el principio. Es un error negar a alguien la oportunidad de... de... —encogió los hombros y cerró los puños, en una agonía de incertidumbre mientras buscó en su cara una señal de respuesta, pero fue en vano—. Lo que quiero decir es —se interrumpió, luego agregó apresurada—: si todavía me quieres y me aceptas, seré tú... tú...

—¿Amante? —con frialdad pronunció Steve esta palabra.

—Sí —se mordió el labio inferior—, si todavía quieres —añadió, y apenas se le oía la voz. No pudo ni siquiera levantar la vista.

El silencio se prolongó. «¡Oh Dios, me va a devolver un golpe mortal!».

Cuando por fin habló, él lo hizo con la misma voz fría.

—Únicamente si puedo cambiar un poco las condiciones.

—¿Qué quieres decir? —lo miró confundida.

—Quiero decir, Morgan; que si té convierto en mi amante, también quiero que seas mi esposa y, en última instancia, la madre de mis hijos. De nuestros hijos. Porque a decir verdad, de otra forma el contrato es inaceptable para mí.

—¿Te quieres casar conmigo? —no podía creer lo que acababa de oír.

Él se le acercó, aunque sin tocarla.

—Me quiero casar contigo, Morgan —dijo, ahora con suavidad—. Quiero ser tu esposo, tu amante, tu maestro y tu alumno.

—¿Qué podría enseñarte yo? —inquirió confundida. Tembló cuando Steve le

acarició el cabello y el cuello.

—Más de lo que podrías imaginar, Morgan —sus labios apenas se movieron y los párpados cubrían en parte el azul profundo de sus ojos—. Anoche me diste una lección que no olvidaré jamás. Nunca había hecho el amor con una mujer que se entrega con totalidad como tú. Hay un dicho muy tonto, acerca de las vírgenes, pero tú volviste a escribir el libro entero anoche, Morgan.

Ella cerró los ojos y se preguntó si no estaba soñando.

—Entonces, ¿qué me contestas? —preguntó mientras que su otra mano se deslizó entre su blusa.

—Pero —su voz estaba temblando—, estás convencido de que soy neurótica, inestable y...

—No —la interrumpió—, yo decía todo eso para provocarte. Sabía qué clase de dificultades estabas atravesando. Pero se dice que en el amor y en la guerra, todo vale; y yo estaba luchando por mi vida. Luchando durante meses...

—Nunca dijiste...

—Sabía que desconfiarías de una declaración de amor. Sabía que era algo que tú no entendías, no por tu culpa, pero algo empañado, irreal. Sólo que en ciertas ocasiones, pese a mis buenas intenciones, me dejaba llevar...

Sus ojos vagaron libremente de los labios de la joven hasta los senos, donde jugaban sus dedos.

—Me dejaba llevar, y no sin provocación. El simple hecho de verte, querida, es suficiente provocación. Pero cuando la intensificas, la refuerzas con todo lo demás que yo amo de ti, tu inteligencia, tu terquedad, tu humanismo, a veces es demasiado.

—¿Mi humanismo? —preguntó extrañada.

—Sí —respondió y cambió de posición para que la cabeza de ella descansara en su hombro—. Si supieras cuántos vecinos preocupados tuve que atender cuando saliste del hospital...

—Pero...

—Pero nada, Morgan —dijo tranquilo—, todos ellos te estiman como te lo mereces, te valoran por lo que eres.

—Oh, Steve, he hecho tan poco. En realidad...

—Así te parece —le levantó la cara—, porque es tu segunda naturaleza.

—Pero anoche —titubeó—, estuviste tan frío —tembló cuando recordó la copa que voló a través de la ventana de la sala.

—Anoche —murmuró contra su cuello—, anoche fue la única vez que perdí la esperanza. Esta foto en el periódico... ¿te acuerdas que me preguntaste acerca de Leonie? En realidad es irónico, porque pese a haberlo escrito, hasta anoche no creía que fuera posible ser inducido a un acto de violencia por los sentimientos hacia otra persona. Sin embargo, ayer hubiera sido capaz de matar a este hombre.

—Oh, Steve —volvió a decir y se estremeció con las caricias que de nuevo Steve prodigaba a sus senos.

—Me gusta tu manera de pronunciar mi nombre.

—Yo... yo, oh... pero, ¿qué estás haciendo? —preguntó angustiada cuando él la soltó.

—Lo que dije, es cierto —le volvió la espalda y su voz se puso ronca—. Además, te necesito. Te necesito de mil maneras diferentes: delgada como estás ahora, pero también gorda, con un niño, vulnerable como no lo has sido nunca, pero bajo mi protección y responsabilidad. Pero yo no puedo si no es un encarcelamiento de por vida —se volvió para ver la cara de ella—. Esas son mis condiciones —dijo con voz insegura—, ¿cuáles son las tuyas?

—¿Mis condiciones? —preguntó—. Yo no tengo condiciones. Pero quiero decirte algo. Anoche, por vez primera, me sentí mujer. Como aquellas mujeres de las que me contaste, las que actúan y viven por instinto. Sólo que me sentí más allá incluso de ellas. Porque estuve contigo. Me sentí enriquecida y no lo puedo comparar con nada, porque fue tu cama. Y... comprendí lo que querías decir, cuando hablaste acerca de la llave del alma de un hombre, y lo que quería decir Ryan cuando habló de que... si uno no podía acostarse con alegría, que no debería acostarse del todo. Supe todo eso y lo conocí como verdad básica, pero sólo porque estuve contigo —entrelazó las manos—. No

lo hubiera logrado con ningún otro hombre. Yo... ¡oh, Steve...!

—Dilo —murmuró cuando sus brazos la alcanzaron—, y te advierto: no me cansaré de escucharlo.

—Oh Steve, te amo. Pero creo que siempre te amé.

—Y yo te amo, Morgan, mi amor.

—Sí —dijo Ryan por teléfono—, soy yo, señor Harrow. ¿Cómo... cómo está usted? —añadió tentativamente. Su expresión se iluminó—. ¿Bien? ¿Qué dice? ¿Que si puedo trabajar solo un día? Por supuesto. Pero, ¿quiere decir que Morgan no vendrá hoy? ¿Se encuentra bien? ¿Se van a casar?

Su voz se quebró y llamó la atención de una señora que se acercó a su escritorio con un folleto en la mano.

—Espéreme —dijo a Steve—. Siéntese, señora, estaré con usted en un minuto, ¡lo más increíble del mundo ha sucedido!

Se volvió de nuevo hacia el teléfono.

—¿Cuándo? —preguntó con ansiedad—. ¿Mañana? ¿Quién será el padrino de boda? Supongo, amigo que merezco el honor.

Unos minutos más tarde, colgó y sonrió lleno de alegría a su cliente.

—Se van a casar mañana —le confió—, aunque si me pregunta, yo lo hubiera hecho ayer. Ella es un problema para que siente cabeza... —se interrumpió—. ¿En dónde pasarán la luna de miel? Les hubiera recomendado las Fidji.

La señora, extrañada, no dejaba de mirarlo.

—¿Se da cuenta de lo que significa esto? —habló con mucha seriedad—. De hecho, podría significar que a lo mejor también yo voy a planear mi luna de miel algún día cercano. Cuando ella se haya recuperado, quiero decir... quizá un lugar más pacífico sería mejor. Usted como dama de mundo, señora, ¿no cree que un lugar tranquilo y pacífico es mejor para la luna de miel? Después de todo...

—Quien necesita paz y tranquilidad, es usted, joven —dijo ella y se levantó con mucho cuidado—, necesita una camisa de fuerza.

—¿Yo? —preguntó Ryan y se levantó también; pareció no enterarse del interés

general que despertó en toda la oficina. Hasta el gerente levantó la cabeza alarmado.

—¿Yo? —preguntó en voz más alta, mientras que la señora retrocedía despacio—. Créame, señora, ¡yo merezco una medalla! Si no hubiera sido por mí...

Fin